

Premisa

Este libro ha sido inspirado por los diálogos que he realizado a lo largo del año con diferentes personas que querían aprender a entender mejor el propio curso de la vida o bien el curso de la vida de la humanidad en general.

Muchos individuos se han puesto a comparar, la mayor parte de manera no sistemática, la visión popular científica propuesta en periódicos y revistas – pero sobre todo en la radio y en la televisión – con las opiniones opuestas en torno a la esencia de la humanidad expresada por diferentes psicólogos y psiquiatras en el ámbito de un debate aún en curso.

Esta tentativa de reordenar dicho caos ideológico puede tener un efecto liberador. Esto sucede sobre la base de una concepción personalista según la cual el hombre se compone de cuerpo (aspecto biológico), psique (aspecto psicológico) y espíritu (aspecto biográfico). El curso de la vida de un ser humano (la biografía) puede entenderse como una obra de arte única e individual si se considera el resultado global de estos tres aspectos.

Este libro ofrece una visión general de las diferentes fases del curso de la vida de un ser humano, además de las diversas dificultades características y posibilidades que se presentan en el ámbito de dichas fases. Además, se tratan algunas fases y situaciones críticas de la vida en su problemática típica.

Resumiendo, este libro puede ayudar al lector a tener una idea del propio curso de la vida y a comprender mejor el desarrollo biográfico.

B.L.

Introducción

El problema del curso de la vida de los seres humanos ha asumido una posición central en mi vida desde hace ya 40 años. Para la educación terapéutica y la psiquiátrica infantil dicho problema ha sido el fulcro para comprender las consecuencias de los disturbios precoces que se prolongaban durante toda la vida; en el tratamiento psicoterapéutico ha constituido en cambio la base de la investigación del “leimotiv” que acompaña toda la vida, desde la juventud hasta la vejez. Más tarde, en relación al trabajo prestado para menores y a la ilustración de operarios jóvenes e inexpertos, además de la preparación de un programa de especialización técnica, la cuestión se convirtió en: ¿qué debo hacer ahora, durante estos años de juventud, para que pueda ser puesta la base sobre la que resolver después los nuevos problemas que se presentan?

Más tarde, con ocasión de diferentes cursos para funcionarios, “las fases del desarrollo humano” se convirtió en un componente fijo del programa. Hoy, uno de los temas centrales de los seminarios iniciales de la “Vrije Hogeschool” de Driebergen¹ es el paso de la educación a la auto-educación en una especie de “educación permanente”, una formación y un perfeccionamiento continuo.

Siempre se ha demostrado útil poder considerar los problemas actuales en el ámbito global de la vida. Los factores casuales (el pasado) determinan el presente de manera decisiva tanto como los aspectos finales (el futuro). Si los factores casuales están preestablecidos, el terapeuta solo puede encontrar espacio en el que actuar en la esfera de los factores finales, es decir, en la formación del futuro. En estos casos resulta muy importante abrirse nuevos caminos hacia el futuro en lugar de permanecer demasiado en el pasado.

En el curso de estos 40 años, a menudo me he exigido escribir la experiencia que he tenido relativamente en el curso de la vida del hombre. Desde hace 10 años o más siempre he mantenido esta intención porque tenía la impresión de no estar aún preparado. Además, en los últimos veinte años la pregunta sobre cómo se debe circunscribir la psicología del desarrollo, ha cambiado en parte, en cuanto han aparecido nuevas e importantes contribuciones sobre este tema, y hoy un libro escrito hace diez años constituiría una simple repetición. La impresión de no estar preparado para esta tarea no sólo continúa, sino que ha aumentado.

¹ Instituto superior independiente de Driebergen. Aquí será construida una universidad de base antropológica .

Sin embargo, un dato estrechamente relacionado con mi experiencia de vida me ha empujado a escribir este libro (a los 70 años). Surgió la cuestión: hacerlo ahora o nunca. Por lo tanto, este libro – con todas sus carencias – debería ser leído como el fruto de la vida de un psiquiatra y asistente social.

Quien escribe un libro debe presentarse al público que quiere dirigirse. La tesis se escribe para la facultad, un artículo para publicarse en una revista de ciencia especializada se escribe para los colegas. En ambos casos, se trata de presentar una contribución propia prevalentemente en el ámbito del estado de la investigación corriente. A causa de la escrupulosidad científica, las representaciones resultantes son a menudo poco claras y por lo tanto deben ser integradas de muchas notas a pie de página. El público para el que escribo es aquél que ha participado en mis muchos cursos y conferencias, por lo tanto profesionales y licenciados, que se han unido a mis cursos por apertura mental, y sobre todo por el interés en los problemas y en el sentido de la propia vida.

Por la influencia siempre dominante de los científicos resulta normal que fenómenos de cualquier tipo sean exteriorizados y por así decir descritos desde el exterior. Sin embargo, debido a que desde el exterior solamente es posible describir un determinado comportamiento, y a que lo que sucede entre un acontecimiento y la correspondiente relación no es visible, nació una ciencia del comportamiento según la cual lo que sucede en el interior del ser humano sería como una especie de “black box” a través del cual no es posible efectuar ninguna afirmación científica. Sin embargo, lo que sucede en nuestro interior corresponde a lo que somos nosotros. Una ciencia verdaderamente moderna y completa debería ocuparse también de esto.

El curso de la vida de un hombre no es algo que se pueda describir como una consecuencia preprogramada de relaciones químicas o algo que se pueda comparar al destino de una pluma de escribir desde el momento en que deja la fábrica a aquél en el que – después de ser utilizada por diferentes manos – es arrojada a la papelera. El curso de la vida de los seres humanos presenta, antes que nada, un aspecto biológico que puede ser descrito en su ascenso y en su declive desde un punto de vista puramente exterior. Este ciclo vital tiene después el aspecto de la experiencia de vida física que se articula en pensamientos, sentimientos e impulsos. Finalmente, el ciclo vital se compone de un aspecto espiritual, que comprende la individuación, la toma de conciencia del propio Yo, el sistema de valores y la interpretación. Esta dimensión

espiritual nos asalta en cuanto que en ella *nos realizamos* como hombres, como sujetos de nuestra vida, al contrario de un animal que constituye siempre el objeto de la vida.

Para la investigación de este aspecto espiritual, la introspección debe figurar como método científico. Por lo tanto debe utilizarse desde un punto de vista disciplinar como el pensamiento matemático; ésta se ejercita cotidianamente y sistemáticamente y, teniendo siempre en consideración la constancia, se necesita poner en tela de juicio valores y normas.

Es obvio que se considere necesario un estudio de diferentes años enfocado sobre este tema para poder examinar los problemas de la matemática más compleja. Quienquiera que diga: “Ya me he ocupado otras veces de esto; para mí son estupideces” no sería, con razón, tomado en serio. Dígase lo mismo para los conocimientos que se puedan obtener a través de la introspección y diálogos introspectivos con otros individuos (aquí hago referencia a los presupuestos mencionados por Rogers para las discusiones terapéuticas, tema éste sobre el que volveré a hablar más adelante). En el pasado se hablaba de concentración, meditación y contemplación. Hoy se habla de introspección y comprensión de identificación (enfática). Finalmente, sin concentración sistemática y sin ejercicio, la relación meditativa con los fenómenos interiores no es posible. Para poder hacer esto, es necesario construir una vida interior consciente y rica.

El hombre moderno en nuestra época y cultura materialista ha comenzado –en lo referente a la psique – un viaje a través del desierto. La única ayuda posible está representada por la reconcentración en modelos de pensamiento y sentimiento que dan un sentido a su existencia, a la totalidad de su naturaleza humana individual en un mundo espiritual humano y sobrehumano de valores éticos y estéticos.

El curso de la vida de un hombre presenta un aspecto científico y otro espiritual. Naturalmente es posible separar estos aspectos de manera metódica manipulando de modo experimental determinadas facetas de la vida humana. El lector es sin embargo un hombre completo y debe ser nutrido para sostener el *propio* curso vital.

Hallamos una buena descripción de las fases de la vida humana en un viejo dicho chino: “La vida del ser humano conoce tres fases: 20 años para aprender, 20 años para luchar y 20 años para hacerse sabio”. Un refrán semejante es el fruto de una determinada toma de conciencia y evaluación. Quien no conozca la sabiduría, para nada dirá que se necesitan 20 años para adquirirla. Estos individuos permanecerán en las fases de lucha y expansividad con una comprensión puramente lógica. Si en mi libro se encuentra algo de este sabio proverbio chino, entonces para mí – siendo de la opinión de

que la sabiduría es algo más que el juicio – el objetivo de este libro habrá sido alcanzado.

Cuando escribo trato siempre de dar al lector algo más que una cosecha de datos de hecho científicos. Nuestro curso de la vida es *nuestra vida individual*. Cada individuo debe encontrar el propio camino y hallar en él el sentido para sí mismo y para los demás.

Cuando en el presente libro se habla de biografía humana, se entiende siempre biografía interior. La biografía interior y la exterior no deben tener necesariamente un curso paralelo. Ya en el período escolar algunos escolares comienzan con la biografía escolar de éxito con felicitaciones y exámenes excelentes. Sin embargo, si estos niños son abandonados a sí mismos, viene a la luz un abismal vacío interior. Estos escolares se aburren y deben ser estimulados por elementos externos. En el curso de la fase intermedia de su vida obtienen aún felicitaciones. Pero hacia los cuarenta años de edad comienzan las crisis descritas en este libro, que pueden llevar al desplome de la vida personal y comportar una caída de rendimiento externo notable. Otros escolares desarrollan interiormente una rica vida exterior. Se adaptan con dificultad a las reglas escolares y solo logran obtener resultados con grandes esfuerzos. Sin embargo, si durante la adolescencia estos jóvenes son abandonados a sí mismos, no se aburren nunca; al contrario, el tiempo del que disponen no es suficiente para hacer todas las cosas en las que están interesados y de las que les encantaría ocuparse. Estos son los hombres que probablemente hacia los cincuenta años o más se convertirán en “líderes eminentes” en el campo de la ciencia, arte y sociedad. De estos hombres depende el progreso de nuestra sociedad.

El tipo de experiencia escolar influye decisivamente en el desarrollo o no de una biografía interior.

I Una primera mirada de conjunto

1 La situación

Hoy cada vez tiene mayor interés lo referente a la vida interior humana. Ya he afirmado en la introducción que no acepto la teoría de los conductistas sobre la imposibilidad de investigar en la “*black box*”, porque aquella “*black box*” somos nosotros y porque si nosotros queremos interactuar con nosotros mismos de modo racional, solamente podremos hacerlo si somos capaces de captar qué sucede en dicha sede. Así, junto a la psicología académica, se ha desarrollado una segunda corriente psicológica, basada sobre todo en la observación del sujeto neurótico y de la persona afectada por trastornos mentales.

Esta rama de la psicología llega a afirmarse antes aún de 1900 con el desarrollo del psicoanálisis freudiano, fue seguido por Adler, Jung, Frankl hasta llegar a Assagioli (por nombrar solamente a los representantes europeos). Al mismo tiempo fue desarrollándose un creciente interés hacia un tipo de psicología de la edad evolutiva completamente independiente del psicoanálisis. Nombres como Charlotte Bühler, Rümke, Künkel, Guardini, Martha Mores, Andriessen son algunos de sus representantes. Desde hace unos pocos años estas dos corrientes han comenzado a proveerse recíprocamente materiales de estudio.

Muchos sujetos buscan un asesor experto que les pueda guiar de modo tranquilizador a través de sus experiencias y en su mundo interior. Este mundo interior contiene elementos ligados al inconsciente, rico en experiencias no reelaboradas, profundas emociones, instintos y arquetipos. Tales elementos se insinúan en nuestra conciencia cotidiana a través del mundo de los sueños, provocando a veces experiencias inquietantes que minan totalmente el equilibrio interior.

El recorrido evolutivo de la civilización occidental, evidentemente, ha llegado a superar los confines entre la conciencia “normal” y el subconsciente. En los momentos críticos las emociones colectivas y las “invasiones” llegan a la superficie allanándose el camino entre revolución y guerra.

Ahora hemos llegado a reconocer nuestra naturaleza y cuestionarnos: ¿cómo podemos tener bajo control estas fuerzas, para que, en un momento en el que el potencial de destrucción de nuestras armas es inmenso, no nos conduzcan a una catástrofe a escala mundial?

También se ha manifestado la superación de los confines desde otro punto de vista. Cada vez más filósofos, psicólogos y psiquiatras hacen saber que el hombre evidentemente no sólo tiene un subconsciente, sino también un supraconsciente. A través de este supraconsciente él produce valores, normas e interpretaciones, que hacen que el futuro aparezca como un sensato objetivo a perseguir. El hombre puede encontrar la fuerza de producir las emociones y los afectos no destructivos en dicho objetivo a perseguir, que como un leitmotiv caracteriza la totalidad de su vida. El materialismo, que alcanza su ápice en la mitad del siglo diecinueve, reconoce a estos valores, normas y objetivos solamente una existencia aparente. Según los materialistas se trataba de meras ilusiones, proyecciones, sublimaciones, castillos en el aire de un ser que pensaba ser un hombre y que en realidad no era más que un mono desnudo.

Desde aquí se desarrolló un psicoanálisis dirigido a desenmascarar ávidamente todo lo que era considerado un “Ser Superior”. Pero a toda idea absoluta de un proyecto corresponde siempre la forma contraria, así se desarrolló en oposición al psicoanálisis la psicosis, que ve la verdadera humanidad resumida en un “Yo” superior, que como una estrella polar ilumina el espíritu humano. Por lo tanto por una parte se pone al hombre animal, cuyo objetivo de vida es el alcance del placer, la satisfacción de los propios instintos, por otra, al hombre espiritual, que se desarrolla en la línea de un futuro individual, en el que los conceptos de amar, sufrir, dar y tomar adquieren sentido. Este confín es superado por primera vez a comienzos del siglo veinte, la segunda vez después de su primera mitad.

Indiferentes a esta turbulenta evolución interna, los psicólogos de la edad evolutiva han analizado la regularidad del curso de la vida humana. No será fácil describir en este libro el vínculo entre todos estos recorridos. Esto depende en parte del hecho de que los psicólogos de la edad evolutiva han dado poca importancia a la discusión de los científicos analíticos, sintéticos o existencialistas y a su imagen del hombre; otro motivo es que estos científicos han desarrollado sus imágenes y sus terapias sin profundizar posteriormente en el análisis de las líneas evolutivas biográficas desde la juventud a la edad avanzada.

Si se han desarrollado terapias, ha sido porque los terapeutas se han puesto en contacto con problemas típicos de algunas fases específicas de la vida, suponiendo que éstos podrían encontrarse en todas las fases de la vida. El acontecimiento más significativo en este sentido fue sin duda el conflicto entre Freud y Jung. En el estudio de Freud se presentaban sobre todo jóvenes, que en efecto tenían complejos de

naturaleza sexual, mientras Jun se ocupaba de sujetos más adultos, para los que jugaban un rol fundamental sobre todo el miedo de vivir y la falta de manifestación de un ideal espiritual.

A partir del 1950 tanto en América como en Europa se manifestó la necesidad de crear una imagen completa del hombre, con una conciencia cotidiana en el centro, una supraconsciencia y una subconsciencia. Además se manifestó una creciente necesidad de ayuda para resolver los problemas ligados al desarrollo interior. Este campo ve hoy ocupados a psiquiatras, psicoterapeutas, consultores, estructuras de terapia de grupo y entusiastas, pero no siempre competentes aficionados. Ellos querrían partir de bases diferentes, pero todos buscan una clave de acceso personalizada a problemas que se presentan en las relaciones con los otros, en la pareja y durante la edad evolutiva.

Otro grupo, totalmente diferente, busca en cambio ayuda siguiendo la vía del desarrollo interior en la búsqueda del propio Yo superior en un mundo espiritual; otros buscan la negación del Yo en una de las viejas corrientes místicas orientales.

Forman parte del primer grupo las personas según las cuales el recorrido pasaría por una formación sistemática del Pensamiento, del Sentimiento y de la Voluntad y un desarrollo de las fuerzas imaginativas, inspirativas e intuitivas. Ellas encuentran en Rudolf Steiner una guía que les indica cómo pueden ser empleadas estas fuerzas en la educación, en agricultura y en medicina al servicio de la humanidad. Finalmente existen una serie de sujetos, predominantemente jóvenes, que creen que el recorrido hacia el desarrollo sistemático es demasiado lento y suponen poder llegar antes a un grado de conciencia más elevado recurriendo a medios químicos. Ciertamente, también estos son capaces de superar los confines restringidos de la conciencia, pero alcanzan una penumbra donde contactan con experiencias demasiado cargadas de emociones para ellos y que no son capaces de aprovechar. Más bien, se hunden cada vez más en el aislamiento o en la fuga en las denominadas drogas duras.

Muchos llegan a tener conocimiento de todo esto a través de los periódicos y los libros. De cualquier manera están interesados en la propia vida y en quien les rodea. Para ellos será más útil una descripción de carácter más fenomenológico de las fases particulares del curso de la vida humana, sobre todo concentrada en los puntos críticos de una biografía y en problemas que eventualmente hayan podido tener relieve. Ellos podrán ver así los períodos difíciles de su vida como una expresión de la evolución, que pasa por una serie de puntos fijos “normales.”

Esta breve descripción ya resume los argumentos que trataré en mi libro, o bien:

- una descripción fenomenológica de las fases de la vida humana;
- la subdivisión de los cursos biológico, psicológico y espiritual de la vida;
- una descripción de los diferentes conceptos de hombre y de las diferentes corrientes terapéuticas que pueden dar interés al curso de la vida;
- una indicación de medios o de recorridos para evitar o eliminar los trastornos en el curso de la vida, y además
- una ayuda para cruzar el umbral ante el que se llega a encontrar toda persona después de los cuarenta años.

2. El desarrollo del hombre

Por desarrollo se entiende toda la serie de cambios dirigidos que ocurren en el curso de un período de tiempo específico. En mi libro *“Organisation im Wandel”* (Organización en transformación: de próxima publicación por parte de Natura e Cultura Editrice, Alassio) he examinado detalladamente este término, haciendo una distinción entre “cambio”, “crecimiento” y “desarrollo.”

“Cambio” significa solamente que nada se para, que todo se mueve con el fluir del tiempo. Sólo cuando el cambio sucede según un sistema específico, éste se vuelve interesante y se puede hablar entonces de una regularidad, que corresponde a la regularidad descrita por los Naturalistas.

“Crecimiento” es el cambio sistemático, dónde un factor preciso dentro de un sistema aumenta de número, dimensión o peso. Un cristal crece en dimensión y peso, una ciudad en superficie y número de habitantes, una asociación en el número de sus miembros, etcétera.

El “Desarrollo” es cuando en el curso del crecimiento, en determinados puntos críticos, se dan cambios estructurales de todo el sistema. Según Charlotte Bühler el desarrollo es el cambio hacia una dirección precisa, basado en las leyes de la maduración.

“Development is fundamentally biological” (el desarrollo es fundamentalmente un proceso biológico) afirma Dale Harris en *“The Concept of Development”* (El concepto de desarrollo). A través de un crecimiento cuantitativo, el organismo llega a un punto donde la vieja estructura primitiva ya no es capaz de administrar el organismo crecido. En este punto el crecimiento continuo puede llevar al derrumbamiento del organismo

(un ejemplo sería la muerte biológica) o bien a la reorganización de la estructura interior del organismo, de tal modo que sea capaz de administrar el organismo desarrollándose.

El desarrollo también ocurre en el organismo vivo más simple. Ya en una primitiva forma de desarrollo, según Dale Harris, existe un crecimiento preestablecido que él llama “*blueprint growth*.” Este se manifiesta con las constantes, repetidas, progresivas divisiones y diferenciaciones celulares, a través de las cuales toman forma los órganos y toda la estructura: este es la fase de la construcción. Sigue luego una fase de equilibrio entre construcción y destrucción, en la que el organismo maduro cumple sus propias funciones. Finalmente se pasa a la tercera fase, donde la destrucción toma la delantera y se llega a la muerte.

En el curso de este proceso la planta crece de botón a tallo y a hoja para convertirse en flor y semilla, un proceso éste que se cumple a menudo en un año. En el caso de plantas plurianuales este desarrollo se repite, partiendo de un remanente órgano de la raíz que sigue brotando.

También los animales tienen un ciclo de vida que va de la construcción, al equilibrio hasta la destrucción; cada especie tiene su propia duración de vida individual. Se dice que la vida del animal está “*cronotípicamente*” preestablecida. El ratón puede llegar de año y medio hasta dos, un perro hasta 12-15 años y el hombre alrededor de los 80.

Si se observa la estructura de un organismo, se halla que el proceso de desarrollo por definición discurre de modo discontinuo. El desarrollo es un crecimiento que se realiza pasando de una crisis de la estructura a la otra.

El desarrollo sigue por lo tanto numerosas fases:

- (a) *Crecimiento de todo organismo o de cada una de sus partes.*
- (b) *Diferenciación y construcción de los órganos* (construcción de los sub-sistemas); en este contexto las funciones anteriormente realizadas por la totalidad del sistema, se concentran en subsistemas que alcanzan un mayor grado de perfección (construcción de los órganos).
- (c) *Jerarquización*: determinados órganos forman parte de otros. A veces este fenómeno se define también como Integración Jerárquica.
- (d) Finalmente, la *Integración* en un nuevo sistema; todo el organismo opera a un nivel superior y con mayor complejidad.

El desarrollo biológico está siempre orientado a *un fin*. Todo se proyecta orientándose hacia *un objetivo*, hacia el organismo maduro, programado ya desde el

principio. Tanto la construcción, como el equilibrio, como la destrucción juegan un papel en este proceso.

Ésta es la ley a la que se someten todos los organismos vivos, el hombre no es una excepción. Del ciclo de las fases del equilibrio entre el momento de la construcción y la destrucción hablaremos más adelante.

Hasta este momento nos hemos movido en un terreno seguro, conocido. Sin embargo en los hombres se realizan simultáneamente numerosos procesos de desarrollo. Cada uno sigue un esquema propio pero al mismo tiempo se influyen recíprocamente. A tal propósito querría hacer una distinción entre diversos procesos de desarrollo: el biológico, el psíquico y el espiritual.

Cuando hablamos de un desarrollo psíquico y espiritual, nos encontramos en un terreno donde predominan pareceres sumamente contrastantes. Las diferentes escuelas y corrientes de pensamiento combaten constantemente entre ellos una encarnizada batalla, en la que a menudo se valen de las armas de la propia infalibilidad y de la demonización de las demás convicciones u opiniones. La investigación sobre el comportamiento y la psicología de lo profundo por una parte, la psicología de la percepción y la psicoterapia por otra, no tienen ningún punto en común en el que encontrarse.

En relación a los diferentes conceptos de hombre, en cuanto afirman las diferentes corrientes terapéuticas, es importante informar de lo que sigue: el psiquiatra vienés Frankl habla de una imagen biológica, psicológica y sociológica del hombre reducida. Él llama a estos diferentes conceptos de hombre Biologismo (el hombre como objeto biológico, producido por el propio patrimonio genético), Psicologuismo (el hombre como fruto de la propia educación) y Sociologismo (el hombre como producto del propio entorno y de la propia clase). Estas imágenes reducidas del ser humano no toman para nada en cuenta el aspecto espiritual como cualidad específica del hombre. El hombre completo, como se presenta a los ojos Frankl, no se deja mandar o gobernar por ciegos instintos o deseos y no se deja dirigir de manera positiva por la educación y por su entorno, más bien, a pesar de instintos, deseos, entorno y educación, él busca el propio camino. Un camino que comprende felicidad y tristeza, amor y sufrimiento, como aspectos significativos de un recorrido de desarrollo que lo llevará a ser un hombre completo.

Hace treinta años escribí "*Entwicklungsphasen des Kindes*" ("las edades evolutivas desde la infancia a la mayoría edad", publicado en Italia por Natura e Cultura Editrice, Alassio). En este libro dirigido a padres y a pedagogos inscribí también una

representación esquemática de la imagen del hombre que está en la base de todo: el alma humana (la Psique, que se expresa en pensamiento, sentimiento y voluntad y cuyo centro es el Yo cotidiano) comprende dos polos: una parte corpórea, a través de la cual el alma percibe instintos y deseos, y una parte espiritual, en la que el alma se encuentra colocada en el verdadero mundo divino-espiritual. En este mundo, el verdadero Yo del hombre es un Ser espiritual, que el alma puede tomar en la conciencia y en la atribución de un sentido de la propia identidad.



Para aclarar la discusión que sigue querría añadir que el Pensamiento está profundamente ligado al mundo del espíritu y que la Voluntad está profundamente ligada al mundo psíquico del cuerpo; el Sentimiento toma una posición intermedia, para muchas personas él representa la cualidad propia de la Psique.

En la fase intermedia de la vida, como se indicará en los capítulos siguientes Pensamiento, Sentimiento y Voluntad son individualizados a través del Yo superior y les es dada la forma de “alma del sentimiento” alma de la razón” y “alma de la conciencia”. Éstas se desarrollan en sucesión y dan a cada fase concreta de la vida su propia coloración. En la última fase de la vida, el Yo del Pensamiento, Sentimiento y Voluntad puede llegar a un nivel aún más espiritual, pasando de este modo de la vida interior del Pensamiento a la Imaginación, de la vida interior del Sentimiento a la Inspiración y de la vida interior de la Voluntad a la Intuición (ver último capítulo). En este libro queremos describir un crecimiento y una forma de desarrollo hacia la edad adulta y la madurez que se cumple en realidad en parte porque es empujada por las leyes

de la naturaleza, pero que solo se puede llevar a completarse si el hombre persigue el desarrollo de modo consciente. La educación impartida desde el exterior es sustituida por lo tanto por la auto-educación que se expresa desde el interior hacia el exterior. La auto-educación también se llama educación interior. Sólo con la ayuda de la auto-educación puede el hombre completar el desarrollo del Pensamiento, del Sentimiento y de la Voluntad que acabamos de citar; sólo a través de dicha auto-educación es capaz de manifestar todas las fuerzas en él adormecidas. La Inteligencia madura convirtiéndose en *Sabiduría*, la capacidad de contacto se vuelve *Templanza* y la Autoconciencia se convierte en *confianza*. Éstas son las tres características que caracterizan a un hombre que ha llegado a completar su propio desarrollo.

3. El elemento espiritual en el hombre

Ya he descrito cómo instintos y deseos actúan desde la parte físico-biológico y al mismo tiempo cómo los objetivos espirituales, los valores y las normas toman forma del Yo espiritual, también llamado Yo superior en nuestra experiencia cotidiana del Yo (el centro de nuestra psique).

En otras palabras: existen dos campos de fuerzas que actúan en el alma humana de modo incesante la una en la otra. Una fuerza deriva del cuerpo, donde se alternan instinto y satisfacción del instinto, la otra del espíritu donde el Yo consciente se orienta en alternancia hacia el exterior en el mundo y hacia el interior en sí mismo. La extroversión y la introversión se suceden justo como la necesidad y la satisfacción. En la extroversión la psique o el alma orienta los propios sentidos hacia el mundo, toma sus colores y formas, el éxtasis y el terror, la simpatía y la antipatía. En la introversión se orienta hacia el propio mundo interior; aquí vive la experiencia de los propios recuerdos, de los pensamientos, de los sentimientos y de los deseos; aquí hallan satisfacción además del pensamiento también las experiencias y las aspiraciones del alma, al menos mientras ésta es consciente (estado de vigilia). La psicología de la profundidad ha demostrado, a mi parecer, que el alma permanece activa aún en condición de inconsciencia o semi-inconsciencia, en el sueño o soñando. El espíritu humano es percibido por nosotros como nuestro Yo (superior), que de modo consciente e inconsciente determina el curso de nuestra vida.

El espíritu está orientado hacia el objetivo de la vida, siempre está orientado hacia un *objetivo*. Este objetivo puede ser percibido en el alma como una vocación, puede ser

concebido como un proyecto de vida o ser elegido intencionadamente como recorrido de vida.

Así como el deseo y la satisfacción, como pareja en antítesis pertenecen al campo biológico, del mismo modo pertenecen al sector espiritual la búsqueda de un objetivo y su logro. Un objetivo de la vida puede ser alcanzada más veces, esto significa satisfacción, una felicidad existencial que, contrariamente a la felicidad instintiva, no requiere una nueva satisfacción².

Cuando el Yo se dirige hacia el exterior de modo activo, se expresa con la creatividad. *La creatividad es la actividad del espíritu en el mundo*. El espíritu se puede manifestar en una obra de arte, en la obra científica o social. En la creatividad encontramos un elemento característico de la individualidad humana: somos capaces de reconocer a los compositores de su música, a los grandes estudiosos de sus métodos científicos, a los personajes guía de sus relaciones sociales.

Diametralmente opuesta a la creatividad es la *sabiduría*. La sabiduría no nace de una actividad orientada hacia el exterior sino de la capacidad de esperar, de la *discreción* y de la *prudencia activa*. Los jóvenes son pacientes en contadas ocasiones, todo debe ocurrir enseguida. La sabiduría ha aprendido que la idea llega, si no es obligada, necesita de todo su tiempo. La sabiduría se basa en la *Inspiración*; *Inspiración* significa literalmente “respirar dentro”, sabiduría significa por lo tanto respirar, llenarse de espíritu, de normas y valores, de atribución de un sentido y de ideas, de humanidad y de lo que está por encima del hombre, de fe, amor y esperanza.

El desarrollo biológico se cumple en la polaridad de Construcción y Destrucción.

El desarrollo psíquico se cumple en la polaridad de Extroversión e Introversión.

El desarrollo espiritual se cumple en la polaridad de Creatividad y Sabiduría. El papel principal en dicho contexto es jugado *en la juventud* y en la fase expansiva de la edad adulta por la creatividad y en la *segunda mitad de la Vida* por la sabiduría.

El espíritu es creatividad y sabiduría al mismo tiempo, análogamente también el alma es introversión y extroversión al mismo tiempo, inspiración y expiración del mundo, sístole y diástole.

Los artistas y los científicos saben que es imposible obligar la inspiración. La inspiración llega solo cuando, en lucha por la lucidez activa, el resultado directo pasa a

² Ya Rümke en su libro “*Die Zeitabschnitte im leben des Mannes*” (Las épocas en la vida del hombre) hace referencia a la contraposición fundamental entre satisfacción de una necesidad y cumplimiento de la vida.

segundo plano. La *prudencia activa* se manifiesta cuando las emociones convergen hacia la tranquilidad, cuando todos los pensamientos asociativos quedan en silencio y se toma distancia de todos los pensamientos queridos. Este es el resultado más difícil que un hombre pueda alcanzar. Cuando la inspiración se manifiesta en el alma, toda la fuerza expresiva esencial de un alma toma voz. La inspiración se expresa en un alma extrovertida como creatividad, en un alma introvertida es transformada en silenciosa sabiduría. Con el concepto de sabiduría no solo entiendo los elevados sistemas filosóficos, me refiero sobre todo a la *sabiduría en la vida*, presente en cualquier parte, en todos los rangos, en toda condición y en todo grado de erudición. La sabiduría se encuentra tanto entre los artesanos, como entre los directores. ¡Lo mismo vale naturalmente por la falta de sabiduría! En la segunda mitad de la vida la carencia de sabiduría consiste en no saber esperar, en no tomar la distancia llegando a una decisión prematura que puede llevar a la caída del hombre. Todo dictador (no se puede negar que un dictador no sea creativo) va a la ruina frente a la propia obstinación, a la propia incapacidad de retenerse.

Todas estas polaridades que acabamos de describir tienen un *centro*.

Este centro no es sólo un equilibrio aparentemente estático entre dos fuerzas que actúan de modo contrario, sino es también una *fuerza activa propia en el hombre*. Esta es en realidad la esencia de la vida humana.

El centro entre la construcción y la destrucción biológica es la *salud*, el centro entre la extroversión psíquica y la introversión la *prudencia* (prudencia activa) y el centro entre la creatividad espiritual y la sabiduría es la felicidad humana, la *satisfacción*.

En su subdivisión en tres partes las tres polaridades aparecen por lo tanto de este modo:

Construcción	Salud	Destrucción
Extroversión	Prudencia	Introversión
Creatividad	Satisfacción	Sabiduría

Salud, prudencia y satisfacción son el fruto de un desarrollo equilibrado. Este aspecto será tratado sobre todo en el capítulo relativo a la psicoterapia.

En la descripción fenomenológica del curso del vida afrontaré de modo más detallado el discurso sobre los campos de tensión apenas citados. Ellos juegan, en las diferentes fases de la vida, un papel muy diferente.

En el sexto capítulo hablaré de las imágenes comunes del hombre en nuestra cultura. A tal propósito será posible observar que para cada una de estas imágenes del hombre se pone el acento sobre el desarrollo biológico, o sobre el desarrollo psíquico, o sobre el espiritual. En cambio yo soy de la idea de que cada uno de los tres aspectos comunica en el curso de la vida humana las expresiones legítimas. Solamente cuando nosotros vemos *los tres* procesos de desarrollo en interacción, obtenemos un cuadro completo.

4. Imágenes del hombre

Para introducir la descripción del curso de la vida humana querría hacer primero una breve indicación a algunas imágenes del hombre sobre las que me concentraré más tarde en el capítulo 6. En principio se pueden distinguir cuatro diferentes conceptos de hombre:

(1) *La imagen mecánico-materialista del hombre*

Hacia finales del siglo diecinueve el hombre era visto cómo “*hombre máquina*” o “el hombre como monumento de la industria” una imagen que vi colgada aún en los tiempos de mi juventud en las vitrinas de las farmacias. Este hombre era representado como el resultado de la unión de trozos diferentes de una máquina: El cerebro era la central telefónica, el corazón era la bomba, el aparato digestivo un horno de carbón y las vías respiradas eran una chimenea que emitía nubes de humo. Esta imagen primitiva en el curso de los años fue abandonada completamente, aunque algunos legados aletean aún en el aire. Uno de estas representaciones que sobrevive hoy de modo obstinado es la del corazón visto como una bomba.

El punto de paso de la imagen mecánica a la química del hombre puede ser la que hoy se define como “modelo médico”: los procesos químicos en el hombre son preparados, gestados e influenciados por medios químicos, he aquí el motivo de la existencia de una medicina que quiere curar con medios químicos y de nuestra industria farmacéutica moderna, que produce estos medios a toneladas para verterlos sobre la civilización occidental.

(2) *La imagen biológica del hombre*

Esta imagen comprende también la imagen del hombre según la bioquímica, para la que *toda* expresión humana es el resultado de procesos químicos más complejos. Por tanto, no solo se entienden los procesos químicos del metabolismo o los procesos

electroquímicos del cerebro, sino también los procesos psíquicos como pensamiento, sentimiento y voluntad. En esta imagen no hay espacio para los valores espirituales y las normas, a pesar de que los bioquímicos mismos tratan constantemente valores y normas.

Junto a la imagen del hombre definida desde el punto de vista bioquímico, en esta categoría entra también la imagen zoológica, que se basa principalmente en la genética y que es sustentada por los bioquímicos en la investigación de la composición molecular de los gametos: por lo tanto el hombre *ya no sería* el mamífero más avanzado como consecuencia de las mutaciones y de la selección. El reducido campo en el que el comportamiento de los chimpancés es comparable al de los seres humanos es investigado con gran celo por los investigadores, que por lo demás parecen ser ciegos ante el campo de las diferencias que existen entre los dos.

Los sustentadores de la imagen biológica del hombre pueden ser agrupados bajo el término de *Innatistas*: aquellos que quieren explicarlo todo con las teorías de la herencia y la genética. Todos ellos defienden su imagen con agresividad y sarcasmo de aquellos que piensan de modo diferente.

(3) *La imagen psicológica del hombre*

En esta imagen la atención se concentra en la psique y en procesos psíquicos del hombre. Además, en este ámbito, se ha desarrollado también una ciencia del comportamiento que parte del presupuesto de que lo que sucede en el interior del hombre, sólo puede ser accesible con la descripción subjetiva. Pero el comportamiento, en cambio, puede estar determinado de modo objetivo y por lo tanto ser examinado de modo científico. Es posible dejar aparte lo que sucede en el hombre, definiéndolo “black box”, mientras se puede establecer lo que entra allí (el estímulo) y lo que sale (la reacción). Sobre estas bases tuvo su origen el conductismo, la investigación sobre el comportamiento y la psicología del *stimulus-respons* o estímulo-reacción.

El empirismo aplica esta imagen en la instrucción y en la educación. En base a las experiencias con palomas y ratas adiestradas y reducidas al hambre fue posible desarrollar una técnica de adiestramiento y manipulación que después fue sencillamente trasladada a los procesos de la vida humana.

De ésta originaron después los proyectos extensamente conocidos del aprendizaje programado y de los exámenes *multiple choice*. Los empiristas no tienen en cuenta el

patrimonio genético; según ellos el patrimonio genético tiene tantas facetas y es tan vasto, que el comportamiento no puede que ser definido exclusivamente por el ambiente (cultura y educación). En este momento, la ciencia del comportamiento está ejerciendo una influencia decisiva sobre la sociología, psicología y sobre las doctrinas de la economía política, a pesar de que esta moda haya superado ya su cumbre.

(4) La imagen personalista-espiritual del hombre

En este caso se pone el acento en el significado que el Yo superior tiene para el hombre, en la persona que se pone objetivos, que pondera y elige, que encuentra y establece valores y normas. Esto se expresa en el curso de la vida de modo cada vez más claro, siguiendo una especie de hilo conductor.

Para muchos artistas, pero en particular para los autores de biografías, la descripción del desarrollo de la personalidad humana hacia la sabiduría o hacia la necedad, hacia la prudencia o hacia la voluntad débil, en salud o en enfermedad es un tema muy interesante. Los resultados varían desde los banales romances de miseria hasta los hitos de la literatura mundial. Pero hasta hace pocas décadas, ésta era literatura y no ciencia, hasta cuando por fin cada vez más psicólogos y pedagogos comenzaron a ver la parcialidad y la pobreza de la ciencia conductual buscando el modo para examinar el desarrollo espiritual del hombre desde su punto de vista. Sobre estas bases se desarrollaron corrientes pedagógicas, que ya no ven el aprendizaje solo como un adiestramiento y un adoctrinamiento con programas establecidos precedentemente, sino que quieren dar relieve a conceptos como descubrimiento, apertura y realización de sí mismos hacia objetivos pedagógicos.

En este contexto se viene a converger con una frase de Heráclito, que afirma que instruir no significa llenar un cubo, sino atizar un fuego.

Después de 1945 nació una nueva corriente psicológica, la psicología humanística, que se ocupaba de la descripción y de la investigación de la personalidad humana, de sus manifestaciones y de su desarrollo y que comprendía también la posibilidad ya mencionada precedentemente de alcanzar la salud psíquica, la agudeza activa, la creatividad y la sabiduría. En los campos que hasta hoy han sido dominados casi exclusivamente por biólogos y conductistas, se imponen hoy conceptos como equilibrio ecológico y mejor calidad de la vida, antes que el logro de un estándar de vida más elevado. Este desarrollo es hoy claramente visible, él ha traído un cambio

revolucionario en nuestro sistema de prioridad de valores, tanto que casi podríamos hablar de una revolución espiritual-social. Es probablemente la revolución del siglo XX.

Esta breve presentación quiere ser una introducción a la descripción del curso de la vida humana. En el capítulo 6 trataré de modo exhaustivo los diferentes conceptos de hombre.

5. Subdivisión de las fases de la vida

Cada período de la vida tiene su propia importancia, su propio objetivo. Encontrarlos y dedicarse a ellos es uno de los principales problemas en el curso de la vida.

Erich Stern, *Der Mensch in der zweite Lebenshälfte*

La subdivisión de la vida humana en fases está en discusión desde hace tiempo. Según un punto de vista no existe absolutamente ninguna fase, cada evolución de la vida, si es observada cotidianamente y con precisión, no es otra cosa que un cambio siempre en curso. La crisis juvenil, así definida por los psicólogos de la edad evolutiva, sería un fenómeno artificial y dependiente de la cultura, una consecuencia del modo en que por ejemplo reacciona la cultura occidental a los procesos de maduración sexual y social.

La argumentación según la cual se trataría de un cambio siempre en curso hace un análisis observando tan sólo breves intervalos y dice poco de la existencia de la infancia, de la juventud y de la edad adulta. Es como cuando sucede durante el paso del día a la noche: si se lo observa de minuto en minuto, no es posible llegar a afirmar “ahora la jornada ha llegado a su fin, ha llegado la noche” y ver que de repente llega la oscuridad, pudiéndose así distinguir el día de la noche. Igual de difícil es distinguir el día preciso del paso de la juventud a la edad adulta, sin embargo se llega a un momento en el que un hombre ha adquirido de tal manera tantas características de la edad adulta y ha perdido de tal manera tantas características de la juventud, que se puede afirmar con razón que ha alcanzado (en forma transitoria) la edad adulta.

La otra argumentación, con mayores fundamentos sociológicos, habla de la dependencia cultural de las denominadas fases de la vida y contiene en realidad un elemento de verdad. El *modo* en el que se vive psicológicamente la pubertad depende

sobre todo de una serie de factores externos y también naturalmente de las expectativas del entorno hacia los jóvenes. Un estudiante de BUP de una familia de intelectuales, por ejemplo, se encuentra con una serie de imposiciones diferentes a las de un joven Kikuyu de Kenia, que después de haber superado los rituales de la pubertad será acogido en la comunidad de los hombres de su tribu. Pero el hecho de que ambos estén por concluir su infancia para dirigirse de un modo nuevo a su entorno, demuestra que realmente existe un paso de una fase de la vida a la otra.

En particular en la primera mitad de la vida, el desarrollo biológico es un aspecto muy importante para la nueva orientación psíquica y mental. En la segunda mitad de la vida es la persona espiritual la que asume los encargos cada vez en mayor medida, se pone objetivos y elige normas. Como veremos a continuación, justo alrededor de los cuarenta años, al comienzo de la línea biológico descendente, es necesario liberarse de las uniones de la evolución biológica para proyectarse hacia un nivel espiritual más alto.

Ya que cuerpo, psique y espíritu del hombre actúan ahora juntos como una única unidad, ya no sucederá que uno sólo de estos pueda ejercer una influencia particular, sino que se tratará siempre de una relación de equilibrio e intercambio entre los tres. Es justo esta relación de equilibrio la que deja discurrir todos los cambios y no obstante, si se los *quiere* ver, aparecen de modo evidente.

Examinaré solamente algunas de las investigaciones realizadas en las fases de la vida humana para después tratar en base a éstas los fundamentos de mi teoría.

Existen sistemas según los cuales la vida del hombre se divide en períodos de 7, 14 o 21 años y sistemas que ven 5, 7 o 9 fases de vida diferentes.

Las diferencias entre los diferentes sistemas son en todo caso pequeñas, como se verá a continuación. En efecto, en todos los sistemas los puntos de inversión más importantes de la vida son prácticamente idénticos, independientemente del hecho de que la subdivisión sea hecha según algunos criterios secundarios.

El sistema más viejo, que ha influenciado nuestra cultura occidental, es la subdivisión griega en *Hepdomaden*, en 10 fases de 7 años. Tolomeo se distingue de sus contemporáneos porque subdivide la vida en fases regulares, cada una bajo la influencia de un planeta concreto³

Los romanos reconocían en cambio 5 fases de la vida:

³ Lauer: Der menschliche Lebenslauf.

0-15 años: *pueritia* - la primera infancia y la fase de los primeros años de escuela;
15-25 años: *adolescentia*;
25-40 años: *iuventus* - la primera fase de la edad adulta;
40-55 años: *virilitas* - la segunda fase de la edad adulta;
desde 55 años: *senectus* - la vejez.

Entre los autores holandeses, Rümke concuerda con la subdivisión de los Romanos; sin embargo él introduce aún una continuación desde los 55 a los 65 años de modo que la vejez comienza a los 65 años.

Watering sigue, según Rümke, la subdivisión de los griegos en 10 fases de 7 años:

0-7 años: la edad de la vida fantasiosa;
7-14 años: la edad de la imaginación;
14-21 años: pubertad y adolescencia;
21-28 años: conquista de la base de la vida;
28-35 años: confirmación y verificación de la base de la vida descubierta;
35-42 años: segunda pubertad, reorientación de los objetivos;
42-49 años: período maníaco depresivo;
49-56 años: lucha contra el propio declive;
56-63 años: sabiduría;
63-70 años: segunda juventud – se acepta de modo consciente el propio declive – el hombre en este punto puede aún alcanzar una cumbre en su propia vida.

Wijngaarden distingue tres grandes fases:

0-18 años: aprendizaje del mundo interior y exterior;
18-42 años: aceptación del mundo interior y exterior;
42 hasta el final: conciencia del mundo interior y exterior.

Andriessen no trata las fases de la vida como porciones de años de calendario, se basa mucho más en aquéllas que son principios que caracterizan las diferentes fases.

Es interesante apreciar que todos los autores que han examinado las fases de la vida y que han recogido experiencias al respecto, son Personalistas más o menos declarados.

A partir del psicoanálisis de Freud, se ha escrito mucho sobre la psicología de la edad evolutiva, pero para todos estos autores la evolución termina con el sexto o con el catorceavo año de edad. Después de este momento, según sus pareceres, el individuo ya no se desarrollaría más. En este sistema filosófico, por lo tanto, la evolución sólo depende de la vida instintiva, la persona psíquica es sólo una “estructura subyacente” de esta naturaleza instintiva, del *Es*.

Más tarde algunos seguidores de Freud se dedicaron al Yo mismo, ya no como producto del *Es*. En este caso se habla por tanto de predisposición individual del Yo, que existe ya desde el principio y que no se desarrolla del *Es* (entre otros E. Erikson).

La autora más conocida que se ha ocupado del curso de la vida humana es Charlotte Bühler. La autora distingue cinco fases de la vida, que corresponden a las fases de Rümke. Pero aún más importante que la subdivisión en períodos, es la idea de Charlotte Bühler de que cada hombre sigue su propio leitmotiv, en base al cual se pone un objetivo y sigue el camino que lo llevará a la propia realización. En el curso de la vida el desarrollo se cumple, según Charlotte Bühler, según aspiraciones de base, que son:

- (1) satisfacciones de las *necesidades*
- (2) *adaptación* auto-limitante del interior hacia el exterior, llamada también regulación de la vida
- (3) conservación del *orden interno*, que se hace posible a través de la continuidad (Charlotte Bühler aquí introduce la conciencia real, que “a través del verdadero yo” practica la auto-limitación)
- (4) *expansión creativa*.

Las diferentes fases de la vida están determinadas por las diferentes intensidades de los deseos primarios.

Además, según Charlotte Bühler, las posibilidades de desarrollo se basan en la contraposición entre *Vitalidad* (el aspecto biológico-físico del hombre) y *Mentalidad* (el aspecto espiritual del hombre proyectado hacia la ejecución de la propia tarea en el vida).

La autora ve dos líneas de evolución que interactúan – una evolución biológica y una espiritual-mental. En la persona biológica actúan los deseos primarios, en la espiritual los motivos.

El aspecto psíquico del curso de la vida, por lo tanto, se convierte en un “curso de motivación.” Cada vida tiene un objetivo principal: el propio leitmotiv. Junto al curso de la vida biológica, compuesto de construcción -equilibrio - destrucción - muerte, la

autora presenta un esquema de la vida biográfica que se compone de principio - búsqueda y tentativa - recorrido definido - punto culminante - balance y descenso.

Más tarde, al examinar las fases de la vida, veremos que mi esquema del curso biográfico evidencia dos posibles puntos culminantes, de naturaleza completamente diferente entre ellos.

La misma Charlotte Bühler cree que con la oposición vitalidad y mentalidad no se ha abrazado aún suficientemente el curso de la vida humana. Para ella el concepto de mentalidad no está bien delimitado, a veces representa toda la personalidad psíquica, otras veces la mentalidad parece depender de nuevo del Yo, que, como dice Charlotte Bühler, impone el *propio* objetivo ya a partir del segundo año de vida, de modo consciente y con fuerza, y a menudo contra la resistencia del entorno; al mismo tiempo, paralelamente a esta evolución introduce ya la función de la conciencia.

El curso de la vida debería ser visto como la función de una tríada, o bien de cuerpo, psique y espíritu. La psique una vez más se entiende como la constelación cambiada de Pensamiento, Sentimiento y Voluntad que por una parte sigue el desarrollo biológico, y por otra también el espiritual, mediante la afirmación de un objetivo de vida elegida por sí mismo. Este objetivo llevará por lo tanto, según el tipo de biografía individual, a un cumplimiento de la vida más o completo, de la que hará experiencia la psique. Charlotte Bühler llama cumplimiento a la realización completa de los valores de la vida.

Chorus (Leiden) es un Personalista declarado. Según él el método *biográfico* como medio científico es exactamente lo opuesto del método naturalista. El primero individualiza, el segundo generaliza.

El método biográfico se acerca al individuo *en su propio* recorrido de vida. Chorus indaga detalladamente la posición particular del hombre con respecto a los mamíferos más avanzados y confirma mi opinión, o bien que el lactante humano sería el fruto de un parto prematuro: «si el hombre fuera un mamífero, nacería al final del primer año de vida».

Por lo tanto el embarazo debería durar en realidad un año más (también el zoólogo de Basilea Adolf Portmann define al hombre como un “parto fisiológico prematuro”). Él afirma que cada fase tiene la propia forma y el propio sentido y que ninguna fase puede ser reemplazada por otra.

Una contribución particularmente importante sobre este argumento del curso de vida humana es la dada por el filósofo *Guardini*. Todos deberían tener su libro “*Lebensalter*” (La edad) sobre la mesilla de noche. A pesar de que se pueda leer tranquilamente en una

noche, representa algo lleno de sabiduría humana formulado de modo minucioso y con profunda “toma de conciencia.” Estas son algunas frases del libro:

«El hombre se caracteriza de modo siempre nuevo... en todas las fases él es siempre un hombre único y siempre el mismo, que vive en aquel lugar dado... la misma persona... que se conoce a sí mismo y que responde de las propias fases de vida... Cada fase es algo propio, que deriva de cuanto ha acaecido precedentemente o de cuanto ocurrirá sucesivamente... las formas de la vida producen también figuras de los valores. De ellas emergen valores precisos, que se someten a determinados factores dominantes... el niño no existe sólo para convertirse en adulto, sino también, o mejor sobre todo, para ser el mismo, o bien un niño, y ser un hombre en forma de niño. Ya que el hombre vive en cada fase de su vida, el niño no es menos ser humano que un hombre adulto».

Guardini busca los factores dominantes de la figura valor de cada fase, busca el punto central o el valor central. Sus fases son:

- (1) la vida en el regazo materno, el nacimiento y la infancia;
- (2) la crisis de la madurez (la pubertad);
- (3) el joven hombre (adolescencia),
- (4) la crisis provocada por la experiencia (paso de la adolescencia a la edad adulta o expansiva);
- (3) el hombre emancipado (los treinta años),
- (6) la crisis provocada por la experiencia del límite (principio de los cuarenta años)
- (7) el hombre desencantado
- (8) la crisis de la separación,
- (9) el hombre sabio.

Es interesante observar que Guardini se ocupa sobre todo de los puntos de conjunción más importante entre las diferentes fases de la vida. Para todas las fases vale el mismo principio: estas fases constituyen en su conjunto la totalidad de la vida, pero la vida no es el resultado del conjunto de estas fases, todo está siempre presente, desde el principio al fin y en cada momento particular. Luego el fin está activo durante todo el recorrido; el arco de la vida está destinado a ahondar y acabar, todo lo que ocurre se mueve hacia un fin - un fin que nosotros hoy llamamos muerte... Cada fase (está) presente alrededor de lo global y alrededor a cada fase individual. Dañándola, se daña tanto la fase global como la fase individual.

Una investigación óptima en el curso de la vida humana, mucho más detallada y para

mi también más profundizada que el libro de Charlotte Bühler es un libro escrito por otra mujer. Se trata de Martha Moers, de Bonn, su libro se titula “*Die Entwicklungsphasen des menschlichen Lebens*” (Las fases evolutivas de la vida del hombre).

En su prefacio ella afirma ante todo que en su libro quiere describir la vida como una *tarea*. Una tarea que el hombre, con la ayuda de sus fuerzas físicas, del alma y de la mente tiene que llevar a cabo. Se pone el acento en las fuerzas espirituales, porque son éstas las que dan a la vida el sentido más verdadero y profundo - que corresponde a la dignidad del hombre. En segundo lugar la autora intenta observar toda la vida humana más o menos como si fuera un desarrollo progresivo y por lo tanto como un desarrollo de la parte espiritual del hombre. Esto significa por lo tanto que el hombre adulto tiene la obligación de educarse a sí mismo.

El libro ofrece una panorámica particularmente completa de los factores biológicos, psíquicos y mentales en cada fase de la vida.

El aspecto importante es que la autora introduce para cada fase intermedia de la edad adulta, por lo tanto para el período del comienzo de los veinte al principio de los cuarenta años, los siguientes conceptos: deseos vitales del alma, deseos materiales y deseos espirituales. Ella expone una observación detallada y una descripción convincente de cómo estos diferentes deseos, uno después del otro, predominan en la vida (para decirlo con los términos de Guardini: se vuelven el centro de los valores).

Para cada fase de la vida ella describe después la característica general, la ejecución de la obra o el modo en que cada uno desarrolla las propias tareas, las relaciones sociales y el comportamiento general en las comparaciones de los valores.

La autora decidió subdividir la vida en seis fases:

- (1) la primera fase de la vida: infancia y juventud hasta los 14 y 21 años;
- (2) la segunda fase: la primera fase de vida adulta y los veinte años (21 - 28 años);
- (3) la tercera fase: de 28 a 42 años;
- 3) la cuarta: de 42 a 56 años;
- (5) la quinta y la sexta: (comparables al *praesenum* y *senium* de Rümke), las dos fases de la vejez.

Martha Moers es muy precisa en su descripción y en ella desarrolla un pensamiento extremadamente original.

Estos dos aspectos de las fases de la vida no los he visto tratar por ningún otro autor. Sus posiciones coinciden ampliamente con las experiencias que yo mismo he tenido en mi trabajo de descripción del adulto.

Me referiré a menudo a Martha Moers. Su obra ha quedado relativamente desconocida, aparentemente porque ha sido publicada en tirada muy reducida, en una colección para la universidad y hasta la fecha no se halla en las librerías. □Excepto Charlotte Bühler, ningún autor la cita.

La concepción que alguien pueda tener del curso de la vida depende mucho del concepto de hombre, convertido en el punto central en la vida del observador.

Mi imagen personal del hombre ha sido profundamente influenciada por *Rudolf Steiner*. La filosofía de Steiner y su imagen tienen como punto central el concepto de evolución. En lo que se refiere a la evolución biológica él se acerca a la doctrina de la metamorfosis de Goethe, apela a la doctrina de Schiller sobre la tríada de los deseos del alma y sobre esta base desarrolla una nueva filosofía goetheana, que ve al hombre como cuerpo, alma y mente. El cuerpo, que sigue reglas de evolución fijas, ha nacido en un largo proceso de desarrollo. Opuesto a él está la mente que, arribando a la conciencia del Yo humano, se proyecta hacia el futuro y hacia la libertad. Entre los dos se interpone el alma humana o la psique, el palco sobre el que las fuerzas de los dos campos se encuentran y donde el hombre es hombre, en aquel preciso lugar y en aquel preciso momento.

También Steiner se basa en la teoría de los diez períodos de evolución cada siete años:

3 x siete años para la evolución físico-espiritual;

3 x siete años para la evolución puramente espiritual;

3 x siete años para la evolución mental.

Por lo tanto en 63 años el hombre ha pasado todas sus fases de desarrollo, tiene después aún un décimo período de siete años, para consolidar la evolución. A los setenta años está listo para recoger los frutos de su vida y restituirlos a la comunidad.

A tal propósito es importante observar que ninguno de los autores que describe el curso de la vida con un ritmo de siete o catorce años, tampoco Rudolf Steiner, retiene que la alternancia de las fases se cumple en base a los plazos específicos del calendario. Aún existen otras piedras miliarias: valores medios, distancias ideales, alrededor de las cuales se mueve la evolución individual. Pero ellas representan también criterios a utilizar para reconocer notables diferencias.

En ellas se podrían buscar las causas de la aceleración o deceleración. En la infancia es normal. Cuando a los siete años un niño no está aún preparado para ir a la escuela, se supone que tiene un problema evolutivo. Quien entra ya en la pubertad a los 9 o sólo a los 17 años, generalmente está ya al cuidado de algún médico. Cuanto más envejezca el hombre o recorra más o menos aceleradamente las fases de su evolución personal, ello supondrá un caso patológico.

Steiner trata tres niveles de evolución del alma, que él llama alma de la percepción, de la razón y de la conciencia. Entre los 21 y 42 años es posible distinguir estos tres niveles como centro de los valores o centro dominante de la evolución del hombre.

Estos tres niveles concuerdan con el esquema que treinta años más tarde describió Martha Moers. Ella llama al mismo cambio del lado dominante del valor, deseo del alma, material y espiritual. Sólo son nombres diferentes para un mismo fenómeno. Y con esto he nombrado las principales fuentes para nuestro estudio literario sobre las fases evolutivas de la vida del hombre. Todas estas obras examinan la descripción del curso de la vida humana que refiero en los próximos capítulos.

II. El curso de la vida de los seres humanos

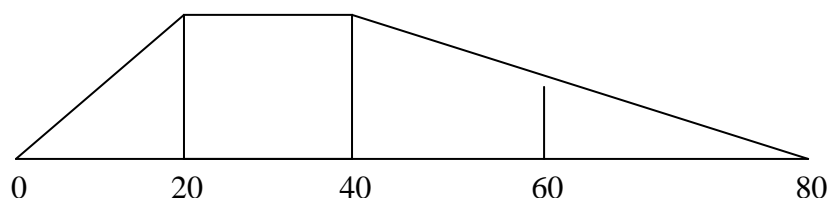
1. Fases del curso de la vida

Consideramos el curso de la vida humana bajo tres aspectos: (a) el biológico, (b) el psicológico, y (c) el espiritual.

(a) El curso de la vida biológica

Ya hemos establecido que cada organismo vivo es definido a través de un cronotipo. Si se presupone que la duración de la vida de un ser humano es de unos 80 años, en el curso de la vida humana es posible distinguir tres fases:

- período de crecimiento, durante el cual tiene lugar una construcción en vez de una destrucción;
- período de equilibrio entre la construcción y la destrucción; y
- período de involución de la destrucción inminente.



El período de crecimiento, que se prolonga más o menos hasta los veinte años de edad (en los sujetos de sexo femenino acaba antes, en los de sexo masculino más tarde), no tiene un movimiento continuo, sino que se articula en tres fases, en las que se alternan el crecimiento en altura y en largura. Este proceso ya ha sido ampliamente descrito por mi en el trabajo “Fases de desarrollo del niño”; en lo que concierne a los problemas de desarrollo durante la infancia, hacer referencia a dicha sección. A este propósito puede bastar un pequeño resumen de los períodos de desarrollo:

- (1) desde el nacimiento hasta el primer crecimiento longitudinal y la segunda dentición
- (2) desde la segunda dentición hasta la pubertad
- (3) desde la pubertad a la edad adulta.

Los períodos del *cumplimiento*, durante los que el niño crece en anchura y se vuelve más fuerte mediante un crecimiento longitudinal ralentizado, se alternan con las fases del *alargamiento*, es decir, crecimiento longitudinal rápido durante el que crecen sobre todo las extremidades. Estos períodos de alargamiento han comenzado directamente antes de la edad escolar (segunda dentición) y antes de la pubertad. A ellos le siguen períodos del crecimiento en anchura.

Un influjo notable sobre la *estatura* que un ser humano puede alcanzar es ejercido por la alimentación pero ésta no influye en el *ritmo* de las fases de desarrollo. La alimentación influencia las diferentes fases críticas que se distinguen sin embargo de un órgano a otro. En el caso del cerebro, por ejemplo, el desarrollo tiene un curso tal que en los primeros cinco meses de vida el *número* de células cerebrales aumenta de modo considerable y sólo sucesivamente aumenta su *tamaño*. Se suceden después diferenciación y crecimiento; la diferenciación representa la fase de desarrollo más importante. Una alimentación insuficiente en esta fase no puede ser compensada sucesivamente, la desnutrición en la fase siguiente del crecimiento de las células al contrario puede ser compensada durante las fases siguientes.

Resulta por lo tanto evidente que el recién nacido necesita de una alimentación óptima, ya que tener una alimentación equivocada o el surgimiento de enfermedades en esta fase de crecimiento comportan a menudo consecuencias permanentes. Para los Países en vías de desarrollo esto representa un problema muy grave.

De la curva, dibujada muy esquemáticamente, emerge la duración media de los períodos de construcción, equilibrio y destrucción. Cada sistema orgánico tiene sin embargo su

propia curva cronotípica. Todos saben que alrededor de los cuarenta años de vida se necesita de un par de gafas para la vista, ya que la rigidez del cristalino lleva a una reducción de la acomodación del ojo. En el caso del oído la situación es diferente. Ya después de los diecinueve años de edad la facultad auditiva disminuye y no se reconocen ya los tonos más altos y los tonos más bajos. Uno de mis hijos expresó así este concepto: «Ay, papá, ¿no tienes necesidad de un equipo estéreo caro, ya que no escuchas los supertonos? ».

La facultad auditiva puede ser establecida fácilmente; el resultado se llama audiograma. Por ejemplo, si una persona de 35 años tiene un audiograma de 45, significa que (al menos en lo que concierne el oído) que ha envejecido prematuramente. Se podría investigar si por casualidad también otros órganos envejecen prematuramente. Una característica del período de involución es la disminución de la elasticidad de los tejidos. No sólo el cristalino del ojo, sino que también todo el aparato pulmonar se vuelve menos elástico; esto se percibe por la menguada capacidad de espirar aire a pleno pulmón o por la falta después de haber corrido velozmente. Es sabido que a causa de la menguada elasticidad, las paredes de los vasos sanguíneos están sometidas a degeneración. Una limitación funcional así puede resultar peligrosa para los vasos coronarios y puede ser la causa de un infarto cardíaco, como consecuencia del cual la pared arteriosa degenera lentamente y el vaso se cierra.

En algunos seres humanos el desarrollo tiene un curso independiente de la curva media, envejecen precozmente o permanecen jóvenes más tiempo y en la vejez avanzada son aún vitales y eficientes. Sin embargo también estos individuos hacia los cuarenta años necesitan un par de gafas y también ellos se cansan más velozmente que en el pasado. Hasta qué punto las funciones espirituales y psíquicas siguen las fases de desarrollo biológico será tratado sucesivamente. Como ya se ha visto, Martha Moers considera las fases de la vida en base a tres aspectos: el laboral, el de las relaciones sociales y el de la actitud respecto a los valores. Este esquema corresponde ampliamente a mi interpretación personal, que prevé una distinción entre aspecto biológico, psicológico y espiritual. De aquí nace también la próxima pregunta: ¿La curva psicológica y espiritual es paralela a la biológica? ¿Sigue la curva biológica o es independiente de ella?

(b) El curso de la vida psíquica

El desarrollo psíquico del pensar, del sentir y del querer muestra, en la primera fase del crecimiento y hasta la edad adulta, un desarrollo evidente, cuyo forma y cuyos

contenidos siempre variables han sido descritos en la sección “Fases de desarrollo del niño.” En las tres fases de desarrollo del período de crecimiento se delinea un tema como “leimotiv.”

Recién nacidos e infantes están abiertos a todas las sensaciones y aprenden imitando su entorno. La cosa más importante, lo que podemos dar al futuro hombre durante su camino de vida, son el sentimiento de seguridad, de confianza, la sensación de ser querido en este mundo, y podemos hacerlo dándoles amor y calor. La seguridad y la confianza nacen de un ritmo de vida sólido y de la relación con el niño; nace del calor del ambiente circundante. En resumen: al niño se le debe dar la sensación de base de que el mundo es bueno. La fase que sigue al primer crecimiento longitudinal y la segunda dentición, por lo tanto la edad escolar, está caracterizada por el encerrarse del niño. El niño vive fuertemente en su interior y explora en el pensar, en el sentir y en el querer las propias capacidades espirituales. Hace esto gracias a la propia fantasía, vive como si estuviera en un pequeño jardín detrás de un grueso muro y se construye aquí su propio mundo en el que puede realizar todo, cosa que todavía no es capaz de hacer en el mundo real. Esta fantasía infantil es la base sobre la que él podrá desarrollar en un vida laboral y social futura una creatividad. Quien en esta fase no fantasea y no sueña con los ojos abiertos, carecerá posteriormente de espontaneidad y multiplicidad en las relaciones con otras personas. Una enseñanza puramente intelectual mata la fantasía y cría hombres que en el curso de su vida futura se sentirán solos y tendrán que experimentar continuamente la propia incapacidad para establecer un contacto verdadero. Que esta debilidad para establecer contactos haya sido asumida por nosotros casi como una dimensión epidémica, no es para nada extraño si se piensa en como es concebida la experiencia de la escuela elemental. Una clase artística, un juego creativo y cuentos por parte de los padres mantienen activa la viveza de las capacidades psíquicas y son ‘alimento’ para la originalidad y la espontaneidad. En la segunda fase el niño debe convencerse de que el mundo es alegría y belleza. Para el niño la palabra belleza tiene un significado muy distinto que para el adulto. En efecto, la mayor parte de los adultos es incapaz de captar la belleza de un pequeño coleóptero, de una hoja o de un guijarro.

En la tercera fase, pubertad y adolescencia, tiene lugar el primer gran impacto con la realidad. Ya en el período que precede la pubertad, el cercado mundo infantil, del que ya he hablado, se abre y el joven se encuentra frente a la realidad a menudo poco acogedora. Una consecuencia de esta irrupción en el mundo real es el aislamiento en la

pubertad, la sensación de no ser entendido por nadie y la tendencia a venerar a un hombre más grande. En la fase de la adolescencia (que para mi comienza a los 16-17 años) el joven hombre tiene la tarea de encontrar la propia ubicación dentro del mundo (aunque provisional).

En este punto comienza, como ya he descrito en la sección “Fases de desarrollo del niño”, la búsqueda de una concepción del mundo, el interés religioso y la búsqueda de un ideal político, que en esta edad asume aún características más religiosas. Y finalmente llega la elección escolar y laboral (al menos para los jóvenes que hayan recorrido un desarrollo normal). Aquí se despierta efectivamente la búsqueda de la verdad: ¿Cuál es el propio lugar en el mundo?

Ya para Platón, verdad, belleza y bondad pertenecen a los fundamentos de la humanidad. Se deben desarrollar en la juventud y deben llevar a continuación a la sabiduría, a la moral y a la creatividad. Este desarrollo no depende del bienestar externo sino de la plenitud interior. Ya en 1945 se estableció que sería un delito obligar a jóvenes de 14-15 años a encontrarse un empleo o a trabajar en la fábrica. Estos chicos no podrían recorrer la tercera fase, en la que deberían convertirse en adultos. El hecho de que hoy este gran grupo de jóvenes reciba una clase continua es sólo un primer paso hacia la dirección justa. Todo hombre tiene el derecho de acceder a la educación y a la formación hasta los diecinueve años, para que en un futuro sea capaz y pueda, en calidad de hombre completamente desarrollado, dar una contribución a la comunidad.

En la sección “Fases del desarrollo del niño” he llamado la atención sobre la estrecha relación existente entre desarrollo físico y psíquico. En los primeros años de vida esta dependencia recíproca es casi absoluta. La más pequeña molestia intestinal, una enfermedad infantil amenazadora se advierte rápidamente en el comportamiento del niño que se vuelve débil y desganado. Después de la pubertad, la dependencia directa entre el desarrollo psíquico y el biológico se reduce sensiblemente, aunque comúnmente es más fuerte con respecto a los años siguientes de la pubertad misma.

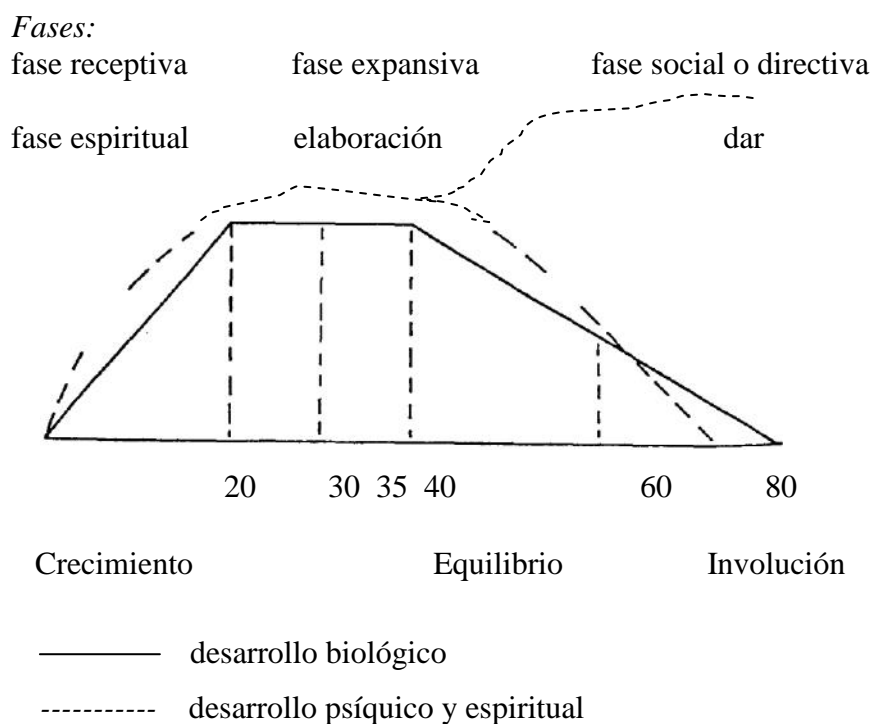
¿Y qué sucede después? Al responder a esta pregunta se pone en evidencia el tema central de este libro. El impulso vital del alma sigue ampliamente el curso de la vida biológica; las funciones espirituales de alma, al contrario, se separan cada vez más de la línea de desarrollo biológico; se puede aún alcanzar la cumbre cuando las funciones biológicas se han reducido notablemente. Por lo tanto para el desarrollo psíquico no se puede plantear un desarrollo lineal y cronotópico. En los primeros veinte años (entendido aquí como valor aproximado), las funciones psíquicas y las biológicas son

ampliamente paralelas, a continuación se influyen cada vez más recíprocamente (particularmente en la fase media de la vida el hombre es evidentemente una unidad psicosomática). En el curso del cuadragésimo año llega sin embargo el momento en el que se reducen las funciones vital-espirituales. La gana vital de actividad, con una aproximación enérgica hacia el mundo, se reduce. Cada vez es más pesado seguir manteniendo el mismo nivel de prestaciones laborales. Así uno se siente amenazado por la generación emergente, que tiene aún esta vitalidad. Profundizaré sobre esto más adelante. Sólo si en la infancia han sido despertadas las funciones espiritual-mentales, éstas podrán tomar el lugar de las funciones vital-espirituales cuando ellas vengán a faltar. Así en el curso del cuadragésimo año de edad se verifican dos posibilidades típicas del desarrollo: o se pierde la conciencia del propio valor, en base a la cual se había estado externamente activo — y por lo tanto se entra en crisis; o se deduce la conciencia del propio valor del hecho de que se puede ser útil para los otros — entonces puede empezar una nueva fase social, en la que la persona produce todas las experiencias acumuladas. La vida laboral se caracteriza en este período por un gradual alejamiento de las exigencias directas del trabajo; de este modo se puede ver lo realizado en un contexto mucho más amplio. Las personas que tienen cargos directivos se separan mediante este desarrollo de un estilo directivo, dirigido a organizar todo *autónomamente* y definen el campo en cuyo interior otras personas puedan desarrollar sus propias capacidades.

Podemos llamar a esta última fase después del inicio de los cuarenta años de edad la fase social o fase de guía. Debe quedar claro que dicho desarrollo es posible, pero no debe verificarse necesariamente. Aunque sea una absurdidad querer presentar así un procedimiento tan complejo y tan diversificado mediante un diagrama único, el esquema siguiente puede dar una idea del problema.

(c) El curso de la vida espiritual

El desarrollo espiritual del hombre se realiza al principio de la vida en la conciencia del propio Yo, que comienza en la edad infantil, después en la Experiencia del Yo durante la edad escolar y finalmente en el impulso hacia la Realización del Yo durante la adolescencia. La toma de conciencia del Yo, la Experiencia del Yo y la Realización del Yo pueden sufrir un ulterior desarrollo durante la fase intermedia que describiré más adelante.



Hacia el exterior estos tres aspectos se vuelven visibles en las aspiraciones espirituales del hombre, en la definición de las reglas y en el modo de vivir las reglas y según éstas en el campo laboral; se manifiestan también en la capacidad de encontrar, más allá de la pura necesidad, un campo de interés, es decir ser capaces de ir más allá de la pura estimulación estímulo-reacción, que caracteriza el impulso vital-espiritual.

Quien en la fase media de la vida ha desarrollado un interés por el arte, la ciencia o actividades sociales casi no se dará cuenta del gran vuelco de la propia vida después de los cuarenta años de edad. Después de esta edad extraerá cada vez más la fuerza para su vida de una fuente espiritual. Quien sin embargo en la fase intermedia de la vida haya impulsado solo el éxito personal, quien haya querido hacer todo por sí solo, quien haya pensado solo en sí mismo, quien haya arrinconado todo lo que suponía un obstáculo en su carrera, o quien haya vivido pasivamente su propio trabajo o las circunstancias de la vida, éste entrará en crisis después de los cuarenta años de edad y a mediados de la cincuentena se convertirá en un hombre trágico, que añorará siempre los viejos tiempos y se sentirá amenazado por todo lo que es novedad.

El ritmo de desarrollo *biológico* actúa principalmente en el período que precede a la edad adulta, El desarrollo *psíquico* sale a la luz en la propia originalidad principalmente

en la fase media de la vida. El desarrollo *espiritual* es decisivo para la última fase de la vida.

2. La adolescencia

The main business of the adolescent is to alto being
one (La tarea más importante del adolescente es la de dejar de
considerarse uno solo)

Cole and Hall, *Psychology of Adolescence*

Mensch ist der Lebende in *jeder Phase seines Lebens*

(El hombre está vivo en cada fase de su vida)

Guardini, *Die Lebensalter*

La fase de paso: la adolescencia (de 16/17 hasta 21/24)

En la crisis del año de madurez, en la pubertad, comienza el despertar de la persona. Este despertar continúa en las fases siguientes de la adolescencia y es el punto central alrededor del cual gira todo. Si este proceso no tiene lugar, la persona queda pegada al propio ambiente o bien se obstina en una actitud de protesta, típica de la pubertad, contra todo lo que es recibido como autoridad. Las preguntas importantes de esta fase son: ¿Quién soy yo? ¿Qué quiero? ¿Qué puedo?

Justo porque estas preguntas fundamentales han quedado sin respuesta, parece evidente lo que Rümke describe como característica de la adolescencia: Precariedad—no estar aún decididos o no haber encontrado aún la propia colocación—. Desengaño en las confrontaciones ideales de la pubertad.

La tarea de esta fase de vida es entre otras la de establecer una “relación entre la sexualidad física (biológica) y el eros espiritual.” En la pubertad el joven hombre ha tomado conciencia de la sexualidad, el erotismo debe despertarse en la adolescencia, para que así en la próxima fase de la vida él pueda experimentar el primer “amor hacia otra persona.”

También Kündel trató de modo exhaustivo el significado que el eros espiritual tiene para los años de la adolescencia. Él afirma: «El alma brota en el Tú—el mundo del Tú, que se abre al eros» y «el mundo se inflama, en cuanto le brota el alma». Kündel señala a este propósito que en esta fase de la vida se vive fuertemente desde el interior hacia el

exterior. Para el enamorado se transforma el mundo entero. Cómo se vive la vida no depende del significado objetivo de la realidad, sino de la experiencia subjetiva de esta realidad. Kündel afirma en este contexto: «El destino viene del interior». El eros muestra al joven hombre la realidad bajo una nueva luz, sólo ahora puede elegir el propio camino. De aquí deriva también el peligro de la adolescencia, es decir que se desarrolle la sexualidad, sin que se despierta el eros. El concepto de eros es utilizado aquí en el sentido que tenía el amor cortés en la edad media. El amor cortés en la tardía edad media era un factor cultural. Los cantores líricos de la época caballeresca celebraban incluso las relaciones espirituales puras entre el hombre y la mujer. El amor cortés era la adoración del ideal de la feminidad a través del hombre y la adoración de la masculinidad a través de la mujer. Si un caballero se retiraba de una batalla o de un torneo en nombre de la “mujer”, en esta relación la sexualidad no tenía ningún papel. El amor cortés era practicado como arte así como la música; el elemento del juego era decisivo y como cualquier otro juego se basaba en reglas fijas. El despertar del amor cortés era para la joven mujer o para el joven hombre una experiencia sobrecogedora, pero este amor cortés no era todavía un amor personal. Solo el amor espiritual, que nace del encuentro y del reconocimiento del Yo en otras personas da la seguridad interior que luego atrae hacia sí la confianza en la individualidad. En el Perceval de Wolfram von Eschenbach, Perceval y Gawain tienen muchos amores corteses, sin que la propia relación amorosa sea tocada por Condwiramur o Orgeluse.

En la experiencia del eros (o del amor cortés) se realiza un paso de desarrollo de la psique, pero no aún del espíritu. Hablaré de la diferencia entre la sexualidad biológica, el eros psíquico y el amor espiritual en el capítulo relativo al matrimonio. Aquí comienza la vía de desarrollo de la realidad, “el drama humano más grande comienza solamente ahora”.

Guardini ve en la adolescencia la continuación de la crisis de la madurez o de la pubertad. Esto comienza con el despertar de la persona, con el desarrollo del “sí mismo, que se diferencia de los otros”. En esta situación el desarrollo se acelera e intensifica las fuerzas del impulso de la vitalidad. En el contexto de una experiencia aún no tenida por una fuerte resistencia de la realidad, se revela un déficit relativo al sentido de la realidad, cosa que lleva a la aceptación incondicional de todo juicio y al rechazo de cualquier compromiso. *Guardini* llama a esto “el infinito del comienzo no probado aún.” Las ideas verdaderas y los sentimientos buenos deben ser capaces de cambiar la

realidad. «De aquí deriva también la tendencia a los golpes de cabeza en los juicios y en las decisiones. Y todo es tanto más impetuoso, cuanto más inseguro es el ser personal».

Las grandes ideas, la protesta contra la injusticia son supervaloradas, falta ahora el “elemento fundamental de la paciencia” respecto a una realidad dominada por las medias medidas y por la cotidianidad. Pero la misma inexperiencia con las resistencias en las confrontaciones de la realidad puede transformar el coraje en una decisión de vida, para cuya realización se necesitarían aún décadas. Ya la elección del trabajo es una empresa arriesgada. Típico del estilo de Guardini en relación a la aproximación de los problemas es su investigación de la figura de valores, de la que está dominada la fase de vida actual, mientras el hombre toma sus propias decisiones en una determinada dirección. Guardini llama a esta figura de valores “centro del valor.”

Esto significa, en la adolescencia, que el joven hombre asume la propia responsabilidad, es decir que aprende a hacerse responsable de las propias elecciones y de las propias decisiones. Este no es otra cosa que la capacidad de asumir responsabilidades individuales y personales. Pero para llegar a este punto debe acumularse experiencia y “cada uno debe cometer sus propias estupideces”, si está dispuesto a aprender de ellas.

Guardini llama la atención sobre el hecho de que cada fase individual de la vida dentro del desarrollo general tiene una tarea *precisa*. Cita las palabras de Goethe, según las cuales no se debe viajar solamente para llegar, sino para vivir en el viaje. Estas palabras son particularmente importantes para establecer el significado de la adolescencia. Está en evidente contradicción con el primero de los dos lemas, que he propuesto en este capítulo. Consideramos el desarrollo desde un punto de vista completamente diferente. El libro de Cole y Hall “Psychology of Adolescence” da una visión completa de todo lo que el conductismo y el empirismo enseñan sobre la adolescencia y es por eso un manual muy útil Sin embargo, aquí la adolescencia es vista como una fase de paso durante la que el joven tiene que solucionar una serie de problemas, antes de llegar al paraíso de la edad adulta. Se trata aquí de nueve puntos: (1) madurez emocional general; (2) despertar de los intereses heterosexuales; (3) madurez social general; (4) emancipación de la casa de los padres; (5) madurez intelectual; (6) elección laboral; (7) gestión del tiempo libre; (8) construcción de una psicología de vida que culmina en un comportamiento basado en la conciencia y en la conciencia del deber; (9) identificación del Yo, también llamada percepción del Yo.

La adolescencia es por lo tanto un período en el que se deben desarrollar muchas tareas de diferente valor, desde las que se debe desarrollar un comportamiento sobre cuya base se pueda ser definido adulto. En resumen: la tarea más importante del adolescente es la de dejar de considerarse uno solo.

Este libro exhaustivo e ilustre da la sensación de que la adolescencia es un período horrible. Ejecutadas estas nueve tareas lo más velozmente posible—éste parece ser el consejo del libro —podréis alcanzar la tierra prometida de la edad adulta y entrar en la vida verdadera. Pero la adolescencia es una verdadera fase de la vida, con su propia característica, con alegrías y dolores, que representan una cualidad indispensable en la totalidad de la vida. Esta cualidad es el “centro del valor” para Guardini: tener coraje hacia sí mismos y por lo tanto hacerse cargo del desarrollo de la libertad interior. Por tanto es necesario un sano desarrollo del Yo. En la sección “Fases de desarrollo del niño” he subdividido el desarrollo del Yo en tres peldaños: la toma de conciencia del Yo, que comienza en el período de la escuela elemental y se completa en la pubertad; y la realización del Yo en la adolescencia. De este modo también las formas precedentes del desarrollo asumen un nuevo significado. La toma de conciencia del Yo en la infancia se obtiene a través de la pubertad, y al comienzo de la adolescencia se convierte en una nueva cualidad. Ya en la pubertad el mundo limitado del niño se había asomado hacia el exterior, el mundo real ya se había cerrado a los ojos del niño.

Ahora las preguntas son: ¿Cuál es mi lugar en el mundo? ¿Cómo es en realidad este mundo? ¿Qué fuerzas confluyen en él? ¿Cuáles son las jerarquías, o dicho de otro modo: qué significado yo en el mundo?

Las mismas preguntas se hacen a la experiencia del Yo. La experiencia del Yo en la prepubertad se expresa en una fuerte tendencia del niño a encerrarse en sí mismo y en su propia experiencia. Con la pregunta: ¿qué significado yo en el mundo? el niño, si bien a tientas, se dirige hacia el exterior. Ahora la pregunta se formula así: ¿En qué puedo creer? ¿Hacia qué dirijo mis ideales? ¿Existe algo más alto, hacia lo que pueda dirigirme, que pueda convertirse en mía “estrella guía?” En la realización del Yo encuentra su propio lugar en la realidad social entre coetáneos (ya que los más jóvenes no tienen mucha importancia en este período, excepto en el caso en el que el niño quiera escapar de su propia edad).

Junto a esta nueva regulación de las relaciones sociales entra en juego la elección del estudio o de un trabajo (por lo menos en el caso en el que los jóvenes pueden decidir aún y no están sometidos ya a las decisiones de los adultos). Esta elección del trabajo

requiere una porción de conocimiento de sí e igualmente un conocimiento del mundo; actualmente es particularmente difícil, porque para quien está fuera de la realidad del trabajo éste no se intuye y además se desconocen muchas de las posibilidades de formación. La consecuencia es que muchos jóvenes realizan esta elección encomendándose a la suerte. El hecho de que tantos estudiantes después de cierto período de tiempo interrumpan los estudios o cambien de orientación escolar muestra lo difícil que es decidir definitivamente por una facultad con solo 18 años. Es igualmente difícil, a nivel superior, es decir 2-3 años antes de la madurez, la decisión de la rama de especialización que a menudo se elige sencillamente en base a deseos positivos o negativos de los años de la pubertad.

Los jóvenes, que ya con 15 años tienen que ir a trabajar, son de modo particular las víctimas de esta situación. Hoy por suerte aún es posible tomar una nueva dirección gracias a los cursos de recalificación o a la formación empresarial interna. Que ésta sea la regla, lo muestra el hecho de que 10 años después del comienzo de la formación laboral a la edad de 14—15 años sólo un pequeño porcentaje de los empleados trabaja en el sector para el que ha estudiado.

En los años de la adolescencia todo asume el carácter de absoluto y al mismo tiempo el carácter de la precariedad. Ésta es una situación digna de observar y al mismo tiempo contradictoria, pero que no constituye para el adolescente elemento de molestia. Los juicios y los sentimientos son absolutos—¡al menos por el momento! Cada elección es “precaria—absoluta.” Los estudios universitarios y otras formas de instrucción más elevada alargan de modo innatural la situación de adolescencia hasta los 20 años; de este modo se trastorna el sano desarrollo de la primera fase de la edad adulta, en la que debería alcanzarse cierto grado de auto-responsabilidad. La solicitud de corresponsabilidad en la planificación de los estudios y la situación de las universidades, que hoy los estudiantes critican, es una reacción completamente normal frente a esta larga dependencia. Si esta solicitud asume el carácter absoluto y dogmático, entonces representa un síntoma de querer permanecer anclados en la adolescencia.

El problema central del adolescente, como ya se ha dicho, es encontrar una colocación individual y propia dentro de la realidad social de su cultura y del tiempo en el que crece. ¿Cómo es esta realidad social? ¿Cómo nace? La respuesta solamente puede ser una: cualquier realidad social es obra del hombre.

La enseñanza de Schiller de los tres principios que actúan en el tejido social puede representar nuestro hilo conductor para responder a esta pregunta. En la “forma” el hombre no es libre, está ligado a las leyes del espíritu y de la lógica, a la retórica, a la convención y a la cotidianidad. En dicha circunstancia el hombre está sometido a las leyes de la naturaleza y a las leyes de la existencia física. Por lo tanto, tampoco en este caso, es libre. Sólo en las relaciones con los demás individuos puede el hombre crearse una existencia libre de las leyes de la naturaleza y del espíritu.

Esta libertad en las relaciones con los demás es sin embargo continuamente amenazada por la ética tradicional, según la cual “tu deberías, no deberías” y de los dogmas de un mundo basado en la ciencia. Por otra parte, la libertad está limitada por la dura realidad de la existencia física, según la cual hace falta ganar para poder vivir sin tener que depender de nadie. Entre Forma y Materia se puede desarrollar sin embargo lo que Schiller llama “instinto para el juego” que considera como la más elevada capacidad creativa del hombre. En la actividad con el espíritu y la materia el adolescente encuentra el espacio de libertad dentro del cual puede sobrevivir. Para él se trata, a pesar de las limitaciones dictadas por la condición física a pesar de los tabúes espirituales y culturales y a pesar de la “incontestabilidad” de la situación social concreta, de crearse algo único y personal. Así la libertad de la relación con el hombre, la naturaleza y la cultura casi parece ser más grande. Cada uno es libre, con o sin dinero, de ver la naturaleza o de caminar por encima, de encontrar a personas y de hablar con ellas.

Esta libertad debe ser descubierta y ejercitada en las situaciones individuales. A menudo un desarrollo inusual nos ayuda a salirnos fuera de una gris monotonía. Un individuo que comienza a dibujar, aunque crea que no es capaz, ve enseguida el mundo bajo una luz nueva nunca imaginada. Cualquiera que aprenda en un grupo la danza mímica y el movimiento, verá enseguida como él mismo y los otros no son libres en sus propios movimientos y por lo tanto se atreve a dar el salto de las convenciones. Muchas formas de terapia de grupo basadas en actividades artísticas se fundamentan en el hecho de que el hombre tiene que tener la oportunidad de desarrollar “el propio instinto para el juego” para producir un equilibrio interior.

En lo que se refiere al puesto que el adolescente quiere tener dentro de la sociedad es particularmente importante el hecho de que él se haya ejercitado en el ámbito creativo-social, para que este nuevo arte le pueda ayudar a tener una visión individual para poder afrontar la difícil situación en la cual es llevado por el estado existencial.

Cada cultura transmite a las generaciones siguientes las propias experiencias positivas y negativas. En las culturas mayormente orientadas al espíritu como las hindúes, todas las energías y todas las preguntas eran dirigidas hacia problemas espirituales; quién servía al espíritu era recompensado con abundantes frutos. A quién sin embargo con diligencia o perseverancia servía a la materia, como lo hace nuestra cultura occidental, correspondían bienes materiales en exceso, pero un exceso tal que llevaba al hombre a la quiebra. Estamos ya en el bueno camino para llegar a este punto. El adolescente, que puede ver este loco recorrido con ojos nuevos e imparciales, busca en el polo opuesto una fuerza que pueda retenerlo.

En esta situación es difícil actualmente para el adolescente encontrar una colocación creativa para las cosas. Las estructuras sociales comunes han crecido en la no claridad. El agrandamiento de las dimensiones porta en el campo social al aislamiento psíquico y al alejamiento. Este problema ya ha sido descrito de modo excelente por Blauner, el cual considera que alejamiento, aislamiento, insensatez e impotencia son los síntomas de este proceso y afirma que son relativamente raros en las relaciones de trabajo que conciernen a empresas artesanales o semejantes (esto es posible naturalmente también en la oficina) y que se verifican principalmente en el desarrollo de un trabajo mecánico sometido al deseo de muchas personas y que se reducen de nuevo en los casos en los que pequeños grupos asumen sus propias responsabilidades y tienen dentro del grupo un espacio concreto de maniobra.

Estos resultados se aplican fácilmente a la situación universitaria. El estudiante que primero podía trabajar como “alumno” en claros seminarios realizados por el profesor tiene que luchar ahora con una marea de personas para lograr seguir una clase. Y siente que en alguna parte, muy lejana, un desconocido imparte clase. Aunque los seminarios guiados durante los primeros seis meses pueden ser importantes y heroicos, a causa del elevado número de participantes no podrán ejercer ningún contrapeso efectivo respecto a la masificación general. Solamente es posible realizar seminarios cuando la mitad de las matrículas “se evaporan”, como lo explicó irónicamente un rector universitario.

Esta “evaporación” de muchos miles de jóvenes hombres va casualmente al mismo paso que la desesperación y el sentido de inferioridad y puede dejar huellas en la vida futura. Como psiquiatra he experimentado el “proceso de evaporación” de la “otra parte.” Sería importante que los adolescentes fueran preparados mejor para esta situación frustrante antes de comenzar los estudios universitarios.

Exactamente lo contrario de la situación estudiantil es la situación de los jóvenes obreros (instruidos y no). Muchos jóvenes son introducidos en el mundo del trabajo en medio de la pubertad. Se encuentran así en la sociedad adulta, con horarios de trabajo de adultos y con un entorno relacional adulto. Se les roba la adolescencia, el descubrimiento de sí mismos sucede con un choque y en un momento en el que el Yo no está aún preparado para elaborar este proceso. Si bien se realiza antes la independencia económica y se obtiene, obligados por la necesidad, una posición importante y sobrestimada, la falta de libertad espiritual durante la construcción de la concepción del mundo y el juicio de situaciones sociales y culturales son demasiado laboriosos.

El trabajo de formación en relación a una formación profesional es ya un paso en la dirección justa, pero es aún un trabajo incompleto. Repito: *cada hombre tiene el derecho a la educación y a la formación hasta los 18 años de edad*. Está claro que esta educación no puede ser igual para todos los jóvenes y no puede ser única para todos los jóvenes dentro de una rama determinada, pero debería ser abierta y no dogmática, para poder ser aplicada según las posibilidades y exigencias concretas de los grupos.

No quiero cerrar este capítulo sin algunas palabras sobre la “revuelta estudiantil” de los Años ‘60. Para aclarar querría hacer la siguiente observación: la lucha por la democracia a menudo ha sido dirigida por hombres que ya habían dejado a sus espaldas la propia adolescencia, pero que mostraban las características de personas cuya adolescencia no se hubiera cumplido o hubiera sido incompleta. De ese modo hubo determinadas situaciones de desarrollo y por lo tanto modos de comportamiento, que debían haber sido superados: idealismo fanático, que no tiene en consideración a los demás, y con esto la tendencia a simplificar preguntas complejas y a adoptar la “psicología del chivo expiatorio.” La solución efectiva de los problemas sociales no se consigue dominando al pueblo, sino cuando el individuo aprende a ser creativo en las situaciones humanas concretas. Sólo quien ha aprendido a modelar las propias relaciones sociales de modo adulto puede hacer frente a los problemas de nuestra sociedad con posibilidades de éxito.

Los capítulos siguientes demostrarán que ésta es una vía pesada, en la que siempre se encuentran nuevos y sobrecogedores giros. Hay muchas formas de la edad adulta en la biografía de un hombre. Una sociedad justa debe ofrecer a las diferentes formas de ser adultos las mismas posibilidades de existencia.

Resumiendo se puede establecer que el problema central de la adolescencia es: ¿Quién soy yo? ¿Qué quiero? ¿Qué puedo? Quien no se ha hecho estas preguntas en

esta fase de la vida—incluso habiendo sufrido por no haberlas sabido responder - no ha creado las bases para el despertar del lado psíquico de su personalidad y corre el peligro de no llegar a liberar vitalidad e impulsos en la fase intermedia de la propia vida y corre el riesgo de permanecer en los comportamientos típicos de la pubertad. El individuo percibirá por lo tanto el propio valor sobre la base de la opinión externa o bien combatirá constantemente contra el mundo a causa de la propia inseguridad.

Esta descripción de la adolescencia es la denominada presentación ideal. Quizás hay lectores que piensen que esta presentación está pasada de moda. Así eran los adolescentes de hace 50 años, dirán, pero hoy todo es diferente. En el ínterin se han dado pasos adelante, se han liberado de muchos tabúes. La sexualidad es un terreno conocido de los adolescentes, el llamado eros, como aquí se ha descrito, es el producto de una moral burguesa desde hace tiempo superada. El joven adulto y el adolescente que tiene más años hacia los 20 años viven conscientemente; la idea de que alguien a los 20 años esté casado con niños que van a gatas cerca de sus propios pies deriva, como se explicará en el capítulo siguiente, de los tiempos de las generaciones anteriores. Hoy los jóvenes conviven sin casarse y los niños no presentan problemas al criarlos.

Se piensa que eso es nuevo. Quien sin embargo pueda ver esta problemática dentro de un marco histórico más amplio apreciará que hace más de cien años la sexualidad era algo de lo que se podía hablar abiertamente, como también sucede actualmente y que la relación sexual en los años de adolescencia estaba oficialmente prohibida, pero era practicada secretamente según reglas bien precisas, sobre todo en la población rural.

En realidad hubo un siglo de moral burguesa en el que dominaba la hipocresía y la doble moral, donde todo estaba permitido, si se hacía a hurtadillas. Pero también la doble moral (el hombre puede hacer de todo, la mujer miente) tenía sus propios códigos caballerescos. Era obvio que una relación se emprendía en serio y era mucho más que la satisfacción de un impulso entre las parejas. La hipocresía burguesa ha rebrotado en la actualidad. Los jóvenes pueden vivir juntos sin problemas, si todo se hace de modo serio y sabio del uno hacia el otro. Pero esto significa que más allá de la sexualidad también el eros tiene su propia importancia. Pero esto vale sólo para una pequeña parte de la población europea, precisamente para la burguesía. Para la población rural y los jóvenes trabajadores no ha cambiado nada. Siempre ha reinado la libertad, con la única regla de que el joven no podía permitirse depender de una chica embarazada. Esto es

completamente comprensible para un tiempo en el que los métodos anticonceptivos no eran suficientes.

Alrededor del año 1925 vivía de estudiante con mi primo que era médico local de Drente. Un domingo por la tarde el médico fue llamado a la puerta. Entró dentro riendo y dijo: «Ven fuera conmigo que hay que divertirse». Delante de la puerta había una delegación de jóvenes que anunciaban al país la boda de una compañera. «pero no deben casarse!;» decían a todos cuando se había prometido que sería una boda distinguida y extraordinaria!

He experimentado el mismo modo de relacionarse con la sexualidad mediante mis contactos frecuentes con jóvenes trabajadores en un período en el que la juventud burguesa (y académica) vivía aún en la hosquedad del cambio de siglo. Se tiene una relación completamente libre, después se establece una relación sólida y se casa joven. Pero la tendencia y la aversión alternada son aquí tan actuales como en una relación romántica. Basta con escuchar los discursos de las empleadas de empaquetamiento de la cadena de montaje. Mientras las manillas continúan automáticamente su propio ciclo, se pinchan amistosamente: «¿viste ayer cómo Gerhard te puso los ojos lánguidos? Cuidado, querida!». Las leyes del desarrollo humano son más profundas que las manifestaciones de moda y algunas conquistas modernas no son más que manifestaciones de lo archisabido. Lo archisabido es un desarrollo que comprende los tres aspectos del hombre - cuerpo, psique y espíritu - aunque hoy sólo esté de moda el desarrollo físico.

3. La primera fase de la edad adulta - Los veinte años

A los 21 años el hombre es adulto y es responsable de sus propias acciones. En esta concepción tradicional, sobre el momento, se refleja un juicio de auto-responsabilidad que se basa en el saber pre-científico. Aunque el punto no sea naturalmente un momento individual, sino un proceso de paso que aún puede ser influenciado por circunstancias individuales y políticas, se convierte en un determinado punto fijo, tanto en lo que concierne al aspecto biológico, como al aspecto psíquico. Si subdividimos las fases del año solar, nos encontramos siempre con la misma dificultad: no somos capaces de indicar el momento exacto del paso. Ya he hecho la comparación del día y de la noche. La adolescencia y la primera edad adulta se entrelazan hasta el momento en el que prevalecen las características propias de la edad adulta.

El inicio de la edad adulta se siente interiormente como una sensación positiva y la precariedad de la adolescencia se desvanece: se comienza a tomar en la mano el futuro. En todos los campos entra en juego un impulso fuerte y vital hacia la expansión. La tarea más importante para el hombre es entonces la de fundar una vida en común y empezar una carrera profesional. Para la mujer asume un significado central la responsabilidad por la formación del propio mundo. En el caso en que este momento sea retardado por circunstancias externas, entonces sentimos una carencia que tratamos de expulsar lo más posible. En todos los casos, el hombre tiene que desarrollar en esta fase una porción consistente de creatividad.

Encontrar a una pareja, una casa, tomar el control de la primera fase profesional, todo esto constituye una situación psíquica interior proyectada hacia el exterior.

Dos personas deben crearse juntas un estilo propio de vida. ¿«Cómo nos relacionamos el uno con el otro, cómo comemos, cómo organizamos nuestras noches? ¿Sacamos algo del tiempo que pasamos juntos, del desayuno que hacemos juntos, del hecho de volver a casa? ¿Hablamos realmente el uno con el otro, nos adentramos realmente en el otro o intercambiamos tan sólo opiniones, sin interesarnos efectivamente de lo que sucede al otro? ¿Cómo gestionamos la casa? ¿Qué impresión da la casa? ¿Parece un escaparate de una tienda de muebles o una mezcla de todo lo que está al alcance?». Tanto las parejas casadas como los jóvenes que quieren vivir junto deben hacerse estas preguntas. Quien se ha ocupado de selección de personal sabe que con una visita a la casa del interesado se descubre a menudo mucho más sobre el pasado de dicha persona de lo que se logra al hablar tras un escritorio. Encontrar un nuevo estilo de vida significa crear un trozo de cultura y ambiente y esto es muy importante ya que éste será el mundo a crear para la nueva generación. Lo mismo vale también para el modo en que se relaciona con los otros. El niño pequeño que gira entre los muebles sobre el suelo no entiende aún de qué están hablando papá y mamá, pero percibe muy bien el tono de un discurso, escucha que el padre dice algo y que la madre responde: «Tú lo ves así, yo soy de otra opinión». Él siente que uno de los dos no comprende lo que quiere decir el otro y lo juzga moralmente, siente que los padres se respetan recíprocamente y que los dos reivindican su propia libertad. Todas estas cosas plasman la vida de un niño, mucho antes de que sea capaz de entender algo concretamente.

También un lenguaje diferente (que no se usa en casa por comodidad) influencia al niño. La formación del ambiente físico y psíquico requiere mucha energía y empeño, pero da también mucha satisfacción. El primero empleo y el primer acceso al mundo

profesional en el ámbito social, son experiencias igualmente grandes y creativas. Cualquiera que sea el grado de partida, siempre se debe esforzar en tener en consideración a superiores y amigos. Sin ellos no podríamos existir espiritualmente.

El primer empleo es sencillamente el estribo que nos hace brincar en la montura, pudiendo demostrar así nuestras capacidades. A los 20 años las sensaciones son aún fuertes y lábiles. A la edad de 27 años Goethe describió retrospectivamente la propia fase de vida que había dejado a sus espaldas con las palabras inmortales: «Exultante en las estrellas - afligido en la muerte». En esta fase la conciencia del propio valor todavía depende mucho de la reacción del entorno a los comportamientos (expansivos) y actividades. Hemos recibido un encomio del jefe, entonces estamos en el séptimo cielo y en casa tenemos que celebrarlo; después de un sermón o un trabajo no logrado el mundo nos parece triste y oscuro.

El joven adulto debería vivir situaciones de todo tipo, para poder aprender a conocerse sí mismo y a saber de sus capacidades. Cuando aún existían las asociaciones de artesanos, en el período de aprendizaje, se iba de maestro en maestro y cada vez se aprendía algo nuevo en condiciones de vida diferentes. La vida profesional moderna no brinda muchas ocasiones en este sentido, a menos que el individuo mismo, contrariamente a la tendencia general, tome la iniciativa.

Lo peor que le puede ocurrir a una persona en esta fase de la vida es desarrollar durante diez años el mismo trabajo sin poder aprender nada nuevo. Los más fuertes se sustraen a esta monotonía, mientras se construyen una carrera y sobre todo permanecen en aquel sitio hasta que hayan aprendido la profesión. La mayoría en cambio, después de algunas protestas, se adapta y ya no tomará ninguna iniciativa en el resto de la vida. El hecho de que se apoye cada vez más en las garantías externas y en una red de seguridades sociales, es una reacción totalmente natural.

A los 20 años, y sobre todo en la segunda mitad de este decenio, la vida interior espiritual asume por primera vez una forma personal. Se trata de la forma que Steiner define como “alma de la emotividad” y Martha Moers “aspiraciones vital-espirituales”; ella las describe como fuerzas en las cuales la propia psique es experimentada como unidad cerrada: «Las aspiraciones vital-espirituales no son el simple aumento o la sublimación de los impulsos biológicos, sino que encarnan algo nuevo, un salto en el desarrollo psíquico, que conduce fuera del sentido biológico y por lo tanto de la esfera de los impulsos y los instintos...».

«Inicialmente estas fuerzas están muy centradas en sí mismas y son advertidas sobre todo como sensación, pero llevan ya a la necesidad de ocuparse de problemas espirituales y de verse a sí mismo en un desarrollo que abraza todo el arco de la vida».

Yo mismo me expresaría así: en este período nace un mundo interior propio dentro del cual los impulsos que derivan del cuerpo son sólo un hecho entre tantos. El mismo valor tiene la conciencia de la propia vida como tarea y unidad y no sólo como saber, sino experiencia concreta del inicio y el fin de la vida, de la sensatez y de la necesidad y de la responsabilidad elegida voluntariamente respecto a los hombres y las instituciones sociales. Toda la fase intermedia de la vida, desde la primera edad adulta hasta los inicios del cuadragésimo año, es el período en el que se desarrolla una vida interior rica en su multiplicidad y se manifiestan los objetivos hacia el exterior.

La primera fase “del alma de sentimiento” o “de las aspiraciones vital-espirituales” es el momento en el que estas aspiraciones se desarrollan con toda su fuerza en sensaciones y dan a la persona una primera forma precaria. Es obvio que la sensación de ser una persona en fase de formación sea al comienzo todavía lábil; eso se nota por las oscilaciones de los sentimientos y también por el hecho de que algunas capacidades aún deben ser probadas en relación a los otros y al ámbito profesional.

Martha Moers cree que el desarrollo de la mujer en estos años tiene un curso diferente, sobre todo porque la “post-maduración” (la fase de paso de la adolescencia a la mayor edad) en la mujer concluye ya a los 21 años, mientras que el hombre puede llegar hasta 24 años. «La mujer, en lo que concierne a la maduración de la personalidad, es superior al hombre». «Por su naturaleza, la mujer tiene impulsos aún más fuertes según el amor espiritual... En la mujer el impulso materno y la maternidad espiritualizada están implicados también en la experiencia sexual (a menudo mediante caracteres simples y primitivos)».

Por lo tanto, al comienzo de la edad adulta, la mujer se encuentra frente a una doble tarea que a menudo le lleva a un conflicto interior. Tiene que dedicar todas sus fuerzas al mantenimiento del estilo masculino, del que debe soportar toda la carga. Por otro lado, actualmente, la vida requiere una participación intensa en la actividad profesional del hombre y en la vida social. Ya en la adolescencia la mujer está expuesta a este conflicto que a continuación se vuelve cada vez más fuerte. Si la chica se casa, puede dedicarse a la profesión específicamente femenina. La percepción de dichas tareas es para la mujer importante, ya que así puede reforzar el desarrollo de las “aspiraciones vital-espirituales.”

La primera edad adulta es la fase en la que para la vida futura la sexualidad, yendo más allá del eros, se convierte en amor. El niño se convierte en hombre gracias al amor de los padres, experimenta bajo forma de juego el despertar del eros y descubre en el tiempo la madurez biológica, por lo tanto con la pubertad, la sexualidad⁴.

El primer encuentro con la sexualidad puede ser un choque, una experiencia sobrecogedora o una cosa secundaria, según las condiciones individuales y culturales en las que ocurra. En la adolescencia el hombre puede vivir el eros solo en relación a otro sexo.

El eros es la rama espiritual en la cual oscilan cariño y antipatía, esperanza y desilusión, preguntas y respuestas. Puede desarrollarse en amistad y adoración independientemente de la sexualidad biológica. El eros es el mayor estimulador del arte, sobre todo de la poesía y de la música.

Del eros nace el amor cuando el alma se abre a la otra persona, cuando ésta se ensimisma hasta el punto de tener la certeza de ser reconocida por el amante. Toda la problemática es para los veinteañeros un factor crucial.

La elección de pareja puede estar determinada por factores puramente biológico-sexuales pero en este caso la relación no durará mucho. La relación puede nacer en primer lugar como relación sexual para luego transformarse en un juego íntimo hecho de pequeñas sorpresas e iniciativas que son más significativas para el alma que para el cuerpo. Finalmente el amor puede madurar hasta la formación espiritual de la pareja, que se siente completamente reconocida y se siente tocada de cerca y animada.

Ya en la fase del matrimonio están encerradas en un botón todas las posibilidades de un ulterior desarrollo de la relación. También en este caso se pretende un comportamiento muy expansivo, pero que sea dirigido hacia el desarrollo. En el caso en que dicho desarrollo interior no se de, emergerán —como veremos— hacia los 30 años dificultades casi insuperables y en la crisis de los cuarenta años el hombre se encontrará con las manos vacías. Hacia los 28 años (este punto de la edad evolutiva existe para casi todos los científicos) cesan gradualmente las oleadas de sentimiento, se toma más distancia de los acontecimientos. A continuación tiene lugar la primera retrospectiva; aflora evidente la sensación de estar separados de la propia juventud. Se prevé y se siente que se entra en una fase en la que las tareas serán diferentes y la espontaneidad

⁴ A este propósito, he desarrollado una opinión diferente respecto a la de la escuela psicoanalítica que afirma que la vida impulsiva de los niños podría ya ser llamada sexualidad. Según mi opinión esto comportaría una utilización impropia del término que desplaza la atención del desarrollo gradual de la sexualidad a través del amor.

del desarrollo emotivo se colocará en segundo plano. En muchas biografías y en muchos discursos este sentimiento se resume así: «La juventud ha terminado, empieza ahora la parte seria de la vida».

4. La fase organizativa

Hacia el vigésimo octavo año de edad, el hombre descubre que la forma del eros de la juventud ha desaparecido (Kündel, *Die Lebensalter*).

La fase siguiente, que comienza hacia el final del vigésimo año y se extiende hasta la mitad del tercer decenio, presenta un carácter totalmente diferente al anterior. La juventud ha terminado, la parte seria de la vida ha comenzado de veras.

Esto se refleja en muchos campos. Ya no se cambia el trabajo. Ahora se trata de llegar a un empeño definido que pueda asegurar el desarrollo o al menos el cumplimiento de una tarea. Todo el modo de vivir es definido por el intelecto, la extroversión está aún presente y todavía hay mucha vitalidad, pero es la razón la que toma el mando. Hacia los treinta años se ha hecho el primer balance, se sabe qué se puede, qué resulta difícil y qué es lo que no se puede hacer. A los veinte años se podían probar experiencia y deseos, ahora se debe planear el ulterior curso de la empresa.

Rudolf Steiner llama a esta fase el desarrollo “del alma intelectual”, Martha Moers la define en cambio como el desarrollo de las “aspiraciones objetivas”—también aquí dos conceptos para expresar la misma cosa. Por cuanto concierne a la vida laboral, esta fase puede ser definida como la fase organizativa, ya que el hombre en este período tiende a resolver todos los problemas de modo organizativo. Se debe poder tener una visión de conjunto, se debe poder analizar los factores y tomar decisiones lógicas que se basan en una determinación objetiva y en un pronóstico. Esta actitud pasa ahora a primer plano.

Además se manifiesta, sobre todo en el caso del hombre, una necesidad creciente de demostrar las propias capacidades organizativas en una posición de poder. Kündel ya lo dijo en 1920: «La expresión de los primeros signos de virilidad es impartir órdenes. Breve, conciso, preciso, todo tiene que ser duro. Entre orden y obediencia, al desarrollar un trabajo organizativo, entre los 30 y los 40 años el hombre encuentra la propia realización». Esto suena a muy alemán, pero quién mira a su alrededor y presta atención sobre todo a la mentalidad directiva que hemos importado de América puede encontrar la validez general de esta afirmación, sobre todo en el campo laboral. Finalmente es

necesario hacer carrera antes de cumplir el cuadragésimo cumpleaños; quién no lo ha logrado aún, para la opinión dominante, pasará con las promociones siguientes.

A los 35 años el hombre, desde un punto de vista cuantitativo, es el ápice de la propia fuerza laboral. Entre las posibilidades de la propia estructura caracterial se ha construido una seguridad, tiene la vida en sus propias manos. Sabe lo que puede conseguir y en lo que puede convertirse, y trabaja con empeño hasta lograr el objetivo que se ha prefijado. Cree poder solucionar todas las dificultades, también las de naturaleza personal, a nivel lógico y organizativo. Esta es la fase de la vida en la que el hombre, aunque dependiente de la personalidad individual, muestra principalmente su propio lado materialista.

¿Y qué es de las mujeres? También la mujer atraviesa naturalmente una fase orientada hacia el intelecto. Para ella los veintiocho y los veintinueve años de la vida habrán supuesto probablemente una separación de la juventud más fuerte con respecto a la del hombre. También son pretendidas por ella grandes prestaciones organizativas a los 30 años. Los niños ya son grandes, van a escuelas diferentes con diferentes horarios. Cada niño tiene que ser puntual en todo, debe recibir el sustento físico y mental, hace falta mandarlo a la escuela y luego poner en orden la casa antes de que vuelva de la escuela el primer niño, para después poderse dedicar al otro, y por la noche hace falta ser aún atractivas y excitantes. Esto requiere tanto talento organizativo como lo que exige una posición directiva para el hombre.

El inicio de los treinta años, cuando se hace el primer balance de la propia vida, es vivido por muchas personas con las que he hablado, pacientes así como incluso individuos sanos, personas todavía activas desde el punto de vista profesional, como la fase relativamente más tranquila de la propia vida. Con esto se entiende que externamente puede suceder cualquier cosa, pero el equilibrio interior y la seguridad son grandes.

En el matrimonio la fase del estar enamorados ha terminado; como ya se ha dicho, si el matrimonio se transforma en una simple relación objetiva dentro de la cual cada uno desarrolla su propia tarea y la vida sexual se convierte en una rutina sin excitación y sorpresa, hace falta investigar otras fuentes. Sólo un vínculo común y espiritual puede introducir al matrimonio en una nueva fase futura.

Los 35 años de vida —¡el ápice de la vida! A los 35 años Fausto lleva a cabo el pacto con Mefistófeles, porque sentía que ya no progresaría. Dante comienza su largo camino, porque cree interiormente que se ha perdido en una selva oscura. En realidad estas

sensaciones, que pertenecen a la fase siguiente, son el presagio de que la vida puede tener otro contenido respecto a la simple objetividad. Según mi experiencia, tales situaciones se manifiestan al final de los treinta, inicio de los cuarenta años. El mundo está aún ahí para ser tomado y cambiado. Se ha tomado una elección y se está preparado para aceptar sus consecuencias.

La imagen de la persona psíquica se hace evidente y asume contornos más claros. La persona toma conciencia de sí y piensa que la vida continúa. El peligro de volverse duros y egoístas sin embargo es grande. Se encierra en el propio trabajo y se construyen las bases para el aislamiento social. Ya no se encuentran nuevos “amigos, se tienen “conocidos”, con los que se entretiene socialmente, para la mayor parte conocidos útiles. Se interesa por la política, se vuelve políticamente activo o se sostiene un buen programa lógico. (El hecho de que se elija también al adversario muestra solamente que la lógica no tiene que ser necesariamente idéntica al contenido de los juicios lógicos).

Las personas más dotadas ya pueden realizar grandes cosas con 20 años, sin grandes esfuerzos. Pero a mediados de los 30 años, las mismas grandes prestaciones presuponen perseverancia y capacidad de realización. Como todos saben, Richard Wagner, como él mismo afirma, tuvo la inspiración musical antes del veintiocho años de edad, pero necesitó aún muchos años de duro trabajo para poder elaborar todos los temas en composición. En la ciencia las cosas no son diferentes y también en la economía encontramos una capacidad laboral increíble de los jóvenes jefes, que se preocupan de que todo vaya en el sentido justo. Las prestaciones de todas estas personas han sido estudiadas estadísticamente y el resultado muestra el ápice de la prestación entre los 30 y los 40 años, con una punta hacia la mitad de los 30 años⁵.

A los treinta años el hombre tiene la tendencia (relativa!) de considerarse único. Aquí estoy yo — allá el mundo, que debe ser conquistado, alimentado, cambiado, combatido o temido. Toda aspiración al poder vive de la idea de la propia unicidad. Aquí nace también el peligro de la psicología del chivo expiatorio: la culpa siempre es de los otros; cuando estos son arrinconados o eliminados, el problema se soluciona. El reconocimiento de tener razón, en esta fase de la vida, es mucho más importante que tener efectivamente razón.

⁵ Véase al respecto de Martha Mores: Las fases de desarrollo de la vida humana, Ratingen 1953.

5. La segunda mitad de los treinta años

En el período que lleva a los inicios del cuadragésimo año, para la mayor parte de las personas sólo existe posición social y seguridad de sí conquistadas en la primera mitad de los treinta años y mantenidas inalteradas. Con ocasión de muchos coloquios individuales y de grupo se escucha decir cada vez más: «Sé lo que me espera, el romanticismo de los veinte años ya lo he dejado a mis espaldas, me he convertido en realidad, en este mundo sólo cuenta lo que un puede hacer y hay que subir bastante para arriba para poder poner realmente en práctica lo que somos capaces de hacer y lo que conocemos». «He planificado mi futuro, todavía tres años en esta posición, después yo me voy, después me busco una posición más alta en una empresa más pequeña», o bien: «Conozco mis límites, me guardaré bien de superarlos, para mí no vale el “Principio de Peter”, a mí me va bien así, si el estándar de vida sube para todos, yo recibiré mi parte». Y luego sucede lo impensable: “como un ladrón en la noche” la duda se introduce en este mundo seguro y planificado. Sí, de noche: si se despierta y ya no se logra dormir, los acontecimientos del día anterior dan vueltas por la cabeza. Pequeños contrastes y extravíos nos irritan; nos proponemos decir de una vez lo que pensamos a este o a aquel otro, después llega el duermevela y de improviso una idea de pesadilla: «Ahora tengo casi cuarenta años, me quedan aún 25 años para la jubilación. ¡Santo cielo, todavía veinticinco años todos iguales! Se que no puedo esperar nada nuevo, pero al menos tener los mismos problemas con otro escenario.

¡Los veinticinco años!

¿De dónde puedo conseguir algo realmente nuevo? ¿Del matrimonio? Se conoce, no va peor que lo demás, ¿pero qué puede haber de nuevo en *este* matrimonio? ¿De mi trabajo? ¡Ya sé lo que puedo esperar al respeto, nada nuevo! ¿Qué debo hacer entonces? ¿Encontrarme un nuevo pasatiempo? ¿O comprarme el velero?».

El día siguiente todo sigue igual y la vida retoma su curso normal. ¡Pero estos pensamientos vuelven, ahora también durante el día, incluso en medio de una conferencia! De improviso no se logra concentrar.

Si el hombre insinúa algo de lo que le está sucediéndole en casa, la mujer le responde que debería ir al médico, naturalmente habrá trabajado demasiado. ¡No hay que sorprenderse por semejante estilo de vida! El doctor no encuentra nada de particular,

habla sabiamente acerca del estrés y del peligro de infarto, etc., etc. «Él habla bien. Pero no debe preocuparse del hecho de que después de la última “fusión”, cada uno deba temer por el propio puesto! Lo jóvenes ya están listos para tomar nuestro sitio».

También puede haber otra posibilidad: se está contento del propio trabajo, que ofrece muchas posibilidades positivas sociales y culturales, es afortunado con la familia. Se entiende bien con los niños y con sus amigos, personas jóvenes van y vienen — ¡con ellos se puede incluso volverse joven! Pero de imprevisto le invade una idea absurda: ¡si sólo supiera, qué debo ser *realmente* en esta vida! Entonces la mujer lo alienta: todavía tienes muchos días de vacaciones, vamos fuera y después, todo te parecerá diferente. ¿Te gusta aún tu trabajo, no lo cambiarías por alguna otra cosa? Después de las vacaciones irá mejor, pero... el gusano roe y roe y si hay silencio, se vuelve cada vez más perceptible...

Éstas son algunas variantes de un tema que tratamos de definir con el concepto de *crisis de valores* o paso a nuevos valores. A los 30 años aprendimos a movernos dentro de un sistema de valores determinado. Todo iba bien o al menos en principio todo se podía resolver, mientras este sistema era válido. Y parecía ser el único sistema válido.

Si ahora todo el sistema empieza a vacilar, si de repente el objetivo establecido, que parecía tan deseable, se ha convertido en insignificante y vacío, si la realización no puede dar ya nada que lo que había prometido, ¡entonces el suelo se disuelve bajo los pies! El miedo frente a este precipicio puede ser como una presión en el inconsciente, como un espectro amenazador y puede permanecer en el inconsciente durante algunos años. Todo esto se puede superar fácilmente aceptando cada vez más trabajo, bebiendo un aguardiente fuerte, buscando aventuras eróticas o dejándose inundar por la televisión durante el duermevela... Pero el miedo, en el inconsciente, permanece activo.

Hablando con un director de empresa de 42 años, que había empezado de la nada, dijo: «Sabéis, he construido mi empresa con el dinero que puse de mi parte. Trabajé duramente 12 años para amortizar la deuda. Durante todo este tiempo pensaba que cuando lo hubiera logrado empezaría la verdadera vida, me convertiría en un hombre autónomo y daría una gran fiesta. Y la pasada semana era justo así. Pero no me apetece celebrar. Estoy muy deprimido. Debo permanecer sentado tras el mismo escritorio durante otros treinta años, ocuparme de los mismos problemas y además siento aún el estímulo de la autonomía ...

¿Qué piensa usted: debería vender la empresa y recomenzar otra vez en alguna otra parte? ¡Al menos tendré algo por lo que vivir!».

Pero no basta con escapar: *nos llevamos nuestro Yo a dondequiera que vayamos*. No se puede tener de nuevo 19 años, no se puede escapar de la crisis de valores, aunque se logra mantenerlo en el inconsciente durante mucho tiempo. No hay nada que objetar si alguien quiere hacer cualquier otra cosa, sólo debería hacer las cosas habituales de modo diferente, y por lo tanto ya no será necesario cambiar de profesión o posición. “Hacer las cosas habituales de modo diferente” significa encontrar nuevos valores por los que todavía se pueda vivir.

Estos derivan del campo de los intereses espirituales. A tal propósito Martha Moers define la problemática de estos años con el concepto de las “aspiraciones espirituales.” Rudolf Steiner llama a este desarrollo del alma consciente como la toma de conciencia de la personalidad espiritual en el Pensar, Sentir, Querer. Aquí se trata de un problema dirigido, más que nada, al querer.

El pensar se basa en un sistema de valores gracias al cual se ordenan los fenómenos. El cirujano Sauerbruch una vez lo expresó con estas palabras: «El pensamiento es una prostituta con la que cualquiera puede mostrar su propio lado espiritual». El sistema de valores establece en cada caso la voluntad que elige y toma decisiones.

Ya he dicho que el desarrollo espiritual del hombre, al principio del cuadragésimo año, se encuentra frente a una encrucijada. Disminuye con las funciones biológicas o aumenta hasta nuevos ámbitos en los que pueden despertarse nuevas fuerzas creativas que permiten el segundo ápice de la fuerza creativa del hombre. Este aumento se manifiesta a mediados de los 50 años y dura en algunos casos hasta los 60 años, aunque normalmente después de los 65 años tiene lugar una evidente disminución. Pero, nos debemos preguntar si este retroceso no está ligado en muchos casos a factores culturales, especialmente por el papel que le es conferido a los jubilados de nuestra sociedad. Miremos una vez más la fase media de la vida en su conjunto, desde los 21 a los 42 años, y después de probemos a subdividirla en tres períodos con un propio valor dominante:

- (1) El desarrollo del alma sensible con los impulsos de las aspiraciones vital-espirituales. Éste es el período «exultante en las estrellas—afligido en la muerte»; es el período de la extroversión y la búsqueda de sí; es el período en el que se forma la familia y cambian las relaciones laborales.
- (2) El desarrollo del alma racional y afectiva. Éste es el período en el que dominan las aspiraciones materiales; es el período de gran actividad y prestaciones excelentes basadas en un sistema de valores fundado en la objetividad.

(3) El desarrollo del alma consciente. Éste es el período en el que empiezan a irrumpir las aspiraciones espirituales; un período en el que la seguridad adquirida en la fase de la objetividad empieza a vacilar y con ello se hace posible el paso a una nueva fase completamente nueva, *la tercera gran fase, en la que el hombre alcanza su propia madurez.*

Guardini ya aclaró que ninguna de las fases de la vida es más importante o menos importante que otra. En cada fase el hombre puede ser lo que debería ser en aquel momento. Desde la infancia hasta la adolescencia no se es todavía “un hombre adulto”, sino un joven con la propia tarea de desarrollo, que en el plano global de la realización de la vida es tan importante como la fase de los 50 años. El hombre puede omitir o llevar a cabo ambas tareas, la una es tan importante como la otra.

En la edad que va de los 21 a los 42 años el carácter se plasma con la superación de las resistencias de la vida. Sencillez y objetividad son el precio a pagar. Ahora se hace la pregunta decisiva, la de si es aún posible encontrar nuevos valores.

6. La tercera gran fase de la vida - los 40 años

Declive biológico y posibilidad de desarrollo espiritual

«Ahora se hace la pregunta decisiva, si aún es posible encontrar nuevos valores»: así acaba la descripción de los diferentes valores de la fase media. Veremos que encontrar un valor en esta fase, que será tratada a continuación, no es tan fácil.

En la fase media podíamos viajar con el viento a nuestro favor, si así se puede decir. En nuestra cultura occidental nos encontramos inevitablemente delante de valores materiales que son absorbidos casi automáticamente. Toda nuestra cultura está cada vez más acuñada por el pensar del alma; sólo en la ciencia y en la técnica hay signos individuales de un desarrollo basado en la conciencia.

Nuestra cultura se encuentra frente a un nuevo cambio, en el que deben volverse a buscar y experimentar nuevos valores espirituales. Los viejos valores del pasado mágico-mítico están escondidos en el racionalismo; el materialismo los ha eliminado definitivamente. Si se quiere reconducir al auge al credo y la religión —y esto es de vital importancia para las relaciones sociales entre las personas— entonces el viejo y jerárquico orden de los valores espirituales tiene que hacer sitio a una nueva estructura. Ya no son los otros los que deben decidir lo que es justo para nosotros, sino que nosotros mismos debemos investigar una guía real o literaria para poder tomar ejemplo

y aprender hasta el paso siguiente. Así algunos descubrirán que también los viejos contenidos pueden asumir una nueva realidad.

Los valores nuevos que tenemos que investigar son valores existenciales. Esto significa que no los podemos aceptar solo a nivel teórico o seguirlos como discípulos, sino que nosotros mismos somos los valores dentro de los cuales podemos realizar nuestra vida personal. En la búsqueda hacia el Yo superior, el hombre llega a un mundo de realidad espiritual, donde todas las cualidades psíquicas se convierten en fuerzas a través de las cuales se puede conquistar o eliminar la realidad espiritual. Con cada paso espiritual se abre un nuevo paisaje; para decirlo con una expresión fenomenológica, con nuevos encuentros que, especialmente al comienzo de esta fase, no deben ser siempre positivos. La tercera fase de la vida (según el proverbio chino, la fase en la que se vuelve sabio) empieza a los 40 años, para ser precisos a los 42 años. En esta fase se regulariza el desarrollo más veloz o más lento, según el caso.

Al comienzo de esta fase se presentan años turbulentos. En lo que respecta al aspecto biológico ahora comienza el período en el que la fuerza decrece. Para la mujer éste es el período en el que se acaba la denominada fase procreadora. Para el hombre es un período de mayor necesidad sexual que las mujeres, pero la mayor parte, no lo entienden. Desde el punto de vista psíquico esta fase es caracterizada como de la duda, por la pérdida de orientación y por la tendencia a soluciones ilusorias, a través de las cuales se pueden experimentar breves impulsos de felicidad. Desde el punto de vista espiritual estos años representan una lucha contra el vacío: se cree no tener más suelo bajo los pies y que aún no se han encontrado nuevos valores.

La reacción a esta situación puede ser muy diversa. Muchos, que llegan allí desprevenidos se asustan, ven en ella la prueba de la propia debilidad y piensan que deberían esconderla lo más velozmente posible. Por lo tanto trabajan más, prosiguen en su propia carrera de modo cada vez más obstinado y agresivo, o intentan sobrepasar esta debilidad con el empleo del alcohol, con aventuras eróticas o viendo la televisión pasivamente. Algunos intentan hacer de los propios niños, jefes o mujeres, los chivos expiatorios, en cuanto les han amargado la vida. El hombre dice: «María ya no me entiende», en cambio la mujer dice: «Juan ya no se interesa por mí». Estos sentimientos se intensifican hasta tal punto que se ve a sí mismo y a las personas cercanas – sin embargo reales - bajo forma de alter ego (este tema será tratado con mayor profundidad más adelante).

En el propio camino el hombre se encuentra delante de una encrucijada y la elección que tome determinará el corrido del resto de la vida. Ahora se decide si la anhelada realización del leitmotiv es posible o si el leitmotiv se hunde en la profunda oscuridad de la subconsciencia, pero desde donde ejercerá para el resto de la vida una amenaza de la conciencia del propio valor. La duda relativa al valor constante de la “responsabilidad del Yo” en la extroversión se convierte en un problema existencial. Esto ya afloró al final del trigésimo año. Quien hasta este momento no ha perseguido aún valores no materiales, debe sentir esta situación como extremadamente amenazadora. Para la experiencia del Yo y para la conciencia del propio valor, el descubrimiento de que la vitalidad oscila y de que cada vez es más difícil organizarlo todo por uno mismo debe ser un duro golpe. A esto se añade una profunda insatisfacción por la propia situación personal. Es natural que también Martha Moers, (según su propia experiencia) vea la cuarta fase de la vida, de los 42 a los 56 años - por lo tanto la mitad de los 40 años - como una fase predispuesta a la crisis. La compara a la pubertad, que ella también precede como un período de seguridad que es interrumpido de improviso a través del descubrimiento de que el hombre no se conoce a sí mismo y la vida. La gran diferencia consiste en el hecho de que la pubertad tiene un recorrido ascendente, la segunda en cambio tiene una vitalidad decreciente! Aunque en ambos casos la vieja armonía está en peligro, el contenido actual de la crisis es completamente diferente: entonces se trataba de acercarse con todas las fuerzas a la realidad de la “verdadera vida”, hoy con la reducción de la vitalidad crecen las dudas sobre valores incluso de esta “vida verdadera.” La vitalidad reducida se basa en la involución de los tejidos. Cada órgano del cuerpo humano tiene su propia línea vital. En determinados órganos - el ojo, el oído o las glándulas endocrinas -la duración debe ser medida con exactitud; por ello la conocemos con precisión. En cuanto a la duración de los otros órganos, por ejemplo el del metabolismo y el sistema nervioso, hay opiniones diferentes.

El síntoma más conocido de la vejez es el endurecimiento del cristalino del ojo que reduce la acomodación de este último, es decir: ya no se puede leer sin gafas. En el curso de los 40 años quienquiera que desarrolle un trabajo de precisión necesita un par de gafas.

Todos saben, por experiencia, que los tejidos pulmonares se vuelven menos elásticos; esto se vuelve evidente cuando se da un salto para coger el metro o se corre detrás del autobús que está partiendo y se queda sin respiración más tiempo de lo que ocurría precedentemente. La musculatura general pierde su propia tonicidad; esto nos

lleva al hecho de que los ancianos necesitan una aportación de energía mayor para desarrollar las propias prestaciones.

El cambio es gradual. Para la mayor parte de la gente éste se descubre de improviso, al verificarse una determinada situación en la que se vuelve tangible. El cambio más conocido y más importante es el de las glándulas endocrinas. En el hombre y en la mujer las gónadas dejan de funcionar, pero este proceso tiene un curso diferente según el sexo (en relación al sentido de la menopausia femenina y masculina en el matrimonio se hablará en otro capítulo). La ginecóloga americana más conocida, Elisabeth Parker, ha descrito en su libro "The seven ages of woman", la vida de la mujer y sus contrastes con la curva física. También incluye en la descripción el desarrollo psíquico y espiritual. Describe la multiplicidad de la menopausia dividiéndola en tres formas: la premenopausia, la menopausia y la postmenopausia.

En la premenopausia la queja de la mujer suena a menudo así: «no sé qué es lo que no va. No estoy enferma, pero no me siento bien. Estoy nerviosa e irritable y mi familia sufre las consecuencias. La más mínima nimiedad me saca fuera de quicio, siempre lloro. He perdido toda la alegría de vivir, llorando solamente mi situación». Otras mujeres presentan molestias físicas que no les dejan dormir: espalda rígida, dolores punzantes de los brazos y las piernas. Tienen dolor de cabeza - que nunca antes habían tenido - o los miembros hinchados, especialmente los dedos. Algunas mujeres temen también tener algo que implica al corazón porque por la noche de repente tienen fuertes palpitaciones (extrañamente un ataque así de taquicardia puede ser un síntoma de menopausia masculina, sólo que se verifica unos diez años después). Dichos fenómenos son consecuencia del cambio del equilibrio hormonal de las glándulas endocrinas. La función de los ovarios se reduce, las menstruaciones se vuelven irregulares o se vuelven más débiles o hasta más fuertes. La producción de las hormonas femeninas (el estrógeno) estimula la actividad de la hipófisis, cosa que repercute sobre la tiroides y sobre las glándulas suprarrenales - en resumen: todo el viejo equilibrio está en desorden y se necesitarán aún algunos años antes de que se pueda establecer un nuevo equilibrio. Una vez terminado el cambio, todos los dolores de la menopausia desaparecen, la mujer se siente renacida y desarrolla una fuerza nueva e irrefrenable.

La menopausia masculina ha transcurrido totalmente diferente. El aumento de la necesidad sexual del hombre, que se manifiesta normalmente a mediados de los 40 años, puede considerarse un fenómeno de la premenopausia. Además, este cambio hormonal provoca probablemente una inquietud psíquica. Por otra parte, la menopausia

en el hombre tiene un curso lento; se presupone incluso que el verdadero proceso de involución se completa en la segunda mitad de los 50 años. Los fenómenos físicos van al mismo paso que la labilidad mental. De golpe el hombre tiene lágrimas en los ojos o un nudo en la garganta, cuando las cosas lo tocan a nivel mental. Además tiene la tendencia de tener ataques de taquicardia que pueden durar de pocos minutos a un cuarto de hora. Estos ataques puedan infundir grandes sustos a nivel psicológico, porque para la mayor parte de los hombres tienen lugar durante el día, en su lugar de trabajo, y porque dan la impresión de estar en peligro de muerte (no es nuestro caso). Debido a que en la fase entre los 45 y los 60 años el porcentaje de infartos es objetivamente alto, un ataque de taquicardia causa al interesado y al entorno que lo rodea una gran impresión. Resulta bastante lógico, después de un ataque semejante, mirarse el corazón.

La verdadera involución hormonal puede aún durar después de la premenopausia de 10 a 20 años. Una de las consecuencias es la denominada “molestia de los hombres mayores”, la hipertrofia de la próstata, que comienza con una función reducida de los testículos. Otro desagradable fenómeno secundario es que los hombres ancianos, en el curso de la involución hormonal de las gónadas, son afligidos por fantasías sexuales, que se manifiestan sobre todo durante el duermevela y que pueden convertirse en una manía, sobre todo si el interesado trata de reprimirlas sobre la base de motivos morales. Respecto a este problema los hombres se expresan solo durante coloquios confidenciales. Por suerte existen curas veloces.

Extendiéndonos dentro de la temática de la menopausia masculina hemos afrontado el problema de una fase sucesiva. Ya es conocido que a los 40 años solo se puede hablar de una premenopausia masculina y que en el hombre esta problemática se manifiesta principalmente a nivel espiritual más que psíquico. En el ámbito psíquico el hombre se encuentra en una situación conflictiva: por un lado quiere volverse joven, tener todavía 20 años y vivir una vez más la fase expansiva, pero usando las experiencias acumuladas en la primera; por otra parte quiere acercarse al verdadero objetivo de la vida, a la realización del leitmotiv y a la seguridad de la realidad espiritual, en el que se basa el Yo superior. El deseo de ser de nuevos jóvenes (que puede ocultar el deseo de algo nuevo en la vida) puede dirigirse hacia el exterior: muchos hombres se ponen de golpe ropas chic y deportivas, tratan de tener un andar elástico y se esfuerzan en ser graciosos. El machismo que se esconde en el hombre se hace evidente.

También las mujeres de repente van al esteticista y se querrían cambiar por la hermana mayor de sus propias hijas. La ilusión de que se pueda volver a empezar todo desde el principio, de que se pueda tener aún 20 años, obviamente debe ser eludida; pero hay hombres y mujeres que logran mantener esta ilusión durante mucho tiempo.

En este momento la pregunta decisiva es si lograremos liberarnos de la excesiva reclusión del Yo, como la llama Jung. Éste es un proceso de renovación que yo deseo describir con el concepto de “madurez espiritual.” Este proceso va con el mismo paso que la sensación temporal. Hasta el cuadragésimo año de edad el hombre tenía un futuro delante de sí. Ahora aquel futuro tiene un horizonte, un confín. Todavía 25 años para jubilación, ¿y después? El tiempo pasa cada vez más veloz, mientras que el pasado se vuelve cada vez más largo. La voluntad se vuelve cada vez más débil (se tiene necesidad de presiones para lograr hacer las mismas prestaciones que antes), sobre todo en trabajos que cambian. Interesan ahora los trabajos en los que poner a prueba el conocimiento, la experiencia y la capacidad de juicio. En los últimos años de esta fase se busca sobre todo una actividad creativa o grandes prestaciones de naturaleza espiritual compleja. Esto vale naturalmente para todos niveles profesionales y se debería tener en consideración esta tendencia durante la selección de personal para los grupos de edades correspondientes (descrito ampliamente en otro capítulo).

El proceso que Jung llama la “liberación de la reclusión del Yo”, Martha Moers lo describe así: «Demasiado atados y empujados por un impulso a afirmarse y por aspiraciones de poder, orientados hacia el aspecto utilitario de las cosas, el hombre, antes de la cercano vejez, se encuentra en la crisis del punto de viraje de la propia vida. Si la ha superado, sólo tiene que decidir de qué modo afrontar la parte restante de la propia vida».

A este propósito entran en campo los hombres con una tarea espiritual, los artistas o los dirigentes políticos: ellos viven los 50 años como el principio de una fase creativa. Lehmann define “the age of the eminent leaders”, la era de los grandes líderes los años siguientes a la crisis. De modo particular para los hombres que tienen que ver a nivel profesional con los jóvenes, por ejemplo enseñantes y docentes, estos años representan un verdadero examen. Quien supera esta crisis y logra liberarse de la esclavitud del Yo, desarrolla una autoridad de mando que los jóvenes aceptan; quien no aprende de esta crisis, es rechazado por los jóvenes. Los jóvenes advierten claramente la autenticidad de la persona y ven si alguien se agarra neuróticamente a la propia posición, al propio saber

o al propio prestigio. A este respecto, los 40 años son por lo tanto, si no la última posibilidad, al menos una oportunidad importante en el proceso de maduración.

«En ningún otro momento de la vida la constelación espiritual es tan favorable para la completa liberación de la reclusión del Yo y para el desarrollo de los verdaderos sentimientos de compasión y de ayuda altruista», dice Martha Moers. Yo querría expresar una vez más las diferencias que he realizado entre impulsos biológicos, deseos psíquicos y aspiraciones espirituales. Sobre el alma humana actúan dos fuerzas, que repercuten en la experiencia de la propia vida, “desde abajo” actúan los impulsos o deseos, “desde lo alto” las aspiraciones.

El yo, en la fase media de la vida, debe llevar hacia lo alto todos los impulsos y los deseos y confrontarlos con las aspiraciones. El resultado de este proceso es el desarrollo de diferentes aspectos del alma humana, que yo, como ya lo hizo Rudolf Steiner, he llamado alma sensible, alma racional y afectiva y alma consciente.

A los 40 años todos estos aspectos están a disposición del hombre y puedan ser aplicados el resto de la vida. Así llegamos a la gran pregunta: ¿Para qué me servirán? ¿Qué debo hacer realmente en la vida? ¿Cuál es mi verdadera tarea?

Una opinión personal al respecto no está fuera de lugar. Desde cuando tenía 30 años, me he ocupado sobre la base teórica de estos problemas. Sabía lo que me esperaba y pensaba que navegaría con velas desplegadas a través de la crisis. Pero en la realidad las cosas son diferentes. Conocer un proceso no nos dispensa del hecho de confrontarnos con el momento en el que este fenómeno se verifica, de vivirlo y de sufrir. A menudo estaba mucho tiempo despierto y me preguntaba qué es lo que debía hacer realmente, cuál era el objeto de mi vida. Encontré un trabajo como psiquiatra infantil y dirigía un gran instituto para la educación de niños retardados. Este trabajo lo había construido yo y estaba rodeado de colaboradores excelentes. ¡Y entonces! La respuesta vino de una fuente tan inesperada, que por mi mismo nunca habría llegado. Personajes del mundo económico me ofrecieron asumir la tarea de la educación de jóvenes obreros no instruidos, después del perfeccionamiento y la organización de su trabajo. Posteriormente he visto claro que este era mi “leitmotiv”, pero otros tuvieron que hacerlo visible. Me acerqué a este trabajo con empeño y alegría, justo porque desde hacía muchos años esperaba este momento habiendo tratado desde hace tiempo el argumento. He podido experimentar a menudo que el estímulo viene desde el exterior, pero no se reacciona si no se tiene la madurez necesaria para hacerlo. Para obtener esta madurez es necesario un proceso de desarrollo, del cual no se libra nadie, ni siquiera el

más sabio. Y por lo tanto el conocimiento de la crisis de los 40 años presenta una gran ventaja. Se sabe que se trata de sí mismo y no se cae en el error de buscar chivos expiatorios en el entorno que nos rodea o en las circunstancias. La frase de H. Kündel «El destino viene desde el interior» es válida en esta fase. El destino viene del interior también cuando el mundo externo te predice uno.

7. El inicio de los 50 años

Hacia el final de los 40 años se reduce la crisis. Ahora uno se pregunta solo si se han encontrado o no los nuevos valores. En el caso en el que la respuesta sea negativa, las fases siguientes verán una pendiente trágica. El hombre se vuelca cada vez más en el trabajo. Cada joven capaz en la fase expansiva de la propia vida es sentido como una amenaza. Se piensa cada vez más a menudo que es necesario agarrarse a los derechos adquiridos gracias al grado y a la posición, es decir que se aferra a la posición nominal. No se puede hacer nada nuevo, el propio pasado y la propia experiencia son idealizados. El joven de hoy ya no puede nada, está viciado, gana demasiado, es descarado y no respeta a los más mayores que él (las mismas palabras las leemos en los viejos textos egipcios).

Quien habla de este modo no dice nada nuevo sobre la juventud actual, sino que dice mucho sobre su propia situación trágica. En el campo laboral tales hombres son un estorbo para la empresa. Para poner un ejemplo: En una organización administrativa está sentado un jefe filial de unos 55 años que está acostumbrada a ir por la mañana a la oficina diez minutos antes del inicio del trabajo y está sentado con el reloj en la mano y levanta la mirada cada vez que entra un subordinado. Solo un lunes por la mañana llegó 10 minutos después del horario de trabajo, extrajo una pila de escritos de los bolsillos, lo hizo caer sobre el escritorio y suspiró: «Vosotros, mis queridos señores, podéis pasar un tranquilo fin de semana en casa. Si yo no desarrollara el trabajo, no se haría nada». Todo bajaron la cabeza y murmuraron: «Sí, Señor Muller», pero tras sus espaldas se daban palmaditas en la frente.

También una observación como «yo estoy aún aquí, todavía se deben hacer las cuentas conmigo, durante algunos años tengo aún la situación en mis manos» solo muestra la desesperada tentativa de afirmar la propia autoridad, que efectivamente ya no existe. Nos preguntamos si una situación así puede ser evitada por una política justa de personal. Más tarde hablaré también de esto de modo más extenso.

Para el hombre que ha superado la crisis de los 40 años, los 50 años son casi una forma de liberación. Los problemas se vuelven evidentes. La vida se hace más interesante, la separación de los pequeños problemas cotidianos se hace cada vez mayor. Ahora interesan mayormente los problemas de organización y guía. Se tiene la sensación de una alegría profunda y desconocida cuando se ven jóvenes que crecen en la propia fase expansiva de la vida. Con una actitud así, con consejos y hechos, se pueden alinear los jóvenes de parte de uno y ser aceptado por ellos. Ya he dicho lo importante que es un desarrollo así para alguien que trabaje en la formación y en la educación de los jóvenes. Ahora se manifiestan nuevas capacidades creativas; a los 35 años se puede ser un buen abogado o jefe activo, pero en este punto se podrá ser excelente abogado y mejor jefe y más sabio.

Un hombre que se desarrolla continuamente alcanza a mediados de los 50 años un segundo ápice creativo. Puede mirar las propias experiencias y reordenarlas y es entonces tan vital que puede explotarlas en el campo laboral. Ésta es la edad de los líderes eminentes.

También la mujer se encuentra delante de dos posibilidades. La reacción negativa es esta: se ha dejada la menopausia a las espaldas y siente que sus fuerzas están retrocediendo, aún más que antes. Ha encontrado un nuevo objetivo y se queja así: «no he hecho nada para mí. Siempre estaba dispuesta para la familia, me he deslomado de la mañana a la tarde, nunca he tenido tiempo de leer un libro, la mayor parte de las veces estaba cansada para emprender cualquier cosa. Ahora es demasiado tarde. Los niños están fuera de casa. Mi marido todavía trabaja y yo me quedo aquí mirándome las manos». Y se abandona con cólera obstinada en los trabajos domésticos, limpia lo que ya está limpio, quita polvos imaginarios y tiraniza todo el ambiente que le rodea, siempre se queja de que lo hace todo ella.

Una historia macabra ilustra este resumen: un hombre muere de repente al inicio de los 60 años. El notario abre el testamento y dice que la última voluntad del difunto es la de ser incinerado y que la ceniza sea esparcida sobre la alfombra del salón de casa. Tan sólo podemos imaginar la miseria que llevó aquel hombre al hacer semejante testamento.

Por experiencia personal conozco la situación de mujeres mayores que aún trabajan, pienso por ejemplo en una jefa de enfermería en el hospital. También aquí hay dos posibilidades. La jefa enfermera descarga su propia amargura sobre las nuevas enfermeras o la jefa enfermera conduce a las más jóvenes como una madre y en el

departamento aletea siempre una atmósfera alegre y amigable. En los trabajos asistenciales se presta un trabajo duro. Es justo que las mujeres que desarrollan tales trabajos se jubilen a los 60 años. Tienen aún energía y tiempo suficiente para construirse una vida después del trabajo. Al contrario que las caprichosas amas de casa y que las mujeres empleadas y amargadas es la mujer que disfruta positivamente de su propia crisis. Ve con satisfacción que es capaz de hacer todo, que puede por fin realizar un nuevo aspecto del propio leitmotiv. Está agradecida por el tiempo que ha pasado, durante el cual ha podido ser útil a los otros. Ahora puede encontrarse una ocupación social, ocuparse del jardín, o recomenzar a tocar un instrumento que aprendió en el pasado. E indudablemente afrontará con discreción e impulso la nueva posición de abuela y creará una vez más un ambiente en el que una nueva generación de niños se sienta protegida y en la cual escuche historias, que no podrían ser contadas de modo tan vivo en ningún otro lugar.

8.El período después de los 56 años

El desarrollo, sin embargo, no puede decirse que ha concluido. Hacia los 56 años (curiosamente esta cifra es recurrente en casi todos los estudios) se prepara un nuevo temporal. Durante la última fase la vida se desarrollaba en cierto modo como sobre una meseta: es verdad que se tenía una vista muy extensa, pero ella concernía esencialmente al mundo circundante. Ahora la mirada se dirige de nuevo hacia el interior. Parece como que todos los valores deben ser vividos una vez más como existenciales (Rümke y Charlotte Bühler definen esta fase como pre-senectud, subrayando cómo el fin inminente o cuanto menos la realidad de la jubilación resultan ser factores decisivos). Yo mismo querría considerar la problemática de manera más amplia, aunque sea indudable el papel jugado por la comparación con el fin de la vida, a modo de inventario definitivo.

Unos podrán probar la sensación de deberse preparar a atravesar una vez más un período difícil. Nuevamente todo se pone en discusión. No se asiste a una verdadera vacilación de los valores descubiertos hasta aquel momento dado, sino que se vuelve clara la no adquisición de tales valores. Cuando nos preguntamos realmente qué frutos de nuestra vida nos acompañan más allá del umbral de la muerte, entonces viene a faltar mucho de cuanto está aún unido al saber, a la condición y a la experiencia. Muchos viven el inicio de esta fase como una prueba de pruebas de bien mayores, otros

advierten el sentimiento preeminente de que lo que les espera son tareas que no habrían deseado. Para el hombre el trabajo es a menudo fuente de desilusiones. Considera que después de los 60 años de edad debe relajarse, a pesar de que funciona aún excelentemente. Una vez más es necesario separarse de las cosas creadas personalmente que seguramente otros llevarán adelante de modo diferente. Esta separación, considerada antes como teórica, se vuelve ahora una realidad.

Es hora por lo tanto de prepararse para lo que se quiere aún hacer, de establecer aquello a lo que se quiere renunciar y de llevar a cabo cuanto sea necesaria. Aparece cada vez más claro, un creciente sentimiento de rabia, porque que lo que probablemente se logre hacer será menos de lo que se había propuesto. El tiempo pasa y parece incomprensible cómo ha sido posible desperdiciar tanto tiempo precioso por cuestiones en el fondo de poca monta. A veces se piensa: "Si aún pudiese tener delante de mí todo el tiempo que he dejado pasar como arena entre los dedos." Ya no hay futuro en esta vida - ¿qué quedará a pesar de todo?

A los 63 años la evolución de la vida llega en ciertos aspectos a una conclusión temporal. Durante la infancia, la pubertad y la adolescencia hemos vivido una juventud durante la cual hemos recibido continuos impulsos. Naturalmente el mundo es fuente *tanto* de alegría *como* de dolor, experiencias que nos paran y experiencias que nos permiten avanzar. Esta fase expansiva está determinada por aspiraciones vital-psicológicas, materiales y espirituales. Durante esta fase ha sido posible dar al mundo una notable capacidad laboral, mucha amistad y hostilidad, dominio y obediencia. Por otra parte también ha sido una fase en la que ha sido posible y necesario la interiorización y la adquisición de antiguas experiencias. Esta fase de extroversión ha producido nuestro carácter adulto, de persona consciente de lo que quiere y de su valor. La crisis y la involución, la cumbre de los cincuenta años y en definitiva el último inventario conclusivo han hecho las personas maduras, las cuales han desarrollado el sentimiento de la diferencia entre sabiduría y conocimiento, entre orgullo y modestia. Durante los últimos años, precedentes a la edad muy avanzada, podemos hacer un balance y prepararnos a la paz y al silencio de la vejez, pero también a la fuerte actividad interior de la que mana en definitiva una gran bondad. Pero también es necesario estar preparado para la disminución de las fuerzas físicas, la precariedad de la propia salud y la dependencia de los otros. Un famoso cuento relata cómo un abuelo ya no tenía permiso para comer a la mesa con el resto de la familia porque se le caía el contenido del plato. Él debía sentarse en la esquina y comer en una escudilla de

madera. Un día el padre ve al hijo mientras talla un trozo de leña. «¿Qué estás tallando?» le pregunta; el hijo responde: «estoy haciendo una escudilla de madera para ti, papá, para cuando seas viejo como el abuelo».

¿Tendremos que aprender a aceptar nuestra decadencia física o bien podremos morir en salud? Estos son problemas concretos para cualquiera que se prepare para afrontar la vejez. No puedo hablar personalmente de la fase de la vejez. ¿Quién puede hablar con autoridad de una fase de la vida que él mismo no ha atravesado aún y por lo cual no es capaz de comparar las propias experiencias con las de otros, extrapoladas por los discursos amigables o terapéuticos? Los escritos y las declaraciones de personas en edad avanzada muestran sin embargo que los últimos años pueden transcurrir de manera muy diferente. Un octogenario escribe que la total dependencia le ha llevado a comprenderse a sí mismo y a vivir realmente y profundamente la expresión “Cristo en mi.” Otros ancianos se agarran desesperadamente a la vida que se desliza lentamente.

Se sabe que es posible desarrollar capacidades creativas en la edad avanzada. Hace unos veinte años una mujer llamada Grandma Moses, la cual había empezado a pintar a los ochenta años, alcanzó un gran éxito gracias a exposiciones y a imágenes en revistas. Muchos han seguido sus huellas, ciertamente no siempre con el mismo éxito, pero siempre con un gran crecimiento interior. El viejo Goethe definió así las fases de la vida: el niño es realista, el joven es idealista, el hombre es escéptico y el anciano es místico.

Ayudar a las personas mayores, asegurarse de que el ocaso de su vida sea creativo y fructífero, estas son tareas importantes. Tal como debería desarrollarse una cultura familiar en los niños, del mismo modo debería haber una cultura para los mayores que naciera en los asilos y desde allí se difundiera. Los geriátricos deberían convertirse en lugares de conferencias, conciertos y cursos creativos en los que también pudieran participar personas externas. De este modo ambas partes saldrían aventajadas: las personas provenientes del exterior tendrían un centro en el que desarrollar actividades interesantes y los ancianos no perderían el contacto con el mundo externo que les rodea. Se sabe que el estado de salud de las personas mayores activas es mejor respecto a aquellas que en edad avanzada vegetan delante de radio o de la televisión y ya no logran mantener sus propias fuerzas autónomamente. Hay muchos artistas que han creado sus mejores trabajos después de los setenta años. Se dice que el pintor japonés Hokusai dijo que todo lo que había producido antes de los 73 años de edad carecía de valor y que su carrera artística había comenzado entonces. Tiziano pintó sus imágenes más

conmovedores a los 100 años, Verdi, Richard Strauss, Schütz, Sibelius y otros compositores trabajaron también más allá de los ochenta años. La lista de los músicos cuya creatividad estaba activa después de los setenta años sería demasiado larga. Los escritores, los pintores y los músicos a menudo ejercen su trabajo durante más tiempo que los científicos y los empresarios. Esto es debido al hecho de que con edad avanzada se tiende a penetrar cada vez más en profundidad dentro de sí mismo, mientras al contrario la facultad perceptiva de lo que ocurre en el exterior tiende a disminuir. Ha menudo he tenido la oportunidad de ver cómo empresarios ancianos que se negaban a renunciar a sus tareas, mantenían intacta su inteligencia y la manera de afrontar las tareas de rutina, pero disminuía más rápidamente su capacidad de *valorar con precisión las situaciones nuevas*. La consecuencia para algunas grandes empresas fue el encontrarse al borde de la ruina.

En cuanto se alcanza la conquista de una naturaleza humana más madura se ve claro que la sabiduría de la vejez puede manifestarse en un mundo atemporal. El campo que se abre para quien continúa activo es muy amplio. Es posible así recapitular el sentido de la vida y descubrir un mundo de valores e interpretaciones ya no sometidas a la fugacidad.

III. Desarrollo del hombre - Desarrollo de la mujer - Fases de la vida y matrimonio

“El año de la mujer”, durante el cuál se habló mucho de igualdad de derechos, no ha conducido a aclarar la cuestión. En este capítulo partiré del presupuesto según el cual el desarrollo espiritual del hombre y de la mujer, es decir la formación de su Yo, es igual para ambos. Ambos, en efecto, son personas con una individualidad tal que pueden determinar cada vez más profundamente la dirección de su desarrollo en el curso de la vida. Prescindiendo de esto, sería ciego quien quisiera negar las diferencias biológicas entre los dos sexos. Desde un punto de vista biológico el hombre y la mujer se completan recíprocamente. Se necesitan el uno del otro para la perpetuación de la especie, como ocurre para todos los organismos superiores. Por cuanto atañe al contenido de las experiencias interiores bajo la influencia de Bio (vida) y de las fuerzas biológicas y contemporáneamente espirituales, el hombre y la mujer reaccionan psicológicamente, de modo diferente.

En la psique del hombre y de la mujer actúan dos diferentes campos de fuerzas. Cada

vez que los diferentes impulsos y deseos se desplazan del campo de los instintos biológicos para penetrar en el alma, de las aspiraciones interiores mana para ambos sexos *el mismo* problema de la individuación.

El individuo es una unidad compuesta por tres aspectos - cuerpo, alma y espíritu - pero para el hombre y para la mujer la vía espiritual hacia dicha individuación procede con matices diferentes. Cada individuación es única y al mismo tiempo equivalente, incluso cuando el nivel de desarrollo y la cualidad moral deberían ser diferentes. El valor de la individualidad no depende del punto de partida del desarrollo de la persona, por lo que en este sentido no hay diferencia de valor entre un anciano y un niño. Quien adquiere una mayor sabiduría tiene que soportar en todo caso una responsabilidad mayor en su búsqueda en el ámbito de los problemas morales y sociales o acerca de las cuestiones del conocimiento. Por esta razón quiero subrayar cómo todos los individuos que están en fase de búsqueda tienen el mismo valor. En otro punto he afirmado: «La psique humana es ciudadana de dos mundos, uno espiritual y otro biológico». Y es en la influencia biológica donde se encuentran las bases de la diferencia de la experiencia espiritual que el hombre y la mujer encuentran al vivir.

El psicólogo de lo profundo C.G. Jung, durante su larga y fructífera carrera, no sólo describió la vida espiritual de sus pacientes durante su vigilia y su sueño, sino que también realizó una profunda descripción a nivel fenomenológico de su propia vida espiritual. Jung era un sutil observador que siempre trató de ver los fenómenos sin anteojeras derivadas de una teoría o de un sistema, ya que quería evitar reconocer determinados fenómenos afrontándolos débilmente o al contrario, teniendo una evidente visión. Él quería ser y seguir siendo un psicólogo, sin riesgo de extravío en el terreno teológico y filosófico (es decir permaneciendo en el ámbito del alma). Algunos le han reprochado la falta de cierta sistematización, otros simplemente encuentran difícil el acceso a su voluminosos trabajo. A la atenta mirada de Jung no se le escapó el hecho de que entre el hombre y la mujer se establece no solamente el mero mecanismo de la recíproca repetición, sino que en la profundidad del ánimo masculino hay un componente femenino, y que cada mujer custodia un componente masculino. Este “Cuadro del alma” es denominado por Jung Anima para el hombre y Animus para la mujer. Al hombre y a su ser biológico que se manifiesta en la actividad dirigida hacia lo externo, hacia la conquista y el sometimiento, se opone la fuerza reguladora en su Anima que se le aparece después en el sueño en forma de semblanza femenina, que lo contiene y lo hace consciente del hecho de que él corre un peligro al olvidar su

verdadero leitmotiv. Anima y Animus son algo diferente respecto a un complejo de Edipo considerado de manera grosera. El alma está al servicio de las aspiraciones las cuales, como hemos visto, actúan en el curso de la vida sobre tres planos diferentes. Aquí estar al servicio de las aspiraciones quiere decir establecer normas y estimular el ulterior desarrollo en el camino de la realización del leitmotiv.

En sus escritos Jung indica muchos ejemplos de profundos sueños de Animus o de Anima los cuales son a veces recurrentes, incluso cuando su valor intrínseco no se comprende.

Considerando el aspecto biológico cada individuo posee en primer lugar características de ambos sexos. Durante el desarrollo del mesonefro, del que evoluciona todo el sistema urogenital en el curso de la fase embrionaria precoz, se desarrollan al mismo tiempo ambos sistemas de órganos, hasta un determinado momento en el que se afirma el femenino o el masculino, mientras que el desarrollo del otro se para. En los hombres y en las mujeres adultas se hallan aún las huellas de los órganos propios del otro sexo. Las glándulas mamarias por ejemplo están colocadas en el mismo lugar tanto en el hombre como en la mujer, pero su desarrollo completo sólo ocurre en la mujer.

Lo que permanece en un estado potencial, pero no participa en el desarrollo físico, permanece en todo caso presente e influencia la psique, pero no en un plano hormonal o por impulsos y estímulos vitales, sino en las capas más profundas del inconsciente.

Jung diferencia tres capas de inconsciencia:

- (1) El inconsciente personal que contiene los recuerdos, las impresiones reprimidas y complejas que desarrollamos en el curso de nuestra vida.
- (2) El inconsciente colectivo que contiene emociones e invasiones comunes a grupos enteros, pueblos y razas.
- (3) Los arquetipos que generalmente tienen un carácter humano y su lenguaje figurado es el mismo en todo el mundo.

La experiencia con los arquetipos tiene lugar a traves de los símbolos individuales en todas las religiones y en muchos cuentos. En su carácter globalmente humano los arquetipos tienen contemporáneamente algo que Jung define como carácter del Animus. Ellos despiertan el impulso, pero al mismo tiempo actúan sobre el plano de la conciencia en caso de que el hombre amenace con deslizarse por debajo de su nivel de humanidad.

Anima y Animus pertenecen a los arquetipos más importantes.

En caso de que el hombre afirme unilateralmente su virilidad de modo excesivo y amenace con perder su humanidad, el Anima expresa la solicitud de una humanidad universal. Lo mismo sucede para la mujer.

Dicho concepto lo define también Jung de este modo: cada hombre tiene dentro de sí su Eva y cada mujer tiene dentro de sí a su Adán, y cada uno está buscando en este mundo a la persona que más se parece a la propia Eva o al propio Adán, tratando de alcanzar de este modo el equilibrio espiritual. Es por ejemplo el caso de Rita que, después de su muerte, Fausto acompaña en su viaje, o bien de la difunta Beatriz que conduce a Dante a través de las esferas más altas del Paraíso. El Fausto de Goethe acaba con el coro místico: «El eterno femenino nos muestra el camino hacia lo alto».

Durante la pubertad no solo se despierta en el joven la capacidad de experimentar interiormente la propia sexualidad y por lo tanto la curiosidad por el otro sexo; durante los años de la adolescencia él tiene conocimiento por primera vez del propio Animus o la propia Alma. Durante la primera adolescencia se asiste a una fase homoerótica. El joven experimenta la parte femenina que él posee y busca el equilibrio interior venerando a otro ser masculino. Ésta es la fase en la que las chicas se enamoran de una enseñante y los chicos veneran como líder a una figura masculina de edad mayor. Esto puede suceder en el mundo banal de los héroes del fútbol o de las estrellas cinematográficas, pero también en las sensibles y personales experiencias de todos los días.

A medida que se procede hacia la adolescencia se asiste al despertar psicológico por el otro sexo en forma de Eros. La búsqueda del propio Adán o la propia Eva en el encuentro con el otro sexo representa, para este Eros, el mejor terreno de cultivo.

El paso del homoerotismo al eteroerotismo es un proceso normal de desarrollo, y durante dicha fase de paso es comprensible asistir a turbaciones. Si las primeras experiencias sexuales son de naturaleza repelente o agresiva, entonces podría ocurrir que el chico permanezca enclavado en la fase del homoerotismo. El desarrollo o no de la homosexualidad en el joven dependerá en gran medida de las relaciones que le toque vivir.

La cuestión de la homosexualidad o - por utilizar una definición nueva - de la homofilia se presenta profundamente compleja. Durante los Años '30 tuve la oportunidad de aplicar mi regla psicoterapéutica en un buen número de artistas; a través de ellos aprendí a ver los componentes homoeróticos del ánimo humano como un fenómeno que se verifica en el caso de individuos que se dirigen principalmente hacia el

propio interior antes que hacia las impresiones de la dura realidad del mundo externo. En los Años '50, al desarrollar mi actividad de psiquiatra entre los estudiantes universitarios, tuve la oportunidad de ocuparme sobre todo de homoerotismo durante la adolescencia. Según mi opinión existe una diferencia entre la homosexualidad biológica, la que se manifiesta abiertamente en algunos casos ya desde la primera juventud y el homoerotismo psíquico consiguiente del descubrimiento de la existencia de la propia Anima o el propio Animus.

Para cada uno se hallan predisuestas ambas posibilidades, prescindiendo de los cromosomas, los cuales probablemente son corresponsables de la manifestación de una de las dos inclinaciones (he escrito intencionadamente “probablemente corresponsables” puesto que he aprendido, en el ámbito del tratamiento de fenómenos vivos, a cuidarme de hacer una reflexión dentro de una pura cadena de causas y efectos). Entonces, ¿cuál es realmente la causa primaria y cuál es el mero instrumento de un principio ordenador general y superior? El mismo violín, al fin y al cabo, no produciría ninguna sonata, si no pudiese ser oído con el instrumento que la produce.

La situación individual es la experiencia decisiva que deriva de la toma de conciencia de la predisposición a ambos sexos y de la realización de una posibilidad a costa de la segunda. Queriendo experimentar en términos generales: hay hombres (y naturalmente mujeres), los cuales son en un 90% hombres y en un 10% mujeres; indudablemente ellos son hombres a todos los efectos. Junto a ellos hay hombres (y mujeres) que sólo son hombres en un 10% y mujeres en un 90%, y estos hombres son verdaderos homosexuales. En medio se colocan naturalmente todas las diferenciaciones de proporciones 60: 40, 50: 50, 40: 60, etc. En este grupo la imagen que el individuo particular tiene de sí mismo cambia según el tipo de relación que tenga que establecer.

En general se puede afirmar: los que tienen bien clara la tipología de relación tienen que formar, por el bien de su seguridad, una barrera colocada en aras de la posibilidad de experiencia interior, y en todo caso con la adquisición de armonía y enriquecimiento interior para ambas partes.

Me ocuparé de nuevo de esta problemática más adelante, cuando trate el tema de las relaciones matrimoniales durante las diferentes fases de la vida. Cuanto he afirmado en esta sede vale particularmente para los hombres y las mujeres “a todos los efectos.” Ambos están tan cerrados en el propio mundo que no son capaces de desarrollar un sentimiento por la diversidad de la pareja. Ellos no son egoístas, sino sencillamente “daltónicos”, e incapaces de compartir otras formas de comportamiento psíquico.

Comprenden la pareja con la parte femenina o masculina de su Yo. Los que tienen una actitud estrictamente unívoca y unilateral actúan hacia el exterior de manera bastante infantil; a menudo ellos sufren por el hecho de ser considerados ante todo como representantes del sexo al que pertenecen y después como personas.

Cómo psiquiatra operante en el ámbito estudiantil he tenido la posibilidad de conocer a sujetos adolescentes que, durante dicha fase lábil, como es precisamente la adolescencia, intentan descubrir (y esto sucede más comúnmente de lo que se suele pensar) si ellos son del todo “normales” o bien homosexuales. Sólo un atento examen general de las experiencias personales puede ayudar al joven a tener claridad sobre sí mismo en este ámbito de crucial importancia. Una sola palabra “equivocada” podría actuar de manera sugestiva y consolidar durante años una problemática interior que habría podido ser superada fácilmente. Por otra parte una homosexualidad admitida y aprobada puede ser el primero paso para localizar el propio camino o un leitmotiv individual dentro de un mundo heterosexual.

Representa ya un gran paso adelante el hecho de que hoy se pueda hablar abiertamente de estos problemas. Pero también es necesario considerar que la manera escondida y reprimida en la que muchos homosexuales aman - debiendo combatir para poder afirmar su derecho - expresa mucho más acerca su tolerancia en la frustración que el problema de la propia homosexualidad. La homosexualidad nunca comporta una distinción entre blanco y negro; siempre existe un amplio espectro de posibilidades entre los dos extremos. Lo mismo vale para el problema de la emancipación femenina. También en este caso es posible alcanzar una verdadera liberación, en cuyo ámbito se toleran y ponen en el mismo plano las múltiples y diversas posibilidades de ser Mujer, sin tener que llegar a una limitante polarización. Con este discurso introductorio he intentado mostrar la existencia de una diferenciación dentro de las diversas posibilidades de ser hombre o mujer. Ahora ha llegado el momento de volver a hablar del desarrollo que, partiendo de la sexualidad, a través del eros hasta llegar al amor, constituye el fundamento para la relación entre el hombre y la mujer (y naturalmente también entre la mujer y el hombre).

Durante la pubertad el chico o la chica descubre la propia sexualidad por primera vez; en las chicas esta fase se manifiesta a través del menarquia, en los chicos a través de las primeras erecciones y las eyaculaciones nocturnas. En este momento el interés se concentra aún en los procesos que tienen lugar en el propio cuerpo, pero bien pronto se dirigirá hacia el otro sexo. En una atmósfera sana, exenta de formas de relación

neuríticas, la vida de los chicos y las chicas discurre normalmente, y practican deporte juntos, se encuentran juntos en campamentos, trabajan y se divierten juntos. Para el alma estas cosas son notablemente más importantes que los problemas sexuales.

A continuación el desarrollo procede en ciertos aspectos de manera diferente según los estratos sociales. Mi relación profesional con jóvenes trabajadores me ha demostrado en qué medida el desarrollo de una actividad laboral a la edad de 14, 15 o 16 años puede limitar las posibilidades de evolución de la sexualidad, del erotismo y del amor. Si se está obligado a estar durante 8 horas al día haciendo un trabajo mecánico, la “libertad de movimiento” resulta limitada, y entonces la psique no tendrá la oportunidad de desarrollarse. Estas personas están destinadas por lo tanto a crecer manteniendo un nivel de desarrollo pubescente. Si se observa a las empleadas destinadas a confeccionar en cinta transportadora o chicas dependientes de una copistería, se puede casi tocar con la mano cómo su alma vegeta en un estado semi dormido. Lo mismo vale para chicos que desarrollan profesiones para las que no es necesaria una gran instrucción o que tienen que ejecutar maniobras preprogramadas. En el campo de la construcción y la construcción naval en cambio, donde el trabajo todavía está articulado de manera artesanal y se presenta variado, las posibilidades de desarrollo son mucho mayores.

Cuando la psique es obligada durante muchas horas al día a vegetar en un estado semi durmiente a causa de un trabajo repetitivo y pesado, el peso reservado a los sentimientos y a los impulsos sexuales resulta inadecuado y el alma es por lo tanto deformada. Es suficiente pararse a escuchar durante un par de minutos la conversación de las operarias empaquetadoras para quedar golpeados por la limitación de su psique, debido a la situación en la que tienen que vivir. Si después más tarde en la adolescencia tuviera que verificarse la eventualidad de una relación estable o del matrimonio, entonces se habría saltado una fase del desarrollo tan importante como inconsciente, ya no recuperable sino fragmentariamente. Se sorprende siempre sin embargo frente a la flexibilidad del individuo en relación a la potencia del desarrollo cuando se asiste a cuanto de positivo puede surgir en semejantes circunstancias. Esto, de todos modos, no nos exime la responsabilidad de luchar por la mejora de las posibilidades de evolución de la mayor parte de la población y de las generaciones por venir.

En lo que respecta en cambio a los adolescentes más privilegiados, los que pueden frecuentar escuelas superiores, los problemas son de otra naturaleza. En este caso la formación general se realiza demasiado pronto, sacrificada a las exigencias de una especialización orientada por el Numerus clausus (número cerrado). La exploración

prudente de las propias posibilidades espirituales ya no es posible en caso de que la igualdad de oportunidad colectiva se convierta en injusticia individual.

¡Por ahora basta! Querría volver de nuevo a la relación entre hombre y mujer durante la adolescencia, partiendo del presupuesto de que el desarrollo se realiza en presencia de condiciones no siempre desfavorables. Esta formulación aclara que no tengo intención de ocuparme de datos extrapolados de investigaciones estadísticas referentes a desarrollos verificables en circunstancias desfavorables. Querría definir en cambio mi descripción de la situación como caracterización ideal típica, conscientemente elegida.

El adolescente que acepta la propia sexualidad y descubre el eros en su ánimo hace su entrada en una tierra encantada llena de experiencias inesperadas y cautivadoras. Esperanza y miedo, alegría y desilusión se alternan entre ellos, sentimientos de ternura y veneración se despiertan junto a irritación y aversión. El adolescente debe experimentar todo el espectro de los sentimientos, de modo que pueda avanzar hacia la gran fase central de la vida que lo llevará a alcanzar su verdadera humanidad. Es necesario poder contar con todos los matices de las fuerzas espirituales los cuales hacen posible la comprensión, la aceptación y el compromiso recíprocos. La adolescencia es la fase durante la cual cada individuo experimenta la propia naturaleza masculina o femenina. Cada hombre está a la búsqueda de su Eva y cada mujer busca a su Adán. En la profundidad del alma está presente una visión ideal que completa la propia alma. ¿Se encontrará la persona justa o se tendrá que tomar en cambio a aquel o aquella que primero/a corresponda mejor a este cuadro ideal? La primera experiencia sentimental es un terreno de prueba para el desarrollo posterior. No es importante cómo acabe la relación - ambos saldrán de algún modo enriquecidos.

Muchas personas necesitan vivir más de una relación sentimental para adquirir la seguridad interior necesaria para poder llegar a reconocer a la pareja adecuada.

También quien cree en la predestinación de las dos almas gemelas debe en todo caso alcanzar cierto grado de madurez para ser capaz de reconocer al otro. El primer encuentro con el otro sexo es deformado si queda limitado solamente al plano de la sexualidad. La confrontación violenta de los jóvenes con la sexualidad ruin, presente actualmente en los periódicos, en las revistas y sobre todo en las películas, obra de manera perturbadora en el proceso de maduración. Un matrimonio basado en la atracción física no durará mucho tiempo. A fin de cuentas no hay nada más aburrido que sexo como fin en sí mismo, las posibilidades de variación se acaban pronto y el alma se empobrece. Cambios de pareja, sexo de grupo y otras prácticas del género

probablemente pueden constituir un estímulo nuevo y alienante pero la relación entre dos personas no es reforzada y el individuo queda insatisfecho y sólo.

Entre los veinte y los treinta años, cuando se asoman los sentimientos y actúan “las aspiraciones vital-espirituales” el eros descubierto durante la adolescencia se vuelve en el alma una realidad vivida. Este eros, despertado por el encuentro con el/la compañero/a, puede ahora difundirse y también impregnar la relación con la naturaleza y con la otra persona.

La caracterización general que he dado para los veinte años, el caminar a tientas en las experiencias, la precariedad de la forma y el contenido de las relaciones humanas, la reacción emocional al éxito y al fracaso, el exultar de alegría y el estar mortalmente afligidos, todo esto vale naturalmente también para el matrimonio. El desarrollo de un propio estilo de vida común constituye la base para una unión de la que, durante los años sucesivos, podrá manar una armonía espiritual. La creación de un ambiente para la próxima generación constituye un acto creativo común. Se vive juntos e intensamente la llegada de los hijos, las preocupaciones que de ello derivan y el ahondamiento del sentido de responsabilidad que los hijos comportan. Todo esto forma y determina la primera fase del matrimonio.

El joven o la joven no casados viven durante esta fase una amistad hacia el otro sexo abierta, simple y amigable, sustentada por las oscilaciones positivas y negativas del sentimiento.

Hacia el fin de los veinte años y el principio de los treinta la situación cambia. La objetivación de las condiciones de vida generales también actúa sobre el matrimonio. Las diferencias de temperamento, de visión de la vida y estilo de vida se convierten de veras en un peso. Mientras que cuando se era más joven las divergencias de opinión podían llevar a peleas furibundas seguidas después por las sentidas reconciliaciones, ahora el carácter de tales divergencias cambia y si por un lado se piensa “La situación es ésta, me debo adaptar”, por otro lado uno se puede retirar en el propio trabajo o en las propias tareas, cosa que puede alimentar un sordo alejamiento recíproco. El resplandor del eros amenaza con desteñirse, la sexualidad se convierte en rutina; ahora debe crecer una unión más profunda, para que no se sofoque la relación en la objetividad. Esta unión más profunda sólo puede ser la decisión consciente de separar lo esencial de lo superfluo en la relación con la propia pareja. Ya la voluntad de buscar esto abre los ojos en las confrontaciones de la individualidad del otro. De aquí nace ante todo un sentimiento de confianza, de confianza recíproca. A continuación se evidenciará cómo

este espíritu de camaradería surgido en la fase de desarrollo del alma racional se convertirá en el fundamento par un ahondamiento de la relación, que ahora puede desarrollarse en la dirección de una verdadera, tranquila relación amorosa basada en una unión espiritual.

Por otro parte a los 30 años pueden ponerse los fundamentos para una colaboración práctica entre hombre y mujer⁶, y podría surgir la cultura de la familia (por ejemplo en el arte, el período de las vacaciones como fase par la construcción del sentimiento interior de la coexistencia).

A los 30 años se ponen las semillas que llevarán a la maduración de una de las dos posibilidades de desarrollo del matrimonio que se verificarán después de los 40 años: la crisis del matrimonio o bien una nueva relación caracterizada por una unión y una mayor cercanía espiritual. Ya el alma racional ve muy claramente los aspectos positivos y negativos de la pareja y esto puede conducir al enfriamiento emocional y a la objetivación. Dicha objetivación, sin embargo, también puede constituir el presupuesto necesario para la aceptación de la pareja de aquello que es en realidad. De esto nace una comunidad que comparte el leitmotiv que en el otro sólo es percibido y hallado gradualmente.

En esta fase depende mucho de la actitud que se tiene en las confrontaciones consigo mismo. Quien no logra aceptarse a sí mismo con todas sus propias fuerzas y debilidades, quien en la confrontación consigo mismo emprende un camino en el que está la persecución incesante de la profesión, del éxito y de la satisfacción de la propia ambición, entonces no será capaz de encontrar al otro en su ser real y personal.

El matrimonio puede por lo tanto romperse o bien servir de escenario, de puesta en escena par el mundo externo. En este caso el escenario puede ser útil o bien molestar. En caso de que moleste es necesario reemplazarlo por otro que se adapte mejor al acto de la comedia de la vida que toca interpretar en aquel momento.

Se ha hablado mucho acerca de la crisis de los cuarenta años. Quien durante el tercer decenio de su vida no ha puesto las bases para una unión más profunda, tendrá que afrontar grandes dificultades. Esta unión más profunda está unida firmemente con la imagen de sí mismos que se lleva dentro, de modo consciente o inconsciente. Quien esté convencido de que el individuo tiene una existencia biológica individual y solitaria

⁶ Los problemas escolares y las iniciativas por parte de los padres por repeticiones en un momento en el que se asiste al dominio de los tecnócratas de la instrucción y del Estado pueden comportar la colaboración con otras familias.

pensará pues asustado en el momento en el que los placeres modestos del cuerpo disminuyan. Es por lo tanto comprensible que, pensando con nostalgia en la propia juventud, se quiera tener una pareja mucho más joven. Esto vale sobre todo para el hombre; la mujer sabe que le espera irrevocablemente la menopausia, y por lo tanto a veces ella da a luz hijos en edad madura como tentativa de posponer este momento. Una mujer de 46 años, por ejemplo, anunció su embarazo con las siguientes palabras: «Se ha presentado justo antes del cierre del negocio».

El sicoanalista americano Edmund Bergler, en su libro “la revuelta de los cincuenta años⁷”, describe la menopausia masculina y sus efectos sobre el matrimonio. En la introducción a la edición holandesa, Van Emde Boas escribe: «El hombre que se encuentra viviendo el climaterio pertenece, si se comparara a la mujer en la misma fase de la vida, a un grupo olvidado». «Se sabe que el climaterio (la menopausia) de la mujer a menudo daña severamente el matrimonio.

Pero el climaterio del hombre constituye a menudo una amenaza directa para el matrimonio, porque en muchos casos el hombre que atraviesa esta fase intenta romper las cadenas que según él limitan su existencia».

Incluso quién no comparta la opinión de Bergler, según el cual todas las neurosis, por lo tanto también ésta, son expresión de un “masoquismo psíquico”, acogerá favorablemente este libro extremadamente útil. La exposición de Bergler comienza con estas palabras: «La rebelión del hombre de mediana edad, la insatisfacción por todo (matrimonio, deberes profesionales y distracciones convencionales incluidas) que de repente sorprende al hombre de mediana edad, constituyen la triste historia de una segunda pubertad en la que las palabras del héroe son ampulosas, sus acciones inadecuadas y su derrota final inevitable.

La revuelta está destinada a naufragar ya desde el principio y sólo puede llevar a dos consecuencias: o el rebelde se resigna voluntariamente a su suerte individual e invariable - y a tal fin es también necesario que él no llegue a divorciarse a pesar de los proyectos ambiciosos - o bien se enreda cada vez más en las dificultades y se encuentra al final exactamente en el mismo punto en el que había partido, pero dominado por la amargura y los remordimientos».

⁷ Zurich 1955; Título de la edición americana: “The revolt of the Middle-aged Man”, New York 1954. Edición holandesa “De illusie van de tweede jeugd – gevaarlijke jaren in het leven van de man”, Amsterdam 1956.

En los capítulos siguientes Bergler describe la infinita e inútil cuestión de la nulidad que atenaza al hombre y que, a causa de sus vínculos domésticos, no le permite ser creativo. Pero la mayoría de las veces se preferirá la propia mujer que la amante comprensiva - el divorcio no sirve de nada si las dificultades se han fosilizado en una neurosis. La relación se compromete posteriormente por el hecho de que en la mujer después de la menopausia (como ya hemos visto) se despierta un nuevo sentido de la vida que le da la ilusión de vivir fuera del tiempo, de no envejecer y de permanecer siempre atractiva, no cambiando nunca. El hombre en cambio, en esta arriesgada fase, vive la ilusión de una segunda juventud. La mujer ve con extrema claridad la necesidad del comportamiento del marido y es intensamente golpeada por sus reproches; el hombre querría huir de aquella estrechez que siente agobiadora, puesto que no ve otra vía de escape para una existencia propia, realmente digna de un hombre.

Es evidente que una situación así verifica, en aquellas parejas que en el pasado han sido incapaces de dar, separadamente o juntos, un nuevo contenido espiritual de su vida, de modo que se abren nuevas dimensiones y da vida al sentimiento de haber llegado al punto en el que se hace consciente del leitmotiv de la vida y el alma se llena de nuevos objetivos.

Un conflicto de este género no se soluciona con un regreso a un pasado biológico, sino por la apertura a nuevas tareas apasionantes en el nuevo horizonte que va a perfilarse.

Se puede comprender bien cómo Bergler, en calidad de psicoanalista, tiene la firme convicción de la imposibilidad de ir contra la revuelta de la mediana edad «porque la juventud ya no puede volver» y «que cada uno debe tragar su píldora amarga y admitir que la juventud forma parte ya definitivamente del propio pasado». El conocimiento del «típico e inevitable conflicto interior - acompañado de trastornos hipocondríacas pero también del carácter temporal, en lo que atañe a las consecuencias finales inocuas por lo tanto de esta tempestad en un baso de agua» - el conocimiento de los diferentes aspectos de la crisis podría ayudar sobre todo a que la mujer pueda asistir al marido durante esta fase tal como ella misma precedentemente hubiera esperado ser ayudada en la superación de su propia menopausia. Los casos más difíciles, según Bergler, solo pueden ser resueltos a través de un tratamiento psicoanalítico. Pero lo que no encuentro en su libro es la referencia a la posibilidad de encontrar una nueva vida y construir una nueva relación humana que tenga su origen en el espíritu. En un verdadero tratamiento psicoterapéutico no se tiene en cuenta solamente el decaimiento físico, sino que también

debe tratar de construir juntos una nueva vida, la cual por otro lado también puede llevar a un nuevo encuentro entre los dos componentes de la pareja. Naturalmente esta situación también puede repercutir en la actitud hacia el trabajo. También aquí son siempre “los otros” los que impiden la propia (ilusoria) evolución. Para el hombre que se encuentra en esta situación el futuro es trágico, a menudo lleno de amargura en relación a la falta de reconocimiento de sus pretensiones legítimas en referencia a una determinada posición profesional. La situación se vuelve tan difícil que en la mayoría de los casos se rechaza una verdadera terapia y por lo tanto no puede y no quiere ver la realidad que se le presenta a los ojos. Sólo un nuevo encuentro podría remover la situación.

Un interés de este género sólo es posible en el matrimonio cuando la personalidad del otro puede ser comprendida completamente más allá de la corporeidad. Esto puede suceder en el ámbito de una convicción religiosa o bien puede suscitarse por una concepción diferente del mundo o por un profundo respeto por la individualidad del prójimo. En todo caso es necesario tener cuidado con esta otra “forma personal” para aprender a conocerla y a quererla.

Generalmente esto es más sencillo para la mujer que para el hombre; el hombre logra vivir el otro Yo con la ayuda de la parte “femenina” que tiene dentro de sí, la que desempeña un papel particular durante el cuarto decenio de su vida.

En el interior de esta relación, que sólo de modo gradual puede llamarse amor, se desarrolla una fidelidad que se extiende más allá de los confines de la muerte y permanece positiva, por encima de cualquier cosa que le ocurra al otro. Este tipo de relación nace entre los 30 y los 40 años con el desarrollo del alma racional; tiene que ser protegida esmeradamente durante mucho tiempo y llegará a plena madurez hacia los cincuenta años. Este tipo de amor no pregunta, sino da. En la vejez el matrimonio puede aumentar incluso su intensidad. Si se han cultivado también intereses espirituales o artísticos comunes durante la vejez será posible tener un diálogo estimulante. Pero también el estar juntos con la conciencia del otro, aunque no exista el diálogo, puede transmitir un sentimiento de felicidad. El extremo contrario está representado por aquellas parejas ancianas que se encuentran en los hall de los hoteles, sentados el uno frente al otro en silencio, y después de cierto tiempo observa el primero: «¡Deja de frotarte la nariz! ¡No lo soporto!» y la respuesta suena así: «¡Si quiero frotarme la nariz, lo hago!», después los dos vuelven a su hostil silencio. Un matrimonio como éste se ha convertido en un campo de batalla, sobre el que tiene lugar una lucha silenciosa de

ambas partes por la conservación de dos libertades, donde los propios reproches triviales se repiten infinitamente en una suerte de guerra de posición.

Sin embargo, con el aumento de la conciencia de la personalidad del otro nace también la conciencia de determinados y considerables aspectos negativos del mismo. En esta otra “forma” la pareja podría ser vivida como un ser repugnante o cuanto menos como una caricatura de sus caracteres positivos.

La mujer de un escritor, ella misma una mujer muy culta, me contó de una experiencia típica (su matrimonio era puesto como ejemplo por muchos amigos): su marido había escrito un libro y a continuación partió para un largo viaje. Ella se quedó en casa con los hijos y se declaró dispuesta a leer los borradores del libro. Una tarde, mientras estaba absorta en este trabajo de atenta lectura y secuestrada intensamente por el contenido del texto, vio de repente de pie frente a ella un ser horroroso que despertó dentro de ella todo el odio del que ella era capaz. A un segundo vistazo la imagen ya había desaparecido, pero las emociones despertadas por aquel “encuentro” perduraron mucho, justo como las sensaciones de un sueño para nosotros particularmente significativo nos acompañan duramente semanas. Se dio cuenta de haber visto en aquel ser espantoso todo lo que principalmente le irritaba en su marido. La sensación fue amplificadas por la ausencia del marido y por la contemporánea presencia espiritual determinada por la lectura de su libro. Su objetividad le hizo decir: «Para poderlo amar aún más era necesario para mí pasar por aquella experiencia».

No todos experimentan una experiencia de semejante intensidad, para lo cual es necesario ser artistas, acostumbrados por lo tanto a la relación intuitiva con dichos episodios, pero todo nosotros vivimos con una conciencia de ello al menos parcial. Nosotros conocemos “el alter ego” de la pareja que nos irrita en las pequeñas y grandes cosas y que a menudo interviene de manera perturbante en el decir y en el hacer consciente.

Conocemos “el alter ego” del otro mejor que el nuestro y llegamos a conocer este alter ego en el momento en el que logramos enterarnos de cómo actuamos sobre el otro, de cómo las buenas intenciones siempre son entendidas erróneamente. En lugar de buscar la culpa en los otros se debería intentar ver al propio Yo como una “forma” o cuando menos como “una idea de forma.”

En el *Perceval* de Wolfram von Eschenbach, en el momento crucial de la vida de Perceval, cuando debía ser nombrado caballero de la Mesa Redonda del Rey Arturo, aparece de repente la forma de la terrible Cundrie. Ella sustenta el indebido

nombramiento de Perceval como caballero de la Mesa Redonda. Sobre él pesa por lo tanto una maldición, se pierde en el castillo del Grial, después de haber invocado el sufrimiento del rey Anfortas.

Cundrie aquí es al mismo tiempo forma del alma y “alter ego” de Perceval, una interpretación confirmada al final del poema: cuando Perceval, al final de todas las pruebas, llega a ser rey del Grial, Cundrie irá a su encuentro de nuevo pero esta vez de forma resplandeciente, en cuanto que liberada de su tarea de constituir el espejo negativo de Perceval.

En la crisis matrimonial siguiente a los cuarenta años desempeña un papel importante el hecho de que se rechace reconocer el propio alter ego, mientras se muestra evidente el da la pareja. En mi trabajo, desdichadamente, me he encontrado a menudo con problemas de separación matrimonial; cuando se ha hablado profundizadamente con ambos a menudo da la impresión de que ambos son dos personas excelentes, cada uno a su modo, pero cada uno ve solamente en el otro el alter ego, perdiendo de vista la propia individualidad. De una mirada más atenta resultaba que estas personas, que habían vivido juntas durante muchos años, no habían compartido alegrías y dolores. Por consiguiente estaba el reproche que dominaba el sentimiento de la profunda alegría que crece de la conciencia de la confianza recíproca. Desdichadamente, cuando el alejamiento ha llegado ya tan lejos, raramente se hace posible que se abran los ojos de ambos sobre la verdadera esencia del otro; a menudo son necesarios muchos años y cuando llega el momento a menudo es ya demasiado tarde. El matrimonio acompaña por lo tanto todo el curso de la vida. El éxito o fracaso de un matrimonio indica si la relación entre dos personas puede desarrollarse en la dirección de una plena madurez. En el matrimonio se refleja la vía hacia la madurez interior de la pareja; un matrimonio sólo puede alcanzar plena madurez solamente cuando ambos componentes de la pareja avanzan hacia la perfecta humanidad. Esta perfecta humanidad puede constituir el fruto de una larga vida, durante la que es posible medir el propio desarrollo sobre el fondo de la relación continuadora con otra individualidad. Quien nunca ha abandonado la psicología del chivo expiatorio, o aprendido que el desarrollo efectivo comienza con la aceptación del propio ser por lo que él es, nunca llegará al verdadero conocimiento de sí. Este conocimiento de sí acompaña de nuevo los recorridos de vida de ambos componentes de la pareja.

Con todo no se debe llegar a la conclusión de que para quien no esté casado no es posible un desarrollo. Aquí se ha profundizado el discurso del matrimonio, mientras el recorrido evolutivo individual será tratado en otro capítulo.

Indudablemente una diferencia de edad notable puede ser causa de tensiones dentro del matrimonio, pero por otro lado también podría impedir su manifestación. Quien quiera abarcar todos los aspectos del problema llegará a la conclusión de que sólo un desarrollo continuado del ser interior puede evitar la quiebra de una relación. Son principalmente difíciles de superar las tensiones que nacen del hecho de que ambos elijan filosofías de vida o un credo diferentes. En este caso es necesaria una gran tolerancia, de modo de poder conceder también al otro la libertad que se pretende tener para sí mismo.

Es importante añadir algo aún a propósito de la cultura de la familia en nuestro tiempo. Este concepto ha sido introducido en el curso del capítulo y ahora es importante completarlo. Cuando la familia todavía era una institución social que reunía más generaciones, la cultura de la familia podía desarrollarse a través de la subdivisión de las tareas y los deberes. Lo nuevo era afrontado - gracias a la visión más moderna acerca de los problemas de la vida - por las nuevas parejas, mientras la continuidad era asegurada por las viejas generaciones, que podían dar a los nietos un poco de su sabiduría. Nacieron por lo tanto cuentos populares que eran contados por las abuelas y sabidurías campesinas que los abuelos expresaban en refranes. Aún hoy encuentro en las biografías de algunas personas el papel fundamental ejercido por una abuela o por un abuelo sobre la vida del interesado, pero la cosa es cada vez más rara.

Es a través del empeño consciente de los padres como debe crearse hoy una nueva cultura de la familia, en particular la tarea resulta ser en gran parte una prerrogativa de las mujeres. La cultura de la familia se apoya sobre una serie de presupuestos. Ante todo es necesario determinar un ritmo para la vida de la familia. Todos saben que un recién nacido necesita de un ritmo diario regular, y que la regularidad de los momentos de la comida, del sueño y del juego le dan al niño una seguridad interior en su condición de dependencia.

Este ritmo debe mantenerse después, según las exigencias de la familia, durante el período de la escuela infantil y elemental: los momentos en que se reúne para comer, aquellos fijos en los que el niño puede contar con tiempo y espacio para su propia vida - por ejemplo de, antes de ir a dormir, pasar juntos tranquilamente una media hora, donde se habla, se lee y se cuentan las diferentes cosas ocurridas durante el día. Los viejos

cuentos populares cobran aún hoy el mismo interés por parte de los niños más pequeños, así como para los más grandes las historias inventadas en el momento. Aquí el padre juega un papel fundamental, cuando por ejemplo tiene que contar, cada domingo por la mañana, una historia en episodios. Por cuanto concierne a mi experiencia personal, recuerdo un juego que se hacía con los niños de los ocho a los doce años: los niños tenían que pensar en un título, luego el padre tenía tres minutos de tiempo para inventar una historia sobre el tema propuesto. El desafío consistía en encontrar un tema sobre el que el padre no podría inventar nada y la alegría era por lo tanto doble en el momento en el que él lo lograba.

¡Este ejercicio resulta muy importante no sólo para los niños, sino también para el padre treintañero o cuarentón! Él puede constatar que es capaz de desarrollar capacidades que le serán útiles para su camino personal. Las historias más logradas se volverán clásicas, pero a exclusión de la propia familia y constituirán una buena base en la determinación del sentimiento de pertenencia.

Ser padres significa a veces satisfacer la necesidad de los hijos de escuchar siempre la misma historia. Los niños pretenden a menudo que durante meses les sea contada de nuevo la misma historia. La íntima alegría de la atención que se experimenta en el pensamiento de escuchar una historia ya conocida es enorme; he aquí un motivo por el que los niños siempre quieren volver a los mismos lugares en vacaciones, para hallar el mismo ambiente conocido y tranquilizador. En la adolescencia esta necesidad deja lugar al deseo de experimentar o escuchar algo nuevo; aquí comienza la conquista de un mundo más amplio.

Junto al ritmo que recalca el día y la semana (el domingo es un día bien diferente del laboral), también tiene una gran importancia la celebración del día de fiesta, por ejemplo una ceremonia recurrente para el cumpleaños o para Navidad, sobre todo cuando los niños pueden participar en los preparativos de la fiesta. La preparación presupone un elemento en particular: es posible por ejemplo saborear la alegría del otro.

La alegría de la espera es cada vez más grande que la alegría real que se experimenta en el momento crucial. Por lo tanto también más tarde en la vida la alegría de la espera será bien recordada con toda la belleza de los recuerdos de la infancia.

Los tiempos en los que vivimos son duros e inciertos. Lo que hoy somos capaces de dar a nuestros hijos en términos de calor y seguridad no podrá serle quitado, suceda lo que suceda. Es esencial desarrollar en los niños una relación con el arte y con la naturaleza. El encuentro con la naturaleza a través de paseos, recogida de minerales,

moluscos, plantas o la ornitología constituye un nutrimento para el alma tan importante como una buena alimentación. Cada uno debería por lo tanto, en base a sus propias capacidades y posibilidades, tratar de construir un trozo de cultura familiar. Y si se carece de fantasía, con un amor por la naturaleza no suficientemente desarrollado, entonces es posible, con los niños, descubrir nuevos mundos dentro de la naturaleza gracias al dibujo, la pintura y los cuentos, y por lo tanto superar en parte los propios límites y corregir la propia experiencia juvenil.

Aventuraría el pronóstico según el cual la continuidad de nuestra cultura occidental dependerá en gran medida de la posibilidad o no de desarrollar una nueva cultura de la familia sobre una ancha base.

IV. Las actitudes fundamentales

¿Durante el proceso de individuación del yo, un joven se topa con las siguientes preguntas: ¿Quién soy? ¿Qué quiero? ¿Qué soy capaz de hacer? La primera pregunta ciertamente es la más profunda, representa una pregunta existencial que en el curso de la existencia emergerá de nuevo, con nuevas dimensiones. Más ligadas a la situación contingente son en cambio las preguntas: “¿Qué puedo hacer?” y “¿Qué quiero?”, que necesitan una respuesta. Hubo toda una serie de tentativas de subdividir en grupos o definir en sentido tipológico a las personas, considerando la inclinación común. Jung, por ejemplo, obra una distinción entre actitud extrovertida e introvertida, cada una de las cuales tiene en su interior cuatro variantes: el tipo extrovertido reflexivo, el tipo orientado hacia lo “sensible”, el tipo orientado hacia los sentimientos y el tipo intuitivo. En total nos encontramos frente a ocho tipologías que constituyen un tipo de compás, a través del cual somos capaces de orientarnos en el interior de la estructura de la psique. Además existen tentativas de subdividir tipológicamente la inclinación hacia las diferentes profesiones. Hollander, sobre la base de una vasta cantidad de material, diferencia seis tipologías de personas: el tipo intelectual, el tipo activo, el tipo realista, el tipo social, el tipo convencional y el tipo artístico. Esta subdivisión se basa en la interpretación estadística de la inclinación psíquica hacia determinadas profesiones. Basándome en mi experiencia personal, madurada en el curso de 40 años de coloquios realizados con jóvenes, he llegado a obrar una subdivisión en seis tipos, cada uno de los cuales presenta dos variantes: el tipo investigador, el reflexivo, el organizador, el

asistencial, el reformador, y finalmente el calculador o administrador. Cada una de estas seis tipologías presentan a su vez dos variantes, la creativa y la no creativa; en el ámbito de la variante creativa, de la actitud fundamental se emana una fuerza creativa, mientras en el ámbito de la no creativa dicha fuerza queda como simple inclinación. He denominado éste seis tipos “actitudes fundamentales.”

A diferencia de Hollander, el cual ha desarrollado sus tres tipos sobre la base de oficios realmente existentes, con la expresión “actitudes fundamentales” querría expresar cómo estas diferentes posibilidades constituyen, por así decir, una tonalidad dentro de la cual se introduce la composición de la biografía. Así como la tonalidad de un fragmento musical no expresa mucho en relación al contenido, al tiempo o al arreglo, sino que refleja plenamente “la entonación” que la composición reproducirá, del mismo modo la actitud fundamental no expresa nada acerca del contenido del drama representado por la vida, o bien el tiempo o al arreglo consiguiente de la instrucción o de las capacidades poco a poco adquirida, sino que ella representa, para la vida misma, una peculiaridad bien precisa: *la actitud fundamental es expresión de la naturaleza real de la psique misma.*

Nuestra psique media, por un lado, los leitmotiv consiguientes del mundo espiritual y, por el otro, los impulsos y los deseos procedentes del ambiente biológico. Sin embargo también el alma posee su propia estructura reconocible y observable en el interior de la actitud fundamental. Una persona con una actitud fundamental investigadora siempre tendrá este impulso hacia la investigación, ya sea estudiante de ciencias naturales o ciencias morales, ama de casa o jardinero.

La musicalidad puede ser hereditaria, el temperamento elabora esta inclinación de modo que ella resulte activa o pasiva, mientras la actitud fundamental le otorga una cualidad específica, si bien solamente el yo decide si la música, en esta vida individual, deba devenir un leitmotiv o bien permanezca como un agradable fenómeno secundario. Sólo en el primer caso puede surgir un músico. Las inclinaciones hereditarias y el carácter son indudablemente experimentados en la psique de la persona como posibilidades, como características a las que ella puede acceder, que puede desarrollar o bien no. En el ámbito de la propia experiencia psico-espiritual difícilmente se puede tomar distancia de la propia actitud fundamental; comúnmente esto sucede durante la vejez, cuando se mira hacia atrás en la propia vida. Durante la adolescencia, cuando el leitmotiv individual no se ha mostrada aún claramente, a menudo es la actitud

fundamental la que toma su puesto y se convierte por lo tanto en el criterio en base al cual se realiza la elección del estudio o del trabajo.

En toda profesión es posible la manifestación de cada actitud fundamental. Un médico puede, en su trabajo, realizar tendencias de investigación, reflexivas, organizativas, asistenciales, reformadoras o administrativas. En cuál de estos aspectos se sienta él principalmente cómodo y en qué ámbito se desenvuelva él principalmente depende completamente de su estructura psíquica, es decir de su actitud fundamental. Una vez consciente de su leimotiv individual él podrá desplazar su atención hacia otra modalidad, diferente de su actitud fundamental y por lo tanto desarrollarla. Las cosas resultan en este caso menos automáticas, pero justo por eso también mucho más conscientes.

Las actitudes fundamentales presentan una influencia mucho más pesada durante la primera mitad de la vida respecto a la segunda, que tiene su inicio hacia los cuarenta años. Como tentativa demostrativa, tú actitud fundamental constituye la modalidad, el tinte o la tonalidad de la psique, e influenciará por lo tanto sobre todo la fase intermedia de la vida. Durante la adolescencia la actitud fundamental determina la elección cultural del estudio o el trabajo. Una elección que vaya en dirección contrario respecto a la actitud fundamental llevará a un comportamiento incoherente y a sentimientos de insuficiencia. Según mi parecer, ésta es una de las causas principales de los resultados particularmente escasos que se obtienen durante los cursos de estudios universitarios, cada vez más preprogramados y cada vez menos capaces de brindar la oportunidad de localizar un propio estilo de aprendizaje.

Utilizo aquí la expresión “actitud fundamental dominante” que necesita una aclaración más precisa. Las seis o siete actitudes fundamentales están presentes en todas las personas, pero las dominantes siempre son una o bien pocas, determinando la primera mitad de la vida, hasta la fase expansiva incluida. En este sentido, las personas que presentan solamente una actitud fundamental dominante no tienen ningún tipo de problema. El adolescente, en este caso, tendrá la sensación de dar precedencia a una determinada condición de vida. Pero Hollander recuerda que muchas personas muestran a menudo más de una sola actitud fundamental posible, y para estas personas la elección resulta ser menos simple. Ellas tienden a dar la precedencia ahora a este y ahora a aquel determinado aspecto interior, por lo que la elección de la propia profesión resulta ser, para estas personas, particularmente difícil, así como se revela dificultosa una consultoría productiva por parte de un experto del trabajo.

Según mi parecer, Rogers, en referencia a la relación con el método del coloquio no directivo, ha indicado un modo para ayudar a los jóvenes a tomar su decisión definitiva, plenamente conscientes del hecho de que también otra elección habría podido ser igualmente válida, y que ella, quizás en el futuro y en el caso de que se presenten determinadas condiciones favorables, podría jugar un papel importante o convertirse en una ocupación secundaria junto al propio trabajo. Una actitud fundamental clara, al comienzo facilita indudablemente la elección, pero después se puede revelar como una limitación para posibilidades posteriores. En esta sede sólo puedo ocuparme del problema de las diferentes actitudes fundamentales de modo superficial; sin embargo no es posible considerar solamente ocho factores que influyen tan pesadamente el curso de la vida, por lo que el problema debería afrontarse más ampliamente en una publicación posterior. Aquí sólo querría caracterizar brevemente las diferentes actitudes fundamentales e indicar cuáles se confirman recíprocamente o bien cuáles, en cambio, se contraponen.

El *tipo investigador* siempre advierte el impulso para indagar el funcionamiento del mundo que está a su alrededor y para explicar las relaciones entre los fenómenos. Ciertamente no es importante la dirección hacia la que dirige su espíritu de investigación; los campos podrían ser de lo más diversos, desde la lengua a la materia, desde la cooperación a los métodos de abonado. Por lo tanto hay personas que, por ejemplo, dedican enteramente su vida al estudio de la lombriz, y saben todo lo que humanamente es posible saber sobre estos animales. Hay luego investigadores que se especializan sobre un tema particular ya sea un problema químico o la mandíbula del coleóptero, corriendo el peligro de limitar toda su vida a la materia estudiada y por lo tanto vivirla con anteojeras. Quien tiene que dirigir un instituto de investigación sabe bien lo difícil que es invitar a los científicos a la cooperación: el investigador creativo tiende a proceder por un camino individual, el no creativo en cambio propende para el trabajo de rutina, aunque esté dispuesto, en determinadas circunstancias, a recibir contribuciones de otros.

El *tipo reflexivo* tiende a ordenar el mundo de sus ideas en sistemas y teorías y a verlo como parte de complejas relaciones. Prescindiendo de los filósofos, los cuales han erigido el pensamiento como tema central de su vida, en todo científico, junto al investigador, es posible encontrar al pensador. Los investigadores en gran parte son pobres pensadores, que no se sienten atraídos por preguntas existenciales y sólo raramente aceptan ver su conocimiento parcial en el ámbito de un más amplio sistema

de relaciones cognoscitivo-teóricas. En relación al innatismo, a menudo he hecho referencia a las peligrosas simplificaciones que han llegado a realizar grandes investigadores, en el ámbito de su reflexión en el campo de la bioquímica y respecto al futuro del género humano. Por otra parte pensadores tan obtusos tienen mucha dificultad para ligarse a cuestiones concretas y humanas. El tipo reflexivo ya se manifiesta como tal en la primera juventud; en la escuela a menudo tiene notables dificultades en cuanto que localiza incongruencias por todos los lados y hace preguntas bastante impertinentes. Él considera los exámenes como elección múltiple, comunes actualmente en muchas naciones, como una verdadera ofensa a su inteligencia. A menudo es superado, en cuanto, a diferencia de sus mediocres compañeros, resulta ser menos capaz de identificarse en el esquema mental de los examinadores y en su filosofía “one best way.” Benn Hoffmann, en su libro “The Tyranny of Testing”, ha descrito muy bien el problema, valiéndose de un típico humor inglés.

Resulta bastante simple describir el *tipo organizador*. Para él el mundo está allá, listo para ser asido, ordenado y dominado. También esta tipología se manifiesta muy precozmente en la primera juventud y sus exponentes pueden ser localizados en las escuelas y en los círculos para niños y jóvenes. El comienzo del decenio de la edad que va de los treinta a los cuarenta años ha sido caracterizado por mí como la fase organizativa de la vida y por lo tanto es en este punto cuando la vida del tipo organizador alcanza su clímax.

Estas personas que corren el peligro de no ser capaces de separarse de la necesidad de organizarlo todo, a menudo son incapaces de dar espacio en su vida a otros valores más allá de su funcionamiento práctico. El tipo organizador es activo hasta la agresividad y, consciente o inconscientemente, desea conseguir el poder sobre cosas y personas. En la sociedad industrial actual este grupo está representado por los manager de éxito y en general por los hombres de carrera. En el caso de que esta actitud fundamental (como afortunadamente sucede a menudo) fuera mitigada por otra actitud fundamental, también el carácter resultaría como consecuencia atenuado y el espíritu organizativo podría dirigirse hacia la investigación, el pensamiento, el cuidado de los demás, la renovación o la administración.

El tipo asistencial experimenta el impulso irrefrenable de nutrir, cuidar y crecer la vida. Tal actitud constituye el fundamento para el trabajo de educación y de formación y para las profesiones asistenciales, jugando un papel importante en la agricultura, en la jardinería y en la cría de animales. En el campo de lo social, este tipo, sin tenerse que

exponer en primera persona, crea un ambiente dentro del cual otros pueden desarrollarse. Si no existiera la actitud asistencial, no existirían ni comodidad ni seguridad. Es particularmente importante el hecho de que, bajo la influencia de una actitud asistencial, los niños pueden crecer, a pesar del hecho de que una madre excesivamente activa, que siempre tiene todo organizado precedentemente, determine en los hijos adolescentes una sensación de amenaza o bien el sentimiento de no ser capaces de satisfacer determinadas exigencias.

La actitud fundamental reformadora puede manifestarse en muchas variantes, implicando en todo caso siempre la voluntad de modificar y mejorar la situación presente. Tal actitud se puede encontrar bajo una multitud de formas: desde el terapeuta que quiere curar al enfermo hasta llegar al revolucionario listo para destruir la sociedad existente para crear una mejor desde la nada. Esta caracterización sumaria nos indica ya cómo la actitud reformadora pueda presentar muchos aspectos.

Todos los grandes innovadores en el campo de la educación, de la ciencia, de la religión y de la sociedad presentaron esta tendencia fundamental. A menudo ellos han dado la vida por su profunda convicción interior; son - citando una expresión de Neumann - «los heréticos de la voz interior». Se les podrá incluso perseguir, pero ellos no renunciarán nunca a su impulso reformador. Al elegir la profesión a menudo son orientados hacia nuevos horizontes profesionales que no existen aún y que ellos tienen que crear personalmente. Ser los primeros en una nueva profesión o en una nueva forma de profesión: esto les da la libertad que necesitan en la vida. En casos menos extremos estas personas se presentan como anticonformistas. Dentro de la medicina es posible distinguir al investigador interesado científicamente, y al médico dirigido principalmente hacia la terapia. Este últimos se encuentran a menudo entre los médicos prácticos y los médicos de cabecera chapados a la antigua; ellos consideran a la persona enferma como algo insoportable e intentan por lo tanto ayudar por todos los medios al paciente individual.

La actitud fundamental calculadora o administradora quiere agarrar el presente, registrarlo, controlarlo y, si es posible, ordenarlo en un sistema de valores. A menudo es posible hallar esta actitud fundamental en los contables, en los bibliotecarios y en quien desarrolla profesiones similares, pero también en los periodistas y diplomáticos. Un buen periodista, por ejemplo, reporta la información lo más objetivamente y sistemáticamente posible, el diplomático representa a su gobierno, sin propugnar opiniones personales. Pero querría evidenciar que no tengo para nada la intención de

representar negativamente esta actitud. En efecto creo que todo desarrollo o progreso posaría sobre un terreno móvil si el presente no fuera mantenido y cuidado. Un pasado fruto de decisiones sistemáticas constituye la base para el presente y el punto de partida para el futuro.

Raramente es posible localizar la *actitud fundamental creativa* en su forma pura y ante todo quizás en un artista. La actitud creativa sustenta a las otras seis, las lleva a la luz y las traduce en realidad. El pensador creativo, el organizador creativo, el tipo asistencial creativo, el reformador creativo y el administrador creativo portan como dote a las diferentes actitudes fundamentales su motivación individual y hacen de ello algo completamente personal. Sólo de este modo será posible crear, partiendo de la biografía individual, una vida verdaderamente “formada” como tal, cuando en otros casos habría quedado al criterio de un destino pasivamente soportado. *La manifestación de la creatividad testimonia la presencia del alma en la psique.*

Las actitudes constituyen un elemento peculiar de la estructura psíquica; el Yo resulta dependiente de ello del mismo modo en que un músico depende de la cualidad de su instrumento. Es pues necesario valerse de ellos y ser capaces de utilizarlos. La actitud psíquica corresponde a la constitución corpórea de una persona. El Yo debe contar también con la constitución como si fuera de un determinado tamaño - en definitiva el ser humano está constituido por cuerpo, psique y alma. La libertad del individuo resulta de este modo ciertamente limitada, pero él es en todo caso libre en la elección de la actitud a asumir frente a dichas condiciones. En otras palabras: el Yo tiene la total libertad de asumir el mejor punto de vista en relación a su constitución y a su actitud, y puede decidir autónomamente de qué modo pone ambos al servicio del mundo objetivo.

Adler ya hizo saber que las imperfecciones físicas puedan ser compensadas y esto vale también para las actitudes psíquicas fundamentales. Dicha posibilidad se expresa en la actitud hacia la vida y el mundo, donde el Yo puede realizar la propia elección y, a continuación, permitir el desarrollo de una actitud en el momento presente sólo a nivel potencial.

También quien ha recibido una educación impregnada de cierto credo religioso y una visión determinada del mundo deberá, si tiene la intención de mantener tales preceptos, hacerlos propios y realizarlos autónomamente, puesto que el simple “certificado de seguidor” de una religión o de una visión del mundo no es de ninguna utilidad.

Además es posible llegar a renunciar al credo y a la visión del mundo dentro de la que se ha crecido y, de adultos, decidir abrazar nuevas ideologías. Que eso represente una decisión existencial para el Yo se vuelve claro en el momento en el que la persona llega a realizar este paso a pesar de que se muestre peligroso para su propia vida, a causa de motivos culturales y políticos. Y de nuevo estamos frente al testimonio de cómo las personas están realmente dispuestas a renunciar a la propia vida antes que a renegar su propia alma.

V. Perspectivas de carrera y política de personal

Las expectativas que los jóvenes ponen en su trabajo y en sus perspectivas laborales resultan ser muy diferentes. Los jóvenes trabajadores, estén instruidos o no, siempre han tenido que elegir muy pronto entre emprender un trabajo o seguir la vía de la instrucción. Un chico o una chica de dieciséis años en los escalones más bajos de la jerarquía laboral, sólo más tarde se hacen conscientes de cómo será su futuro laboral, de lo lábiles y fugaces que sean las esperanzas. Pero en el ínterin las cosas han cambiado. La fuerza obrera juvenil ha fundado una representación muy activa en defensa de los propios intereses. Las escuelas profesionales de los Años '50, que a menudo tenían la buena intención (pero raramente demostrada) de cambiar las relaciones, sufrieron en el curso de los años una transformación positiva y, aunque de modo titubeante, son dadas a crear el contacto con la siguiente formación específica y esto ya en el ámbito del aprendizaje. No tengo la intención ahora de profundizar en la inútil batalla entre los dos conceptos de formación. La "clase participativa"⁸, como ha propuesto la Comisión Lievegoed para los Países Bajos, concepto acogido por el gobierno holandés, constituye una combinación positiva de ambas sendas de desarrollo.

En la relación de la Comisión se lee que cada uno tiene el derecho a la formación y al perfeccionamiento hasta el decimoctavo año de edad, que esta formación debe corresponder a las exigencias, a la estructura de la personalidad y a las expectativas para el futuro verificables en gran parte de la juventud. La realización de dicho proyecto, llevado a cabo recientemente, exige el recorrido de un camino difícil. Mientras tanto es necesario solucionar algunas cuestiones intermedias, para acumular las experiencias didáctico-pedagógicas útiles para el nuevo curso de estudio. Un modelo representativo

⁸ Perfeccionamiento para los jóvenes desde los 16 hasta los 18 años, en cuyo ámbito se asiste a una alternancia entre actividad escolar y actividad laboral.

está constituido por la escuela Hibernia de Wanne-Eikel, la cual ha influenciado de manera decisiva el concepto de escuela colectiva (*Gesamtschule*): en una escuela Waldorf (steineriana en Italia) de 12 clases se han agregado diferentes cursos de artesanía, en donde todos los estudiantes participan. De este modo queda abierta hasta el final la posibilidad de que los estudiantes puedan elegir entre una formación superior que prevea una actividad en el campo artesanal en calidad de aprendiz y una instrucción superior que termina con un diploma que permita el acceso a la universidad. Los experimentos en curso en el ámbito de EGB en los Países Bajos, la denominada *Mittelschule*, deberán demostrar la utilidad para el futuro de dicha forma escolar.

Aunque actualmente los jóvenes, gracias a un gradual alargamiento de la escuela obligatoria, entren más tarde a formar parte del mundo productivo y de trabajo de los adultos, su futuro resulta ya más o menos claro según su condición de partida, a menos de que no tengan la posibilidad de participar en una forma de “educación permanente”, con un estudio que acompañe la vida. Después de cierto período en el que ellos perciben el sueldo mínimo como jóvenes, entrarán a formar parte de la faja de pago reservada a los adultos, lo cual ya no les ofrecerá ninguna perspectiva, puesto que el límite más alto será alcanzado bien pronto. Una “carrera”, es decir un adelanto posterior, solo será posible en caso de que se especialice, o bien se convierta en empleado en puestos administrativos y directivos inferiores. Pero en ambos sectores los puestos son poquísimos. En el curso del capítulo mostraré con un ejemplo qué puede hacerse por parte de la emprendedora. Las cosas son bien diferentes para aquellos jóvenes que tienen la posibilidad de llevar a cabo una formación escolar posterior. La denominada “*Realschule*” (surgida de la escuela superior) y el bachillerato representan al mismo tiempo el punto de llegada de dicha formación y la posibilidad de partida para una instrucción de molde principalmente científico.

Ahora nos encontramos frente a un problema particular: el movimiento de la enseñanza individual puede y *debe* prever, en las últimas clases de la escuela superior en los Países Bajos, la elección individual de combinaciones de materias. Dicha elección, de la que dependen más tarde las posibilidades en el ámbito del estudio universitario, se realiza en medio de la pubertad, o bien en el paso entre la pubertad y el principio de la adolescencia. En este momento de su vida el alumno no es capaz de realizar por sí solo una verdadera elección y la llamada elección depende mayormente de los votos en determinadas materias que él encuentra en ese momento. La unión social de las clases comenzará enseguida y cada uno, de un curso al otro, irá por su camino.

Quien tiene la oportunidad de hablar a menudo con los jóvenes que se encuentran en esta situación notará que también aquí, como en cualquier lugar, la educación social es sacrificada en nombre de la instrucción intelectual. Mucho más serio es el hecho de que a menudo los jóvenes tienen la sensación de estar limitados en las oportunidades como consecuencia de la elección de su proceder. Exactamente en el momento en el que el mundo se abre a ellos, parece sin embargo que muchas puertas están destinadas a permanecer cerradas para ellos. Ellos pueden realizar exámenes de reparación en algunas materias, pero ésta es una solución de emergencia que lleva a bien poco. El adolescente debería tener la posibilidad de informarse de modo exhaustivo sobre las estructuras sociales, el cuadro profesional, las posibilidades de formación y los problemas filosófico-teóricos; éste es un punto central, puesto que el camino formativo que se propone al joven desembocará luego en una profesión que para la mayoría solo se ve a grandes líneas. Es necesaria por tanto urgentemente una consultoría profesional.

El joven que a los *veinte años* encuentra un empleo en una fábrica, en un despacho o en el ámbito del terciario tiene aún delante de sí el tiempo para una búsqueda, a menudo realizada “a ciegas”, del propio empleo para la vida. En cierto modo debería poder encontrar las condiciones del período de aprendizaje o hacerse por sí mismo. Dejar un puesto de trabajo cuando ya no es posible aprender nada debería ser una cosa completamente normal. La mayor parte de los jóvenes tiene sin embargo un trabajo monótono, que se aprende de prisa y que ya no ofrece nada nuevo, a menos que el empresario no tenga el juicio de interesarse por las diferentes situaciones. Entre los veinte y los treinta años deberían conocerse el mayor número posible de situaciones laborales - y aprender a encontrarse con los diferentes retos. Hacia los 28 años esta fase llega a su fin y se ha acumulado suficiente experiencia para poder valorar las perspectivas en el ámbito laboral elegido.

Para el estudiante universitario el período de dependencia típico de la fase juvenil es prolongado forzosamente a causa del período de estudio a su vez más largo. El hecho de que estos jóvenes solo puedan asumir más tarde posiciones de responsabilidad, con todos sus correspondientes desafíos, esperanzas y miedos, significa una pérdida insustituible. Más tarde ya no será posible recobrar toda la intensidad del “júbilo solemne -desesperación mortal” de esta fase.

Durante la tardo Edad Media, los jóvenes eran cedidos a un maestro para su aprendizaje ya en la adolescencia; el chico vivía en su casa, acogido por su familia. De este modo el joven podía aprender sin acogerse a un estilo de vida y una ética

profesional. A los veinte años comenzaban para el aprendiz los años durante los cuales se iba por el interior de la nación a la búsqueda de diferentes maestros de los cuáles el quería aprender determinadas cosas. Hacia los 35 años podía examinarse de maestro y establecerse. Sólo quien estaba casado podía acoger a aprendices, puesto que el aprendiz experimentaba en la familia del maestro. En este sistema se encontraba aún frente a una comprensión instintiva de los elementos esenciales de las diferentes fases de la vida. Hoy, cada uno tiene que planear su propia carrera profesional sobre la base de la propia concepción y experiencia personales, y una buena política de personal debería ser capaz de dotar un contexto favorable. En todo caso, en esta fase, hacer siempre el mismo trabajo durante diez años representa la peor solución.

La década que va de los *treinta a los cuarenta años* representa el período de los esfuerzos, de la organización, de la continuidad y de la perseverancia a lo largo de la dirección embocada al pasado. Ahora es necesario demostrar que se es capaz de sustentarse uno mismo. Los éxitos y los fracasos, en esta fase, pueden ser evaluados fríamente. Nunca como ahora se ha dispuesto a combatir por las propias convicciones y por alcanzar resultados; se está por lo tanto, de manera cada vez mayor, más seguro de la propia línea y ahora se ve claramente qué es lo que está fuera del propio alcance y qué es lo que no se debería tratar de alcanzar. El ápice de la propia potencialidad laboral, considerado desde el punto de vista cuantitativo, se alcanza de los 36 a los 40 años. Ahora el individuo conoce su profesión, y sabe bien cuánto vale y a dónde quiere llegar.

Los *cuarenta años*. Ya he hablado del modo en que esta seguridad, al acercarse y superarse el límite de los cuarenta años, llega a agrietarse. Se comienza a preguntar si la continuación del camino embocado se pagará al fin y se empieza a tener miedo frente a la disminución de la propia potencialidad; de ambos componentes nace luego la exigencia de nuevos valores. Éste es el momento justo para emprender un curso de actualización o un seminario fuera del ambiente empresarial, de modo que se haga posible el encuentro con otras personas que también tienen el mismo tipo de problemas en otros campos, para la comparación con nuevos métodos de trabajo, pero sobre todo con nuevos valores e ideas. En resumen: ahora es necesario ampliar urgentemente el horizonte, dentro del cual se perfilan objetivos que antes quedaron escondidos, y acerca de los cuales el individuo tiene que efectuar un inventario y una corrección del propio curso. Las preguntas a las que ahora es necesario responder son: ¿Qué quiero? ¿Estoy

desarrollando la profesión justa? ¿Debo encontrar otro empleo? ¿Debo modificarme de algún modo? ¿Qué otra cosa debería hacer?.

El logro final del propio objetivo y la realización de lo que se propuso realizar en la vida depende de las respuestas a dichas preguntas. Estos años constituyen una suerte de prueba de fuego. ¿Puedo alcanzar una posición directiva? Y dicha posición ¿puede alcanzarse en el ámbito de mi actual ocupación o debería emprender quizás algo totalmente nuevo? Se perfila un efecto vigorizante si hacia finales de los cuarenta años se llega a desarrollar una nueva tarea dentro de la actual ocupación o bien en otra totalmente nueva. Este rejuvenecimiento se irradia también al plano físico y el individuo afronta los cincuenta años con una nueva vitalidad. Sin dicho impulso la manifestación de la edad es evidente, como la aparición de la hipertensión, el envejecimiento precoz y la decadencia exterior.

Los *cincuenta años* se vuelven por lo tanto un período durante el cuál el sujeto puede convertirse en un “eminent líder”, una personalidad de gran calibre, o bien en un “tirano frustrado.” Se podrá echar la culpa de esto a la vida, al trabajo o a la familia pero la dificultad es responsabilidad de uno mismo. Se ha trabajado duramente durante décadas para llegar a esto y es una consecuencia directa de una determinada elección de vida.

Pero no todo está perdido. Quien descubre en sí los síntomas de la frustración y halla la tendencia a exteriorizarla tiranizando el propio ambiente puede aún recobrar el desarrollo que habría tenido que realizar durante los cuarenta años. En mi experiencia he hallado casos heroicos. Sin embargo casi siempre es necesario un impulso desde el exterior, a veces incluso un cambio impuesto por el individuo en su profesión, pero sé que a veces el cambio puede ser producido sencillamente por un coloquio terapéutico, dirigido al desarrollo de las potencialidades del sujeto.

Los grandes líderes crean en su entorno otra figuras similares a ellos, y esto vale para todos los campos, desde el jefe de sección hasta el director; pero desafortunadamente también los tiranos frustrados darán origen a otros tiranos frustrados. He aquí pues que nunca debería dejar de intentarse que el individuo progrese en su desarrollo personal. La expresión americana “keep the man on the move” (mantén el hombre en movimiento) vale sobre todo en la edad de los cuarenta años y en el paso de los cuarenta a los cincuenta.

Una válida ayuda, capaz de reponer en movimiento el proceso de desarrollo, es la ejercitación de la confirmación positiva. Para realizar esto existe un método simple. Basta con tomar un bloc normal para notas y escribir cada noche un acontecimiento

positivo ocurrido durante el día. Podrían ser cosas muy simples como por ejemplo: cuando esta mañana temprano he salido el sol resplandecía sobre el castaño de la esquina, o bien: cuando esta mañana me he sentado en mi sitio, una persona me ha mirado alegre. Realizando este ejercicio durante algunos meses, se dará cuenta de cuántas cosas positivas se pueden vivir cada día.

Una segunda posibilidad es el ejercicio de la imperturbabilidad. ¡A menudo debería preguntarse “¡Qué debería hacer!” Además también se debería anotar cuantas veces no se ha enfadado, a pesar de que hubiera todo tipo de motivos para hacerlo.

La tercera posibilidad sería interesarse realmente en el desarrollo de colaboradores más jóvenes. Constatad, por ejemplo, lo que Miller era capaz de hacer hace un año y lo que ha aprendido mientras tanto. Además podríais ofrecer algún elogio, dar un consejo paternal o bien ayudar a los más jóvenes en la superación de sus dificultades de desarrollo.

¡Y después llegan los *setenta años*! ¡No os retiréis demasiado tarde de la actividad! Se debería poder contar con un horario de trabajo más breve o bien de una oportuna jubilación y preparar nuevas tareas. En esto es esencial obtener justicia de lo que se ha aprendido en el curso de la propia vida. Al alcanzarse la edad de la jubilación se debería ocupar por lo tanto de algo nuevo y creativo: pintar o construir un barco, emprender un estudio o bien conocer intensivamente una nación con su cultura, su arte, su lengua y su pueblo. ¡No tiene importancia el qué, sino que se debería hacer *algo nuevo*! Además hay tareas sociales generales a las que ahora se puede dedicar sin prisa. Preocuparos de permanecer frescos espiritualmente, positivos y llenos de interés por lo que ocurre alrededor y tratad de ser una bendición para los otros. Cuando esto es posible se pueden recoger durante los últimos años los frutos de la propia vida.

Política de personal

A una sana política de personal pertenecen la administración, el interés por los colaboradores, las relaciones interpersonales y, como núcleo central, el progreso de los colaboradores. Y finalmente nos concierne.

Quien asume a chicos por debajo de los veinte años sabe que de este modo lleva dentro de la empresa un grupo que será difícil de integrar desde el punto de vista organizativo. Esto se vuelve particularmente difícil cuando ellos deben ausentarse durante dos días enteros para frecuentar la escuela profesional o los cursos de formación y solamente con grandes esfuerzos el trabajo podrá ir adelante con continuidad.

Naturalmente, en teoría, es posible organizar todo, pero para algunos trabajos, que exigen cierto grado de especialización, podría haber dificultades. El reverso de la moneda en la fase de transición hacia la obligatoriedad escolar parcial es también el alto paro juvenil. La comisión que ha preparado el proyecto de la obligación escolar parcial para los Países Bajos era perfectamente consciente del problema y ha propuesto por lo tanto introducir gradualmente esta obligación escolar más a largo y sólo en centros experimentales, para luego extender la cosa a toda la nación en el curso de los próximos 5-10 años.

Desde un punto de vista político el cambio debía realizarse enseguida y de manera completa, pero ni la escuela, ni la economía se presentaban preparadas para ello. Los parados más jóvenes recogen ahora los frutos de la imprudencia política. Este paro juvenil no puede, en una fase de transición con una coyuntura desfavorable – que presenta también, por naturaleza, altos valores de paro dentro de la fuerza laboral femenina – ser resuelto mediante medidas llevadas a cabo por una empresa particular.

Las cosas son bien diferentes para los jóvenes por encima de los veinte años, los cuales deben ser contados dentro de la población permanentemente laboral. Para este grupo es posible crear un sistema funcional de consultoría para la carrera. El IPPB (Instituto Pedagógico de los Países Bajos) ha desarrollado un sistema parecido para grupos de jóvenes trabajadores instruidos, aceptados en una gran empresa. Se ha llevado a cabo un diálogo personal con los trabajadores más jóvenes (los cuales ya habían realizado en gran medida el servicio militar), poniéndoles frente a la elección de si continuar realizando el propio trabajo percibiendo un buen sueldo pero sin posibilidad de ascenso profesional, o bien someterse a una serie de estadios distintos de especialización. Dicha diferenciación era concebida de modo que, en su momento, durante un año y medio el joven tomara confianza con las diferentes tareas de su empresa. Cada uno tenía su carpeta personal en la cuál anotaba el grado de adquisición de la práctica necesaria y cómo se desarrollaban sus capacidades sociales. Hacia los veinticuatro años el joven era sometido de nuevo a un diálogo, y de nuevo se le presentaba la elección de permanecer en los ámbitos de trabajo ya conocido o bien continuar la propia formación en ulteriores campos de especialización. A la vuelta de seis meses se le introducía en las condiciones y en los presupuestos de diferentes ramos. Por ejemplo se le mostraba también el trabajo administrativo en los almacenes y en el departamento de planificación. Durante un tercer diálogo se aclaraba si el chico quería seguir ocupando un papel en uno de los diferentes ramos o bien quería ascender hasta

posiciones de dirección en la administración y en la gerencia. En el segundo caso era necesaria aún otra práctica, de modo que conociera por experiencia directa todas las tareas que después serían de competencia de la figura directiva que se iba a revestir. Los chicos por lo tanto eran empleados como responsables de sub-secciones, hasta que no se libraba un puesto de jefe de sección. Este sistema funcionó bien, sólo que a veces eran necesarios tantos responsables de sub-secciones que todos los aprendices tenían que ser empleados antes de haber completado todos los estadios. Pero dicha situación depende de la coyuntura del momento, que si hubiera sido diferente probablemente hubiera dado resultados diferentes.

Para los jóvenes trabajadores la cosa era clara: si quiero, puedo progresar en la carrera; si no quiero, la responsabilidad será sólo mía. Además, espontáneamente, se llegaba a crear dentro un grupo una división entre trabajadores con un sobresaliente interés hacia los aspectos técnicos (los futuros obreros especializados) y los que estaban más interesados en lo social (el futuro jefe de sección). El “juicio”, que acompañaba a los interesados durante los ocho años que duraba la formación, y que podía verse en todo momento, creaba además un efecto feed-back sobre el rendimiento.

Al tratar esta fase ya he subrayado la importancia de una confirmación de este tipo a los veinte años, puesto que a esa edad la conciencia del propio valor, dentro del juicio, todavía se orienta a través del mundo externo. El mismo sistema puede ser empleado, *mutatis mutandis*, naturalmente también para profesiones del campo administrativo.

Para las pequeñas empresas, que contratan a jóvenes trabajadores de una determinada categoría solamente de vez en cuando, el sistema puede servir de ejemplo, para poder hacer el mayor número de experiencias posibles. En las pequeñas empresas las diferentes funciones nunca son tan uniformes y formalizadas como en las grandes industrias, por lo que el “período de aprendizaje” resulta mucho más personal e informal. Por lo tanto los jóvenes pueden ser asignados a un trabajador más veterano que tendrá la tarea de presentar todos los aspectos de la cuestión.

Al objeto de asegurar las posibilidades de desarrollo en el tiempo, el departamento propuesto para la gestión del personal debe, junto a una comisión de obreros, establecer los presupuestos profesionales para los diferentes empleos ya existentes y la duración de la formación y la práctica para el logro de determinadas funciones. Naturalmente es necesario orientarse hacia la exigencia cuantitativa de puestos de trabajo de la empresa. Sólo de este modo, tanto la gestión del personal como los mismos trabajadores podrán tener una visión consolidada de las condiciones formativas para los empleados

disponibles y valorar qué posibilidades reales hay para puestos en los diferentes niveles. De este modo cada uno podrá sacar las propias conclusiones y proyectar los planos correspondientes. Desde hace algunos años domina la opinión de que todo debe ser posible: todos deben poder frecuentar una escuela superior, todos deben poder ir a la universidad y todos deben poder obtener el puesto de trabajo que ambicionan. Las consecuencias de esta conducta ilusoria se ven ahora: la cosa ha sido completamente confundida. Se tendrá que comprender que para cada uno el tiempo y la cultura son componentes decisivos de la biografía. Cada tiempo y cada cultura tiene sus aspectos positivos y negativos, ofreciendo a las personas sólo posibilidades limitadas. Es necesario aprender a tratar con tales limitaciones y con tales confines.

Para los que entraron más tarde en el proceso de trabajo, en cuanto salidos de una especialización superior o de un estudio universitario, la fase de la construcción de la experiencia se presentará de manera muy diferente, en condiciones diferentes y en posiciones diferentes. Si una empresa debe contratar anualmente cierto número de chicos de veintitrés años a punto de terminar la escuela superior técnica o escuela superior en todo caso especializada, entonces los nuevos podrán ser conducidos de nuevo dentro de los diferentes departamentos. Deberán permanecer bastante tiempo, de modo que no se queden atascados en un tipo de “sightseeing” (“gira turística”). Dos años en este caso parecen un buen lapso de tiempo, el cuál debe ser subdividido en un período de verdadero aprendizaje y en un período de trabajo consciente.

Hacia los treinta años se encuentra aún ante la decisión de cambiar de departamento y emprender una formación especializada o bien enfocar la carrera a la dirección y trabajar como adjunto del jefe de sección. Al elegir la primera dirección se orienta principalmente al ámbito técnico y científico, eligiendo la segunda se acaba en cambio trabajando en el campo organizativo o en la gestión de recursos humanos.

De este modo la empresa puede contar con un contingente suficientemente amplio de fundados colaboradores de unos treinta y cinco años, cada uno de los cuales ha embocado su carrera individual, encontrando por lo tanto su camino. Puede ser que una determinada carrera no pueda realizarse en una determinada empresa, lo que obligará al interesado a desplazarse a otra empresa donde dicha aspiración pueda realizarse, resultando positivo tanto para el interés del trabajador como de la empresa. Este es un típico caso en el que los intereses de la empresa y los del empleado coinciden.

Los trabajadores insatisfechos no constituyen provecho alguno para las empresas y un puesto de trabajo en abierta contraposición con el propio desarrollo biográfico no

favorece a nadie. De aquí nace la necesidad de una mayor movilidad de la fuerza de trabajo, cosa no muy usual hasta hace poco en Europa. Quien, por ejemplo, hace diez años se proponía para un puesto de trabajo a los treinta y cinco, al mostrar en su propio currículum vitae haber realizado ya cuatro empleos diferentes en otras tantas empresas, no era considerado ciertamente un trabajador digno de confianza. En América en cambio, lo mismo valía para un trabajador que, al proponerse para un puesto de trabajo con la misma edad, mostraba haber cubierto hasta entonces un solo puesto de trabajo, demostrando por lo tanto tener poca iniciativa y ambición. En general pues debería partirse una lanza a favor de una mayor movilidad laboral.

Cuando un niño nace, todos sabemos que no vivirá para siempre; un día tendrá que morir y dejará el puesto a otro. Las organizaciones, en cambio, es como si debieran gozar de una estabilidad permanente, debieran poder nacer con toda facilidad y nunca fracasar por ningún motivo. Sería una gran vergüenza.

Pero, al igual que otras formas de vida, también las organizaciones formadas por personas tienen una vida individual. Quien quiera mantenerlas en vida artificialmente las hace semejantes a fósiles de estructuras rígidas. Dichas organizaciones deben ser reemplazadas por iniciativas nuevas e inéditas o bien ser reformadas totalmente desde el interior por una nueva generación, que equivalga en la práctica a un nuevo nacimiento. Nuestras universidades, por ejemplo, muestran claros ejemplos de un envejecimiento de este tipo; y sería una buena cosa si, de tanto en tanto, soplara con energía un viento nuevo. En todo caso, en el curso del tiempo, las reformas deben demostrarse válidas.

Quien presta atención a tales acontecimientos notará enseguida que las organizaciones formadas por personas viven las mismas fases de la vida que sus creadores, y por lo tanto es posible reconocer, por así decir, las fases de la segunda dentición, de la pubertad y de la mayoría de edad. En mi libro "Organisationen im Wandel" (inminente la publicación en Italia) he entablado justo este problema, el cual debería ser tratado más detalladamente en un estudio específico.

Una tarea particular de la política de personal concierne a la asistencia de los trabajadores (a todo los niveles) que se acercan a la cuarentena. Para ayudar a su tendencia de agarrarse con uñas y dientes a una tarea particular, cosa que les da un sentido de seguridad, se deberían hacer las siguientes preguntas: ¿muestran ya el pensamiento de asumir la responsabilidad de tareas semejantes o completamente diferentes? ¿Se consideran absolutamente indispensables y organizan su trabajo de modo que se conviertan efectivamente en tales? ¿De su esfera de competencia salen

quizás jóvenes trabajadores, activos y ricos en propósitos, capaces incluso de superar a sus maestros, gracias a la ayuda de estos últimos, o bien dichos jóvenes son “vigilados” en cuanto representan una amenaza?

A tales preguntas es necesario encontrar una respuesta junto al interesado. Hacia los cuarenta y cinco años de edad, en la mayor parte de los casos está claro si alguien es capaz, autónomamente, de realizar el último paso hacia la madurez y convertirse en exponente de la clase directiva, o bien si para hacerlo la persona aún necesita apoyo. No todos tienen necesidad de alcanzar la cumbre profesional, pero una empresa necesita en todos los sectores de personas que no sean potenciales tiranos frustrados – ya sean directores, jefes enfermeros, contables o administradores. Los pequeños tiranos de la cincuentena representan un estorbo para toda empresa y causan preocupación entre los colaboradores. Y aquí es donde se demuestra si la división de personal está interesada en ocuparse sólo de los aspectos administrativos y organizativos o bien si tiene la capacidad y la verdadera intención de realizar un trabajo terapéutico dirigido a promover el desarrollo de los trabajadores dentro de la empresa.

En muchos casos sería mejor que la ayuda proviniera de personas extrañas a la empresa; en efecto, el extraño no constituye una amenaza para el propio puesto de trabajo, y puede decir cosas que no se estaría dispuesto a escuchar de un colega.

Finalmente, es tarea de la política de personal preparar a los trabajadores para el período de jubilación, y hacerles capaces de desarrollar tareas socialmente útiles.

En la elaboración de la concepción de política de personal deben participar todos los exponentes de la directiva de una empresa. La ejecución puede ser delegada a especialistas, pero el estilo y los objetivos deben ser determinados por la dirección empresarial. El perfecto funcionamiento de la organización interna de una empresa depende, para concluir, de la política de personal.

VI. Imagen del hombre y desarrollo biográfico. Psicoterapia y psicoterapeutas

1. Imágenes modernas del hombre

En este capítulo querría volver a las imágenes del hombre en las diferentes direcciones psicológicas brevemente mencionados en el capítulo introductorio (“Una primera mirada de conjunto”). En él he tratado el curso de la vida interior desde el punto

de vista del personalismo; desde otra perspectiva esta descripción sería totalmente diferente.

Ahora, el lector tiene el derecho de conocer también los otros puntos de vista y investigar qué ámbitos cognoscitivos pueden ser aferrados por los diferentes modos de considerar la cosa.

En resumen: las diferentes direcciones parten de imágenes del ser humano o modelos de pensamiento diferentes. Principalmente son cuatro los modelos de pensamiento posibles:

- (1) el modelo de pensamiento técnico-mecánico y el físico-químico (este último llamado también modelo médico);
- (2) el modelo de pensamiento biológico, cuyo aspecto más importante es el modelo de la herencia, del innatismo;
- (3) el modelo de pensamiento psicológico, cuyas direcciones más importantes son el conductismo o la teoría del comportamiento humano y el empirismo o la teoría de las experiencias. Una variante de esta dirección es el modelo de pensamiento sociológico, que afirma: ¡el hombre está totalmente determinado por su clase social!;
- (4) el modelo de pensamiento personalista, que a su vez puede ser subdividido en (a) pseudopersonalismo, que cree que la personalidad surge de la interacción de herencia y experiencia; y (b) verdadero personalismo, que junto a herencia y educación reconoce una auténtica “tercera fuerza.” Esta tercera fuerza es llamada por los diferentes autores: personalidad, individualidad, Yo superior o Yo. Este Yo superior, o como se quiera llamar, es entonces “forma” espiritual en una realidad espiritual.

Aunque todas estas direcciones consideran científicamente sostenible solo el propio modelo de pensamiento, a quienquiera que considere los diferentes puntos de vista o pueda pensar a partir de los diferentes modelos le parecerá evidente que cada modelo de pensamiento tenga su propia metodología científica. Cada modelo permite preguntas bien determinadas y da determinadas respuestas dentro de los límites puestos por el modelo mismo y por la correspondiente metodología científica.

Por ejemplo, desde un modelo de pensamiento psicológico o personalista no pueden encontrar solución los problemas físico-químicos, así como desde un modelo biológico no la encuentran los problemas psicológicos o personalistas. Esto significa que cada modelo provee una *imagen restrictiva del ser humano*. Se habla por lo tanto también de

biologismo, psicologuismo y sociologismo. El marxismo y el materialismo histórico se basan en una imagen sociológica del hombre, el conductismo en una psicológica.

Estas diferentes imágenes del ser humano se reflejan en las diferentes escuelas psicológicas. Pero como se puede constatar también existen modas mudables así que una imagen determinada del hombre se convierte entonces en la base fundamental de lo que comúnmente “se” piensa.

Así, hacia el fin del siglo pasado y el principio de este, el *innatismo* biológico constituyó “el” punto de vista del hombre culto y científicamente a la altura de su tiempo. Toda biografía se consideraba determinada por una mezcla puramente casual de factores hereditarios y todo se desvanecía con el final de la vida.

En los años ‘20 de nuestro siglo en la psicología se impuso cada vez más el *conductismo* (la pura teoría del comportamiento). La herencia tenía ahora poca importancia, el comportamiento del ser humano estaba condicionado por la educación y por la cultura. Es de Watson el lema: «Déjenme un par de recién nacidos sanos y yo haré de ellos todo lo que me sea requerido».

El empirismo tenía un gran eco sobre todo en América. Y allá produjo un gran entusiasmo pedagógico, ya que se dedujo que a través de un mejor condicionamiento educativo también podía surgir un mundo mejor.

El *personalismo* en su forma actual surgió en los Años ‘30. Después de la Segunda Guerra Mundial fue el pseudopersonalismo no bien definido el punto de partida para la reforma de la instrucción pública. Ahora ya la educación no debía ser condicionamiento o adiestramiento, sino que debía crear las premisas para que el hombre mismo pudiera descubrirse, desarrollarse y realizarse. El despertar las fuerzas creativas de la personalidad era ahora el centro de interés. Estas ideas fueron después integradas también en la formación del adulto.

Pero al mismo tiempo, sigue habiendo aún fanáticos partidarios del innatismo y el empirismo que tratan de eliminar la ilusión ética del valor de la personalidad en la instrucción pública; *selección* para el uno, *aprendizaje programado* para el otro son la palabra de orden. Estuvieron incluso dispuestos a trabajar lado a lado para lograr dejar aparte a la “persona.” Esta especie de odio respecto a la dimensión personal en el ser humano se presenta a veces en contextos completamente inesperados. Una reseña del libro de Skinner “*Más allá de la libertad y la dignidad*” por obra del conocido biólogo holandés D. Hillenius comienza, por ejemplo, con las siguientes palabras: «Tengo que convenir que la lectura de *Más allá de la libertad y la dignidad*, especialmente al

principio, es agradable para personas que *siempre se preocupan de nuevo cuando charlan sobre los profundos motivos* del alma humana, sobre la *unicidad*, la *autonomía*, la *idea de sí mismo*, la *libertad* del ser humano» (la cursiva es mía, L.).

Se ve claramente que quien reseña el libro del representante del empirismo es un verdadero nativista. El placer de Hillenius llega menos en el curso de la lectura, ya que Skinner no profiere palabra alguna sobre la herencia. La crítica queda en todo caso desterrada en los límites de una comparación científica. Sólo son el tono arrogante y la irritación típica las que se vuelven fuertes en cuanto se habla de personalismo. Pero esta irritación quizás solo signifique que estas personas quieren a toda costa hacer callar algo en ellos.

El modelo de pensamiento técnico-mecánico

Durante el siglo pasado (XIX) y el comienzo del nuestro (XX), la dirección técnico-mecánica encontró un amplio círculo de seguidores. El ser humano era considerado como una combinación de diferentes máquinas. A esto se debe por ejemplo la idea - todavía en boga en el modelo de pensamiento de la ciencia médica - de que el corazón es una bomba.

Junto al modelo de pensamiento técnico-mecánico surgió uno físico-químico para el que la vida y el ser humano mismo serían una gigantesca reacción en cadena de tipo químico, que se desarrolla “en la vida” y con la cual todo podría ser explicado. A mitad de nuestro siglo, con la biogenética, se asiste a un renacimiento del modelo físico-químico. Volveré aún sobre este tema en la explicación del modelo de pensamiento biológico del innatismo.

El innatismo

El moderno innatismo nos trae un imagen restrictiva del ser humano, entendida como objeto biológico preprogramado del todo por el código genético o - expresado de modo comprensible para todos - a través de la herencia.

En los conceptos de dicha dirección el hombre es “endosomático”, es decir determinado desde el interior. Es por lo tanto bien comprensible que el innatismo no muestre ningún interés por la biografía “espiritual” de un hombre. Para los representantes de esta dirección únicamente existen tres fases: el crecimiento juvenil, el

equilibrio de la edad adulta y la senectud o involución. Todas las otras manifestaciones correspondientes al curso de la vida humana deben poder ser explicables sobre la base de estos fenómenos, donde sólo en la fase del crecimiento juvenil es posible el desarrollo (entendido como desarrollo de elementos determinados ya integrados).

El innatismo es tan antiguo como la humanidad misma. La cría de los animales se remonta por ejemplo a la noche de los tiempos. Los primeros ganaderos conocían intuitivamente las leyes de la herencia. Por otra parte la herencia - de la casta, del reino, del título nobiliario y más tarde también de las profesiones - era la base del orden social en todas las comunidades humanas. Derechos heredados formaban el fundamento de la sociedad feudal, se heredaban derechos, pero también deberes. Dios había creado al hombre por clase social y grado, se nacía como maestro o aprendiz. Quien quebrantaba este orden era un traidor merecedor de muerte.

En el siglo XIX de la investigación de una teoría evolucionista del ser humano surgió un nuevo innatismo. Nombres como Darwin y Haeckel son más que suficientes para señalar en esta dirección. En el siglo XX el evolucionismo continuó en el psicoanálisis de Freud, el cuál declara que toda la cultura sería solamente superestructura o sublimación de la vida instintiva animal del ser humano que todo domina. Y esta vida instintiva a su vez sería establecida hereditariamente. Además el comportamiento del hombre estaría influenciado ampliamente por las experiencias que él realice después de su nacimiento. Pero bajo esta tendencia a la adaptación se esconde por todas partes hombre animal, que conoce solamente un instinto: la *libido* sexual.

Hace poco el director holandés Haanstra, en su film *Bij de beesten af*, ha tratado de “adoctrinar” a la opinión pública con un primitivo darwinismo o innatismo. Declara además, como es típico en estos casos, que el film en cuestión ha sido realizado bajo la supervisión de “biólogos y científicos.” En el best-seller “*El mono desnudo*” de Desmond Morris se homenaja igualmente a un extremado darwinismo.

Una nueva rama del innatismo surgió hacia el final de la mitad de nuestro siglo en la biogenética. Biogenéticos han indagado químicamente factores hereditarios, los genes, y reproducido el modelo de forma espiral de la compleja molécula del ADN. Como el disco magnético de un ordenador, esta molécula contiene el código de los caracteres hereditarios. El hombre, que apenas se había emancipado de la doctrina de la predestinación religiosa, cayó así presa de la doctrina de la predestinación biológica.

El innatismo por lo tanto ha realizado un desarrollo pasando de antiquísimas instituciones sociales al moderno conjunto de leyes científico-naturales. Es común sin embargo la representación de que el hombre estaría determinado desde su nacimiento; su libertad, por lo tanto, solamente es apariencia.

La elección axiomática explícitamente formulada por los innatistas biogenéticos era legítima mientras ellos ejercían la denominada ciencia pura. Ellos se limitaban de tal modo a la herencia biológica, delimitaban su ámbito de investigación, ponían determinados interrogantes que, en el contexto circunscrito de la su formulación, condujeron a respuestas cada vez más precisas. Pero en el momento en que estos innatistas abandonan el ámbito de la pura investigación científica y tratan de mejorar la humanidad a través de la manipulación de los factores hereditarios, la cosa se presenta bien diferente. ¡De ese modo ellos se convierten en biotécnicos que toman como objetivo *nuestra* vida! Y miran hacia arriba: su ideal es un mundo tripulado y controlado por los bioquímicos. En 1962, en el congreso de Londres, dieron a conocer al mundo este ideal. Los mayores representantes de la bioquímica, entre los cuales hay un no irrelevante número de premios Nóbel, tomaron parte en este congreso. No sólo como vía de principio se creyó posible la creación de ventajosas variantes de la “especie hombre” gracias a la manipulación genética, sino que esta meta parecía alcanzable para dentro de veinte años. Con ello debería darse el inicio de un nuevo benéfico período para la humanidad. ¡Y los veinte años casi han pasado ya!

Los innatistas radicales tratan de encontrar una solución endosómica para *todos* los problemas sociales. Los innatistas moderados se interesan también por los caracteres hereditarios extragenéticos, los denominados plasmagenes en el protoplasma. Estos plasmagenes de las células proteicas maternas, de las que cada vez se sabe más, influyen de modo particular la hereditabilidad. En su crítica a los biotécnicos radicales el zoólogo Adolf Portmann de Basilea dice: «Ciertamente para los biotécnicos radicales algunas realidades de la sociedad de los insectos sigue quedando, si bien inconfesado, un deseo soñado por la vida social humana». Él señala también los peligros que incumben si semejantes “técnicas de mejora” cayeran en manos de grupos de poder o políticos doctrinarios. Además, después de cuanto se ha conocido sobre la hereditabilidad extragenética, protoplasmática, él es escéptico frente a las afirmaciones de los genetistas.

Los innatistas moderados comienzan mientras tanto a ocuparse del problema inherente al programa y al ambiente. ¿El código genético es de hecho vinculante? Dicho

de otro modo: ¿con ello no sólo la manifestación corpórea es fijada desde el principio, sino también el carácter para la vida entera? ¿O quizás el código genético es solamente un factor de desarrollo entre otros? ¿No indica ello sobre todo las posibilidades evolutivas, cuyo desarrollo después es favorecido u obstaculizado por el ambiente, y aquí entiendo el ambiente biológico y embrionario?

De la concepción del innatismo se deduce que la solución de los problemas educativos y formativos debe buscarse en una bien determinada dirección. Un *sistema selectivo* que se afina de año en año domina la instrucción. Solamente quien haya superado el proceso de selección y corresponda de modo preciso a los requisitos precedentemente fijados por los tecnólogos de la instrucción obtendrá el acceso a la forma más elevada de formación, creada para los superinteligentes.

En Francia ya se usa este sistema desde hace tiempo y ha llevado a las míticas “superescuelas” (Ecoles Supérieures Polytechniques y Hautes Écoles de Administration). Parece evidente que muchos alumnos de estas escuelas sean hijos de aquellos que a su vez salieron de estos institutos. Esto, sin embargo, debería demostrar solamente de nuevo que un dote elevado es heredable. Pero también se puede hablar de una “sociedad cerrada”, en la que los “insider” se pasan la pelota entre ellos.

En Holanda la instrucción se desarrolla sobre la base de pruebas objetivas para todas las clases en un continuo proceso de selección, en el que las normas de los que elaboran las pruebas se convierten en vinculantes para cada niño, independientemente de la estructura de la personalidad. A esta tendencia, que a través de una continua selección trata de dirigir a los niños hacia un nivel congenial a ellos, se ha reaccionado de modo típicamente inglés.

Benn Hoffmann ironiza en su libro *The Tyranny of Testing* sobre todo es sistema de test, mostrando sus límites. Los presuntos resultados objetivos de los test escolares, no son de hecho iguales para niños de índole diferente. En lo test *multiple choice* están claramente desfavorecidos sobre todo los niños inteligentes e inclinados a la reflexión.

El libro *Meritocracy* ilustra en modo de ciencia ficción el mundo de 2056; describe una sociedad que se basa en las prestaciones intelectuales, que en el curso de la vida son siempre de nuevo examinadas a través de los test. El autor describe cómo en una sociedad semejante solamente las normas históricas o los criterios de los que elaboran los test son normativos para todo el saber. Todos son equiparados en el mismo nivel. En el libro también se cuenta como estalla una revuelta de hombres que quieren poner ellos mismos sus criterios.

Pero también en este caso la pregunta de qué es heredable y qué no, queda sin respuesta.

Todos los factores potenciales pueden ser heredables. Según Chorus son heredables la constitución corpórea, la modalidad de la percepción sensible, la función de la memoria, determinados elementos de la concentración y del interés, el tipo de inteligencia, la accesibilidad emocional y el ritmo en el desarrollo.

Éstas son características generales en cuyo uso el hombre es todavía ampliamente libre. Se puede quizás decir que el ser humano en virtud de su predisposición biológica está dotado de un amplio radio de posibilidades. Cada cultura favorece sin embargo solamente a una parte exigua de estas posibilidades, el resto no es para nada desarrollado. El hombre, justo como una planta, tiene una infinidad de “ojos durmientes” que, o se desarrollan solamente en condiciones extremas (como por ejemplo en un campo de concentración), o si la persona misma, es decir el Yo, toma la *decisión* de realizarlas en su finalidad individual.

Los empiristas tienen razón cuando piensan que en el ser humano está latente mucho más de lo que es despertado durante el curso accidental de la historia de la vida. Pero se debe contradecir al empirismo cuando piensa que el desarrollo sería compararse con el condicionamiento (o amaestramiento).

El Yo puede conseguir mucho más de lo que generalmente se piensa. En cada hombre están latentes fuerzas que él mismo puede llegar a desplegar.

Según el modelo de pensamiento del innatismo solamente hay una dirección en la que se pueden buscar soluciones para determinados problemas. Ya he mostrado que en la escuela esto significa una continua selección de clase en clase. De esta actitud deriva, en lo que concierne a la elección de la profesión, la llamada teoría de la llave-cerradura - o bien: la opinión de que con un perfil del joven o del candidato, si es definido con suficiente precisión y determinándose a ser posible mediante test, se encontrará la profesión justa y específica. La idea que está detrás es que solo hace falta poner “el hombre justo en el puesto justo” para que todo el resto venga por sí solo.

El innatismo ha mostrado hasta que punto la forma de manifestación del ser humano está determinada por los caracteres hereditarios. La figura psíquica de un hombre depende ciertamente de disposiciones hereditariamente constituidas. Sin embargo estas disposiciones son tan amplias que cultura y entorno son capaces de usufructuar sólo en una mínima parte.

En el hombre además hay un denominado proceso de interiorización, se trata de la continua elaboración de nuevas impresiones, *que forman otro ser humano* (Chorus, p. 72): «todas las funciones instrumentales, puramente formales son hereditarias. Independientemente de lo que el individuo pueda aprender solamente se ha conseguido un determinado grado de madurez. A pesar de todo el desarrollo psíquicamente condicionado y personal, en la totalidad del arco de la vida, se mantiene cierta estructura de base hereditaria, que al mismo tiempo puede servir como fundamento para lo que de diferente puede ser construido, erguido, en parte de nuevo destruido y luego de nuevo reconstruido».

El empirismo y el conductismo

El empirismo y el conductismo tiene en cuenta los influjos esosomáticos del ambiente, al que el ser humano está sometido después de su nacimiento a través de la educación y el condicionamiento cultural de su comportamiento.

El empirismo ha localizado con éxito los puntos flacos del innatismo. El argumento crítico decisivo es de naturaleza biológica: el empirismo subraya el hecho de que el hombre es un mamífero que, contrariamente a los otros mamíferos superiores, nace pobre en instintos. Dice científicamente: el hombre es un “nidífugo” nacido precozmente. Él tiene los sentidos abiertos de un nidífugo pero la necesidad de asistencia de un “nidícola.” También en este sentido el ser humano representa una excepción en el reino animal. El color de la piel y el pelo, las formas generales fenomenológicas exteriores y la constitución corpórea son hereditarias pero en cuanto mamífero el hombre nace precozmente. Su período embrionario es reducido, en su nacimiento el sistema nervioso aún no ha completado su desarrollado. El ternero, también es un nidífugo, nada más nacer se puede poner de pie, caminar y encontrar por sí solo a la madre, al recién nacido todo esto debe serle enseñado en los primeros años de vida a través del entorno.

Los mamíferos superiores gracias a un período embrionario más largo adquieren un perfecto sistema de reflejos para todas las expresiones vitales y todo el repertorio instintivo de la especie. Estos instintos se imponen en su comportamiento en ambientes extraños a la especie y con otros modelos de comportamiento. (Un buen ejemplo es la gallina que incuba huevos de pato y que tiene que ver luego con estupor cómo sus “polluelos” van al agua!).

El recién nacido se convierte en hombre solamente si más allá de los reflejos innatos (chupar, abrir y cerrar los párpados, etcétera) aprende también las modalidades de comportamiento social (hablar, pensar). Por decirlo con Langeveld: el hombre necesita educación y aprendizaje. El concepto de desarrollo esosomático abraza después también al caminar, al hablar, al pensar y otras facultades humanas que son adquiridas por influencia cultural.

Además de la heredabilidad biológica hay también una de tipo cultural, con la cual - a través de la educación y el aprendizaje - la cultura es transmitida a la generación futura. De esta transmisión depende mayormente qué posibilidades de sus disposiciones hereditarias logre después desarrollar el hombre.

Tampoco el caminar lo aprende el hombre sin ejemplo de su entorno, por no decir el hablar y todas las otras formas culturales humanas. Los instintos del hombre sólo se desarrollan de modo rudimentario, ellos se limitan a ciertos instintos de base como por ejemplo la voluntad de supervivencia. Si el hombre como lo afirman los innatistas, debiera desarrollarse en grupos que vivieran en manadas, entonces él mismo ha perdido el instinto de preservación de la especie. Ya que en los animales que viven en manada la lucha entre pertenecientes a la misma especie cesa cuando un grupo da señal de sumisión. La lucha sirve para verificar el orden jerárquico, no para matar al semejante.

Los empiristas viven, según la formulación de Gordon Allport, en la tradición lockiana. La más conocida formulación de esta tradición de pensamiento es la expresión de John Locke según la cual el hombre sería una *tabula rasa*, una hoja en blanco, todo lo que se encontraría en ella él lo habría acogido a través de los sentidos. De un axioma semejante puede desarrollarse de hecho una ciencia que a buen derecho puede llamarse ciencia del comportamiento. Si después se fija en lo que Locke entiende por ciencia, en la afirmación de que el elemento simple (*the simple idea*) sería más importante que todo el conjunto y que el conjunto sería igual a la suma de los elementos simples, entonces se pueden buscar sin ningún impedimento constelaciones cada vez más simples y de hecho reconstruir el complejo partiendo de elementos simples.

Pero hay también hombres que constatan que si es verdad que la catedral es la suma de todos los ladrillos, también es verdad que a ella pertenece el proyecto, que da a cada piedra su lugar y su destino. Contrariamente a la teoría empirista de los elementos, los personalistas se ocupan justo de los problemas que el proyecto de la catedral lleva consigo. Generalmente estos problemas se interpretan con los conceptos de la totalidad o de la forma, en nuestro caso con el concepto de la personalidad.

El principio axiomático de una ciencia está representado en su forma más pura en los exponentes radicales de una dirección, los cuales tienen el coraje de llevar todas las consecuencias debidas de este principio.

Ya hace medio siglo Watson afirmó que de un par de niños sanos él hubiera obtenido cuanto se le hubiera solicitado, mientras el conocido psicólogo del comportamiento Skinner es de la opinión de que cada hombre podría ser condicionado para desarrollar cualquier profesión si siguiera su (de Skinner) método, que él puso a punto a través del condicionamiento de ratones y palomas subalimentados.

Según Skinner toda la miseria de este mundo es debida solamente al hecho de que los hombres están insuficientemente condicionados a encontrar agradable lo bueno y desagradable lo malo. Skinner ejerce todavía una notable influencia sobre los modernos desarrollos de la pedagogía, aunque haya perdido admiradores a causa de sus últimas exageraciones. Con el paso del tiempo se descubre cada vez más que el estímulo más simple también tiene una determinada importancia para la persona en cuestión. Si esta importancia no se modifica, entonces no se verifica ningún condicionamiento. En la moderna terapia del comportamiento este conocimiento se ha vuelto importante; aquí se ha abandonado el método del puro condicionamiento exterior. Siempre desde la escuela skinneriana proviene la idea de que a través de un aprendizaje programado y una *multiple choice examina* a él conectados se podrían inculcar con éxito en los hombres determinados modelos de comportamiento para la profesión o para el trabajo científico. En economía esto se llama “one best way training.”

Con pesar por parte de Skinner nosotros aplicamos su excelente método de modo diferente. Según él el condicionamiento permanente se obtiene solamente si se *gratifica sistemáticamente* el comportamiento justo *ignorando* el equivocado. Nosotros en cambio ponemos el comportamiento equivocado considerando obvio el justo (ignorándolo por lo tanto); de ese modo el hombre es condicionado por el miedo frente al comportamiento equivocado, que sigue dominando la conciencia. También en economía se aplica el método skinneriano del refuerzo positivo (positive reinforcement), con lo que se puede aumentar, con buenas posibilidades de éxito, la motivación laboral. Actualmente el personal directivo se está familiarizando con este método a través de cursos de formación profesional.

Skinner está lleno de ideas saludables con las cuales se pueden resolver todos los problemas del mundo. Es el presentador de la sociedad totalmente condicionada, libre de agresiones y de una planificación equivocada de los papeles, y que cada uno llevará a

cabo como el máximo de la felicidad. Y no elude tampoco el importante problema de quién debería determinar qué estaría bien y qué mal. «yo soy aquel que lo determina», así responde a quien quería tener de él luz al respeto. Quiere ser él mismo el único no condicionado en su mundo condicionado. Al final, en efecto, debe de haber alguien que elabore los programas.

Skinner ha desarrollado sus teorías sobre la base del adiestramiento de ratas y palomas subalimentadas. Estos animales subalimentados evidentemente estaban preparados para romper con sus instintos innatos y realizar todas las acrobacias que les fueron prescritas con tal de alcanzar el alimento y poder satisfacer su hambre.

Skinner cree que esta impostación experimental es idéntica al proceso de aprendizaje del ser humano. El ratón para nada está dispuesto a realizar las acrobacias predisuestas por Skinner si no tiene hambre. También un hombre subalimentado realizaría ciertamente las cosas más extrañas, si de ello dependiera su supervivencia. Pero, de manera diferente que la rata, el hombre puede aprender porqué se interesa de algo, como por ejemplo por un problema matemático que quiere solucionar o de un texto en sánscrito que quiere comprender. Esto lo puede hacer *aunque no esté hambriento*. El punto esencial de la crítica que el personalismo mueve en el empirismo es la fallida capacidad de distinguir los diferentes planos de las motivaciones.

A pesar de esta crítica, la importancia del empirismo y del innatismo no puede ser infravalorada. La ciencia del comportamiento en un siglo de acérrima investigación ha producido una cantidad impresionante de material, una colección casi infinita de elementos simples y teorías, que a su vez han sido “confirmados” en pruebas de laboratorio. Con estos elementos, después, se pueden producir nuevamente combinaciones, construir por ejemplo reglas socio-técnicas que a su vez pueden resolver en parte determinados problemas.

El conductismo se define a sí mismo como “sicología científica”, ya que a través de experimentos científicos trata de indagar fenómenos simples, esmeradamente selectos y circunscritos. Quien no se alinea a las finalidades y métodos elegidos por esta rama de la ciencia (y por ello axiomáticos) trabaja de modo no científico, pertenece a los literados o a aquellos que defienden tesis subjetivas. Cada frase debe ser confirmada por experimentos factibles o mediante indagaciones estadísticas de masa (van Leent).

Se pueden así indagar determinados aspectos particulares, pero si se quiere abrazar la totalidad del hombre en su situación de vida (y no en una situación artificiosamente

simplificada a un par de variables), entonces este método nos ofrecerá bien poco conocimiento. Retomaré de nuevo este punto cuando hable del personalismo.

En el impresionismo se pueden aplicar las palabras del Fausto de Goethe:

*«Él tiene entonces en la mano las partes,
sólo falta, ¡ay de mí!, la unión espiritual».*

Para los representantes del empirismo la búsqueda de una “unión espiritual” es considerada ya como no científico. El empirismo ha producido un enorme entusiasmo pedagógico. La llamada a una pedagogía que querría mejorar la humanidad y la sociedad fue hecha con nueva esperanza por Dewey y por sus discípulos. La idea de que todo ser humano sería tan flexible como para poder ser preparado para las profesiones más dispares conduce a una actitud hacia los problemas de la formación que es exactamente lo opuesto de lo que piensan los innatistas, es decir que el hombre en virtud de sus caracteres hereditarios estaría predeterminado solamente para una profesión inscrita en su corporeidad. Esta denominada teoría-de-llave-cerradura propia de los innatistas es invertida por el empirismo. Existen una serie de profesiones (que serían las cerraduras) para las que cada año son necesarias cierto número de personas (que serían las llaves). ¡ Luego se tienen que producir “llaves” ! Es lo que se llama “formación orientada a la exigencia”, que elimina al mismo tiempo todo lo que es instrucción superflua. Cada año son necesarios tantos técnicos, ecónomos, enseñantes, etcétera, por lo tanto no se deben producir demasiados y se les debe condicionar desde el principio a las exigencias de su profesión. Es polar con respecto de esta concepción la propuesta de los personalistas más o menos doc.

Ellos son de la opinión de que los jóvenes deberían recibir una formación lo más amplia posible, capaz de abrirles un amplio abanico de posibilidades, de motivarlos para que se hagan conscientes de su meta de vida ayudándoles a realizar los primeros pasos a lo largo de este camino. En esta concepción la formación profesional es solamente el agarradero para colocarse en posición de partida. El ser humano deberá sufrir después aún algunos cambios, por lo que debería estar agradecido por toda la enseñanza “superflua.”

El personalismo

Ya que he descrito el desarrollo biográfico del ser humano desde el punto de vista personalista, debo entrar ahora un poco más en detalle en el personalismo de lo que he hecho con el innatismo y el empirismo. Querría primeramente echar una mirada general sobre la génesis y sobre la problemática del personalismo para luego tratar más concretamente algunos puntos.

El personalismo es la imagen más antigua y conocida por nosotros del ser humano. Todas las culturas antiguas y espirituales describen al hombre como un ser de origen divino, que está a un nivel superior con respecto a los animales y las plantas. Le fue inhalada la respiración vital y despertó en conciencia y libertad de decisión. El hombre vive dirigiéndose a su *propio futuro*, él tiende continuamente hacia una meta. Sus acciones, por cierto, están limitadas por instrumentos que conquistó en el pasado, pero en esta limitación el hombre mismo elige su meta. Si es necesario puede incluso tomar la decisión de hacer nuevos instrumentos. Por eso él se distingue del animal. El ser humano está *orientado a un fin*.

A la rata infraalimentada se le puede ciertamente condicionar, sin embargo después de un poco de tiempo el condicionamiento disminuye. Se debe por ello mirar siempre a un nuevo refuerzo (reinforcement). Ya Paulov tuvo que tomar nota de ello para sus experimentos con perros. Es la típica situación estímulo-reacción propia del animal. El ser humano, sin embargo, en el proceso del convertirse adulto en la educación desde fuera puede sustituirla por la auto educación aspirando una propia meta de vida. Y lo puede hacer independientemente del hecho de que esté más o menos hambriento. Además, cada estímulo, cada apremio tiene un determinado significado para toda la psique.

El personalismo moderno (llamado en América *humanistic psychology*) no niega para nada el principio de la hereditabilidad, ni discute el hecho de que la educación del recién nacido, pobre en instintos e indefenso, sea necesaria y tenga gran influjo sobre la formación de la personalidad. Pero demuestra que el proceso de convertirse en adulto del ser humano consiste justo en el hecho de que el hombre reconoce sus posibilidades biológicas, abraza en una visión de conjunto su educación y *determina por sí mismo qué hará de ello*. Junto a la hereditabilidad, a la influencia del entorno y a la educación surge ahora una “tercera fuerza”, solamente con la cual puede ser explicado y aferrado el complejo comportamiento del ser humano.

El innatismo considera al hombre como un óvulo fecundado.

El empirismo ve al hombre como un ser en crecimiento que por imitación y adaptación, estímulo y reacción, es introducido en la comunidad humana.

El personalismo a su vez ve al hombre como ser adulto que busca su propio camino y que continuamente aspira a niveles superiores de ser adulto y madurar.

El personalismo se sostiene o cae con la llamada “tercera fuerza”, como la llaman los personalistas americanos. Pero aún no ha sido aclarado qué es esta “tercera fuerza”. La discusión es conducida a partir de diferentes puntos de vista. Strasser, por ejemplo, en su libro *Phänomenologie und Erfahrungswissenschaft vom Menschen* (Fenomenología y ciencia de la experiencia del ser humano) dice que la tarea principal de la ciencia del hombre es descubrir caracteres esenciales de la estructura del ser humano. ¿Pero qué es esencial? ¿Es para todos lo mismo o, dicho de otra manera, hay un “ser” humano abstracto en el sentido entendido por Descartes, un “ser” que pueda ser objetivamente analizado desde fuera?

Strasser observa: «Cuando empiezo a filosofar siempre se antepone algo: mi existencia... yo, por ejemplo, filosofeo como quién ha crecido en un ámbito cultural occidental, yo filosofeo siempre junto a otros».

Para obtener conocimiento la conciencia humana tiene que realizar algo, el conocimiento es siempre resultado de un desvelar o de uno descubrir. Pero según Strasser solamente es desvelado «lo que se deja desvelar desde un determinado punto de vista en un cierto modo y lo que así es desvelado no es para nada la realidad sino *un* aspecto suyo». La percepción, un concepto central de la ciencia objetiva, es también algo diferente de la impresión sensible. La percepción es un proceso activo, una pregunta. La pregunta se choca con algo que puede ser visto o tocado. Quien hace la pregunta ya sabe qué es lo que pregunta; si a través del descubrimiento llega a un fenómeno para él esencial, entonces esto es para él evidente. «Lo que es evidente no puede ser demostrado. Todas las argumentaciones, las deducciones, las conclusiones tienen que conducir finalmente a la comprensión, directa o indirecta. Lo que es contemplado directamente no puede ser deducido de ninguna otra cosa». He citado estas frases de Strasser para exponer de modo claro la posición de los personalistas.

Para el uno (el nativista) es “evidente” que el ser humano no es más que un mamífero determinado por sus factores hereditarios. Las influencias ambientales son para él secundarias e irrelevantes - en cuanto se rascan los estratos culturales aparece el mono desnudo.

Para el otro (el empirista) es igualmente “evidente” que la hereditabilidad desempeña un papel del todo secundario y que el comportamiento del hombre, de manera parecida al ratón, puede ser condicionado. Este comportamiento es pues la única cosa que estas personas quieren analizar.

El mismo comportamiento, observado durante un largo período y fuera de las condiciones experimentales de laboratorio, por un tercero (el personalista) vale como manifestación de decisión personal, que es tomada independientemente por la hereditabilidad y por el condicionamiento.

Cuál de los tres puntos de vista se haga propio, depende del hecho de que se quieran o no reconocer factores espirituales en el ser humano. Frankl ha demostrado que muchos evidentemente son ciegos para lo espiritual, que en una imagen materialista del mundo puede encontrar su puesto únicamente como ilusión.

La vía desde el conductismo al moderno personalismo ha sido dificultosa. En los Años ‘30 surgió dentro de la sicología social una dirección que se ocupaba de las “human relations.” Ello se refería a investigaciones dirigidas por *Roethlisberger* en el período entre 1928 y 1932, de donde emergía que la productividad laboral dependía no sólo de factores físicos ponderables como la temperatura, la luz o el aire saludable, sino mucho más del grado de interés humano que algunos mostraban por este trabajo. Calurosa participación y contacto humano, en aquel tiempo ambos factores “no sopesables”, tenían evidentes efectos ponderables. Por primera vez emergía el aspecto psíquico del ser humano en el pensar y en el actuar dentro del ámbito social. El movimiento de las *Human relations*, que era el resultado de este conocimiento, ha debido luchar durante décadas contra las organizaciones del trabajo, las cuales querían medir y considerar únicamente lo que ellos mismo valoraban como ponderable.

Lo mismo vale para la atrevida tentativa de *Kurt Lewin* de revelar nuevos campos en la socio-sicología y concretamente en ámbitos de dinámica de grupo. Su impostación surgía de una participación capaz de identificarse en las situaciones de los grupos. Sin embargo en sus aserciones y teorías él no da más que modelos mecanicistas, recayendo en muchos aspectos en un puro conductismo. Esto vale sobre todo para su denominada teoría del campo, sobre la que se rige la moderna sicología de la publicidad, que visto a la luz del día está poco interesada en lo que sucede en el comprador, si el resultado de las diferentes fuerzas portadoras y obstaculizadoras es únicamente que el consumidor compre la marca adecuada. El hecho de que Lewin no pudiera liberarse del encantamiento del conductismo deriva ciertamente del condicionamiento de su tiempo.

Él murió en 1947, en un momento en el que en América se tenía aún comprensión por las alternativas al conductismo. Lewin quedó por lo tanto como un precursor atrevido al que, sólo después de su muerte, le siguieron personas que posteriormente elaboraron su modo de proceder.

Carl Rogers dio un decisivo paso adelante, tratando de unir la observación fenomenológica con el diagnóstico empático. El absoluto respeto por el otro hombre en cuanto personalidad propia es para él una obligación ética. Solamente se lo puede ayudar al otro ser humano a que tome por sí mismo sus propias decisiones, a que solucione por sí mismo los problemas y tome en sus manos su propio futuro. La ayuda terapéutica es emancipatoria solamente si la relación entre “cliente” (una palabra elegida conscientemente, que quiere evidenciar que no se da ninguna relación de consultoría y ninguna situación jerárquica) y psicólogo satisface seis condiciones:

- (1) ambas personas tienen un contacto psicológico,
- (2) el *cliente* se encuentra en estado de vulnerabilidad,
- (3) el *terapeuta* está tranquilo e introducido en la situación,
- (4) el *terapeuta* tiene sentimientos positivos ilimitados frente al cliente,
- (5) el *terapeuta* expresa una comprensión capaz de identificarse frente al cliente,
- (6) la *comunicación* de sentimiento positivo y la comprensión empática es posible hasta cierto grado.

Quien se someta a estas condiciones o, mejor aún, quien las prenda y las ejercite prácticamente, se encuentra en una condición totalmente diferente que la de los científicos que provienen de la escuela de Lewin, los cuales podían interrumpir fríamente el juego entusiasta de un niño para analizar después el efecto de la frustración del juego. Tales científicos se justifican diciendo que para el progreso de la ciencia se tienen que elaborar situaciones parecidas, pero la elaboración la deben realizar siempre cobayas humanas.

Rogers creó toda una escuela de psicoterapeutas y consultores con el objeto de acompañar a los seres humanos en sus dificultades personales y de ayudarlos en su desarrollo personal. El método que él desarrolló a tal objeto y del que he especificado antes los seis principios, se llama psicoterapia o consultoría no-directiva. Desafortunadamente sus sucesores han llevado el método no-directivo casi al absurdo y lo han elevado a dogma, lo que el propio Rogers en los Años ‘60 había evitado con sumo cuidado.

Rogers pensaba en un desarrollo de la personalidad (lo llama “personality change”) que *no* es proyectado para nada por el pedagogo, por el terapeuta o por el entrenador e impuesto o inculcado al cliente que es después examinado sobre la base de test fijados precedentemente. Él pensaba en un desarrollo por el que el cliente se decide personalmente, realizándolo él mismo. La ayuda del terapeuta debe limitarse a hacer posible al cliente la comprensión de los propios sentimientos y de las propias finalidades, y a facilitarle el hallazgo de posibles alternativas en sus situaciones de vida.

También pertenecen a los personalistas Maslow, Gordon Allport y McGregor.

Gordon Allport influenció notablemente el pensar personalista en América y en Europa sobre todo con su libro “El devenir de la personalidad.” Ya el título refiere claramente que una personalidad *no es* nunca, sino que siempre está “en devenir.” Este desarrollo comienza en los primeros años de vida y conduce a grados cada vez más elevados del ser adulto y de la sabiduría.

He descrito minuciosamente estos escalones del desarrollo en los capítulos sobre el curso de la vida humana. He mostrado cómo el ser humano siempre recibe nuevas tareas, así como debe elaborar y hacer propias nuevas situaciones. Si el hombre no se pone estas tareas su desarrollo espiritual se estanca. Él se encuentra entonces expuesto a las leyes de su desarrollo biológico que consta de ascenso, equilibrio y decadencia.

Se deduce claramente que una visión personalista de la vida (que sin duda es ya importante para la educación del joven) en la segunda mitad de la vida, en la que sólo pueden llegar nuevos impulsos de desarrollo desde la personalidad espiritual, es de importancia decisiva. En la primera mitad de la vida a través de la educación y la autodeterminación que comienza después de la adolescencia, se pone el fundamento para el futuro crecimiento creativo en el período de decadencia biológica.

Los empiristas orientados según las ciencias naturales han acusado a los personalistas de haber introducido el pensar filosófico en la psicología. Esto es ciertamente así; los personalistas lo consideran incluso como un paso ineludible para dejar de una vez por todas de ocuparse de los fragmentos de la vida psíquica y para llegar a una amplia visión del problema y a modelos globales. Además el método que se usa con éxito para el mundo inorgánico no necesariamente es el método con el que aferrar el alma humano.

Chorus escribe: «Nosotros estamos convencidos del hecho de que no podemos conocer nada más profundo que el hombre mismo, mientras que la naturaleza sólo la podemos conocer superficialmente. Podemos describirla, constatar los cursos y verificar

las conexiones, pero cuya verdadera naturaleza se nos escapa. El conocimiento científico-natural es, como lo llama Hearing, *un peldaño de resignación del conocimiento humano*, una forma de saber de la que está contento, justo porque no se puede proceder más allá». Por consiguiente, como argumenta Allers, sería errado limitarse al saber puramente científico-natural en un objeto de investigación como es el ser humano, que hace posible justo un mayor grado de saber, es decir *entender desde dentro* identificándose, o bien comprender (com-prender: prender dentro, penetrar dentro, nde). La forma superior del saber es entender comprendiendo. «Tenemos que buscar dentro de lo *posible* comprender o compenetrar la cosa psicológicamente; *solamente cuando todos los medios de comprensión psicológica se hayan agotado*, podemos contentarnos del puro constatar hechos o conexiones factuales según el modo de las ciencias naturales».

Querría ahora reseñar, como representante de la escuela americana, a *Abraham Maslow (1908-1970)*. Su obra más importante es *Motivación y personalidad*, que apareció por primera vez en América en 1954. Una segunda edición, totalmente reelaborada, apareció en 1970, año en el que Maslow murió, acompañada de un pormenorizado prefacio en el que el propio autor describe su recorrido evolutivo a partir de 1954. Es sorprendente cómo se dirige el interés de Maslow a la personalidad sana, mientras la imagen del hombre de la psicología clínica hasta entonces partía principalmente del estudio del hombre enfermo.

En este contexto querría citar algunos pasos tomados del capítulo "Personalidad" (Appendiec A., Pgs. 398-400): «el concepto de personalidad bien adaptada o de buen adaptamiento representa para las posibilidades de progreso y crecimiento un concepto demasiado restrictivo. La vaca, el esclavo, el robot, pueden estar bien adaptados.

El super yo del niño es habitualmente definido como una introyección de miedo, castigo, pérdida de amor, abandono, etc. Investigaciones sobre niños y adultos que se sienten seguros, queridos y respetados evidencian la posibilidad de una conciencia moral hecha interiormente que se basa en la identificación amante, sobre el deseo de llevar alegría a los otros, como también sobre verdad, lógica, justicia, estabilidad, derecho y deber.

El comportamiento de la personalidad sana está determinado menos por miedo, temor, incertidumbre, culpa, vergüenza, y más por verdad, lógica, justicia, realidad, corrección, belleza, justeza, etc. ¿Dónde están las investigaciones sobre altruismo, falta de envidia, fuerza de voluntad y de carácter, optimismo, amabilidad, realismo,

autotrascendencia, coraje, falta de celos, sinceridad, paciencia, lealtad, afabilidad, responsabilidad?

Obviamente la elección más relevante y evidente del objeto de una sicología positiva es el estudio de la salud psicológica (y de otros tipos de salud: estética, de valores, física y semejantes). Una sicología positiva exige ciertamente también una mayor investigación del hombre sano, de carácter seguro, confiado y demócrata, del hombre feliz, sereno, pacífico, calmo, compasivo, generoso, gentil, del creativo, del santo, del héroe, del hombre fuerte, del genio y de otros caracteres humanos...

Cómo se vuelven diferentes los hombres los unos de los otros en lugar de semejantes (adaptados, aplastados por la cultura, etc.)?...

El gusto, los valores, los comportamientos y las elecciones del hombre que se autorealiza se basan en gran parte en una base sustancial y determinada por la realidad que no sobre una base relativa y exterior. Es por lo tanto un gusto por el gusto y no por lo equivocado, por lo verdadero y no por lo falso, por lo bello y no por lo repelente. Ellos viven en un sistema de valores estables y no en un mundo de robot *privado de valores* (de sólo moda, tendencia, opinión ajena, imitación, sugestión, prestigio).

El nivel y el grado de tolerancia de la frustración en los hombres que se autorealizan puede ser ciertamente *mucho* mayor. Esto vale también para el nivel de culpa, de conflictividad y de vergüenza.

Las relaciones padres-hijos se han analizado por costumbre como si fueran solamente un conjunto de problemas, *sólo* una ocasión para no cometer errores. Ellos son principalmente alegría y placer y gran ocasión de felicidad. Esto vale incluso para la pubertad, a menudo tratada como si estuviera emparentada con la peste».

No puedo analizar aquí en detalle el pensamiento teórico de Maslow (la dinámica holística). Al lector interesado le remito al apéndice B en *Motivación y personalidad*. Es interesante el hecho de que Maslow llame, en parte, a la naturaleza interior del hombre instintiva, precisamente la parte de la vida interior que está bajo el influjo de la hereditabilidad y que muestra la tendencia a permanecer constante durante todo el arco de la vida. Esta naturaleza instintiva del ser humano abraza sus necesidades primarias fundamentales - su temperamento y el condicionamiento del temperamento como consecuencia de eventuales daños surgidos durante el embarazo y el nacimiento.

Según Maslow aquí se trata más del “material tosco” que del producto terminado *sobre el que se reacciona*: a través del individuo mismo, a través de otras personas importantes, a través de su entorno, etc. Este material tosco comienza ya muy pronto a

desarrollarse en un Yo, en cuanto entra en contacto con el mundo exterior y surge una acción recíproca. Estas son *posibilidades*. Por eso ellas tienen una historia de vida. Las posibilidades son realizadas, formadas o reprimidas a través de determinaciones extra-síquicas (cultura, familia, escuela, etc.).

Por otra parte también la personalidad del adulto es una creación de la persona misma. A este propósito Maslow dice que no se podría imaginar a la persona “completamente determinada”, si con este concepto se entendiera “solamente fuerzas puestas fuera del individuo.” La persona, si fuera una *verdadera* personalidad, sería su propio y más importante elemento determinante. Cada persona sería “en parte el propio proyecto” y se crearía a sí misma. Maslow llega a decir que en un regular desarrollo del niño normal, el niño mismo sabe mucho mejor que cualquier otro lo que es bueno para él, considerando que pueda decidir libremente. Debe prestarse atención por lo tanto a lo que el niño mismo elige y no imponérsele demasiado.

El hombre en cuanto persona crece a través de experiencias estéticas, a través de la creatividad, sobre todo a través de experiencias de la más elevada fuerza estética y a través de un interés general por el mundo.

Maslow distingue entre la creatividad del talento específico (la del matemático o musical, etc.), que en gran medida es heredable y la creatividad que se realiza por uno mismo, que proviene directamente de la personalidad misma y se difunde ampliamente en la vida cotidiana. Esta creatividad realizada por uno mismo, que tiene su origen en la propia personalidad, se expresa en todos los ámbitos: en la dirección de la casa, en la enseñanza, etc.

Si además la persona dispone de un talento específico (heredado), entonces puede expresarse *también* en este último pero no necesariamente.

Hay quien se agarra con fuerza a un talento más o menos explícito y específico, y quien decide preservar su talento particular para el tiempo libre o para su hobby y elige como profesión algo totalmente diferente. Para Maslow cada papel, cada actividad, cada profesión puede ser creativa como no.

Si consideramos los pensamientos fundamentales de los personalistas americanos, vemos que todos luchan por una definición del concepto de personalidad. Los verdaderos fenomenólogos no quieren definir la personalidad de manera experimental, ya que para ellos la rica realidad de la persona puede abrirse únicamente a través de los múltiples aspectos que primero deben ser descritos del modo más detallado posible.

Los psicólogos humanistas dan un paso adelante y tratan de distinguir dónde se localizan cualidades hereditarias evidentes, dónde ha intervenido el entorno formando o deformando y dónde finalmente se choca con fenómenos que se sirven de modo soberano a estos elementos determinados y desde una nueva dimensión delimitan su propio futuro.

2. Principio psicoterapéutico e imagen del hombre

También los psicoterapeutas se introducen en el grupo de los que buscan según un principio personalista. También ellos, como ocurre con los otros, se acercan al ser humano con una determinada actitud y distinguen una vida espiritual sana o insana sobre la base de una imagen del hombre prefijada, para ellos completamente evidente y que por lo tanto ya no puede y no debe ser demostrada. La decisión para una determinada imagen del ser humano es siempre una decisión que se basa en una visión del mundo. La pérdida de una imagen religiosa del mundo ha hecho que hoy la decisión para una dirección psicoterapéutica haya asumido para muchos un carácter pseudo religioso, convirtiéndose en una cuestión de fe.

Querría hacer evidente la cosa a través de un pequeño episodio. Durante la primera fase de movilización, en los años 1939/40, en Holanda fueron llamados unos 20 psiquiatras para el servicio psiquiátrico en el ejército, en calidad de oficiales sanitarios. En la cotidiana discusión con los nuevos tuve que describir una vez el caso de un paciente. Describí el cuadro clínico desde mi punto de vista y concluí dirigiéndome a un amigo mío psicoanalista con las siguientes palabras: «Así veo yo la cosa; si la debiera describir desde el punto de vista de tu visión del mundo, debería describirla entonces así y así». Sorprendentemente mi amigo psicoanalista se inquietó mucho por esta observación. «El psicoanálisis no es para nada una visión del mundo, si aquí hay alguien que tiene una visión del mundo, ese eres tú!» «Pero qué estás diciendo», fue mi respuesta, «¿qué es el psicoanálisis sino una visión del mundo?» «¡Nosotros no tenemos ninguna visión del mundo, nosotros describimos las cosas como son!» «Pero justo porque tú crees describir las cosas como son, se trata de una visión del mundo», fue mi respuesta. Para muchos psicoterapeutas la decisión para una determinada imagen del hombre tiene el significado de una decisión *existencial*. Es en todo caso bien evidente que el hombre no es más que un mamífero inteligente, un ser condicionado socialmente o bien un individuo que decide libremente y que se crea su propio mundo, así lo creen.

El carácter ideológico de las direcciones psicoterapeutas puede explicar también la recíproca intolerancia. Quien ataca a mi fe, ataca a mi seguridad y por consiguiente tiene que ser combatido.

Sólo si se es capaz de aceptar que cada dirección desvela un aspecto particular de la realidad se podrá analizar con interés cada dirección y tratar de ver las diferentes direcciones en el contexto de una imagen global, que naturalmente reproduce a su vez solamente una parte de la realidad “hombre.” El estudio del ser humano nunca tiene fin. Apenas se procede un poco en tan largo camino, la meta se desplaza a su vez más adelante, se hace visible un tramo del camino con nuevos problemas. Cada imagen del hombre es al mismo tiempo el trozo de un film. Después de que durante milenios dominaran imágenes del hombre teológico, en base a las cuales el despertar espiritual o la creación del ser humano precedían su forma de manifestación corpórea, surgió desde hace poco más de cien años un concepto del hombre que se ocupa principalmente de la historia del desarrollo corpóreo, mientras que la conciencia y la autoconciencia se consideran más o menos como apéndices casuales de un proceso selectivo. Ya que se redujo la totalidad del fenómeno hombre a procesos químicos y moleculares o bien, como en la psicología, se veían aún solamente instintos y deseos, pudieron surgir imágenes del ser humano extremadamente restrictivas. En la psicoterapia se pueden localizar algunas piedras millares de este desarrollo, que se vuelven a su vez comprensibles mediante la biografía personal del fundador de la escuela en cuestión.

Freud

Freud quería explicar la psique humana únicamente como función de mecanismos comparables a procesos físicos y químicos. En tal sentido él era totalmente un hijo de su tiempo e influenciado por la declaración paradigmática de Müller, Brück y Du Bois-Reymond, los cuales en 1842 hicieron el común juramento de, en adelante, hacer valer en el hombre solamente procesos de naturaleza química y física. Ellos dominaban entonces la academia prusiana de las Ciencias y podían por lo tanto imponer a sus contemporáneos y a sucesores su dogma.

El gran mérito de la psicología es haber demostrado la existencia de otra conciencia además de la normal de vigilia. En la imagen freudiana del ser humano está el *Es*, el principio del placer, que es esencialmente inconsciente y la suma de todos los movimientos instintivos. La fuerza central del *Es*, es el impulso sexual, la *libido* que

domina todo el elemento esencial del ser humano. El Yo consciente, capaz tanto de percepciones interiores como exteriores es el principio de realidad en el hombre. Él se debe adecuar a la realidad social exterior y por ello se encuentra a menudo en conflicto con el principio del placer, del Es. Según Freud el Yo es el caballero que debe contener la fuerza del caballo, la fuerza del Es.

El tercer elemento es para Freud el Super-yo, que no posee ninguna realidad propia, sino que es un precipitado de reglas y prohibiciones, con los cuales el niño, bajo la influencia de la cultura, se vuelve un hombre “educado.” En este proceso de adoctrinamiento los padres desarrollan un papel decisivo. También el Super-yo es en gran parte inconsciente, él obra sobre todo moviéndose desde el inconsciente. El Yo está por lo tanto expuesto al mismo tiempo a los impulsos reales del Es, a las instancias del Super-yo y a las pretensiones de su entorno social.

El hombre no puede vivir libremente los propios impulsos. Tabúes sociales y culturales de religión y convención ponen normas a las que el hombre debe someterse. En la lucha por una existencia individual el Yo debe reprimir a menudo los impulsos de la esfera animal, pero la instancia animal se hace en todo caso sentir por vías transversales; ella actúa como conjunto removido por las capas de la subconsciencia. Sin embargo es sobre todo el Super-yo quien obra como censor y quien impide que lo que está que en la parte inconsciente se haga consciente.

Los impulsos removidos aparecen como actos fallidos, *lapsus linguae*, *lapsus calami*, errores, etc., pero sobre todo en los sueños.

A través de la técnica de la interpretación de los sueños elaborada por Freud las imágenes oníricas son interpretadas como expresiones del principio de placer (del Es en el sistema de Freud) el resultado de esta técnica es la conocida forma del psicoanálisis en la que el paciente yace sobre el lecho y el psicoterapeuta se sienta fuera del campo visual del paciente. El psicoanálisis ortodoxo, que se prolonga durante años y durante más horas a la semana, se convierte por ello en un enorme adoctrinamiento a través de la imagen freudiana del hombre.

El colaborador de Freud *Alfred Adler* recorrió una vía bien diferente a la rigurosa y dogmática de Freud. Quien ha conocido a Adler recuerda a un hombre pequeño y gordo, que hablaba un exquisito dialecto vienés y con el que se podía entablar una conversación desde la mañana a la noche para hablar de Dios y del mundo, y que con un gesto habitual se limpiaba el chaleco de la ceniza del cigarro. La sicología individual de Adler considera la individualidad del hombre como indivisible unidad y peculiaridad de

la personalidad humana. La diferencia fundamental entre Freud y Adler está en el hecho que Freud, como todos los estudiosos de ciencias naturales, piensan *causalmente*. Él busca las causas de los problemas en el pasado y a ser posible en la primera infancia.

Adler en cambio piensa *finalísticamente*; para él el individuo está orientado hacia una meta futura. Las dificultades se presentan donde la meta no es conseguida. El paradigma está determinado mediante una equilibrada relación entre la aspiración al poder y la afirmación por un lado y el espíritu de solidaridad por el otro. Adler piensa por lo tanto de modo finalizado o intencional; en lugar de pensar como Freud en términos de causa y efecto, él considera la relación entre medio y fin. El punto central en la vida de un hombre está constituido por su meta de vida individual, que Adler llama línea directiva. Pero también para Adler el hombre es al fin y al cabo un ser pulsional, solamente que, a diferencia de Freud, para él hay otros impulsos principales. Él es de la opinión de que son dos fuerzas contrapuestas las que determinan el curso de la vida humana: el *espíritu de solidaridad* y el *deseo de afirmación*, por lo tanto el impulso dirigido al servicio de la comunidad y el impulso dirigido al servicio de los intereses del yo egoísta. Si el individuo toma conciencia del hecho de que no puede conseguir su ideal, entonces emergen sentimientos de inferioridad, que pueden deteriorarse en complejos.

Para Adler los factores hereditarios son tan irrelevantes que ni los considera; todo el desarrollo comienza solamente después del nacimiento y es el resultado de la interacción entre individuo y entorno. Una educación fría e insensible suprime el espíritu de solidaridad, el niño por lo tanto es aislado de su entorno social. Sentimientos de inferioridad corpórea o psíquica conducen a buscar una compensación del impulso de afirmación en otros ámbitos. Esto a su vez puede conducir a una supra-compensación del sentimiento de inferioridad o bien a una fuga en realidad aparente, como por ejemplo la fuga en el enfermedad, si no se es capaz de administrar las dificultades de la vida.

Adler habla de hermafroditismo psíquico o androginia psíquica. El hombre reacciona a las dificultades con rebelión, el niño con obstinación: ésta es la protesta masculina. Las mujeres reaccionan con sumisión, obediencia, celo, docilidad. Todo niño sea macho o hembra, puede, según como se exprese en su propia alma el elemento femenino o masculino, elegir una de las dos posibilidades de reacción. Adler dio notables impulsos para el trabajo educativo. Una educación calurosa y cariñosa, que tenga en cuenta el elemento propiamente creativo del niño, refuerza el espíritu de solidaridad. Para Adler

la terapia tiene lugar en el diálogo, tiende a hacer consciente la propia línea directiva y sobre todo el ánimo. El ser humano debería ser animado a encontrar por sí mismo el camino hacia la meta y a superar la aspiración al poder y a la afirmación movido por el sentimiento de responsabilidad social. El interés de Adler se dirige sobre todo a los jóvenes, él se ocupó mucho menos de las siguientes fases de la vida. Si es verdad que en las diferentes fases de la vida la finalidad se presenta con otro vestido y realiza incluso una verdadera metamorfosis, entonces la búsqueda de una línea directiva no es otra cosa que la búsqueda del elemento permanente en las finalidades mutadas.

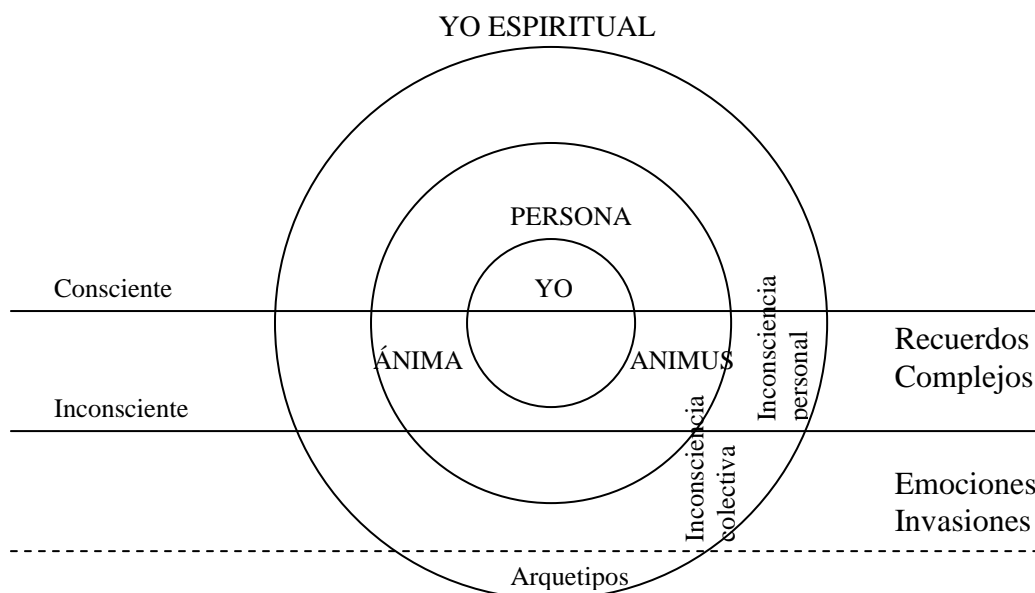
El contraste entre el terapeuta y pensador causal Freud y el terapeuta y pensador finalista Adler ilustra ulteriormente mi punto de partida: cada dirección psicológica hace accesibles ámbitos de la realidad diferentes; cada dirección necesita su propio método científico y terapéutico.

Como tercera personalidad se debe citar a *Carl Gustav Jung*, el psiquiatra suizo y fiel colaborador de Freud, que hasta 1913 fue considerado como el máximo heredero del psicoanálisis. La relación entre Freud y Jung se volvió conflictiva con el tiempo y la ruptura definitiva se realizó cuando Freud pretendió por parte de Jung el juramento de aceptar únicamente la *libido* como móvil de todas las expresiones de la vida humana. Semejante actitud dogmática era totalmente extraña para Jung y se separaron.

A continuación Jung desarrolló su denominada *psicología analítica* y con el tiempo surgió una imagen del hombre que reconoce un inconsciente de más capas: la conciencia individual y la conciencia colectiva con las capas más profundas de los arquetipos, propios de toda la humanidad. Jung nunca trabajó sistemáticamente, en el curso de la vida él siempre sondeó nuevos aspectos del alma humana. Mientras tanto siempre trató de proceder fenomenológicamente y sin teorías establecidas. Esto era obviamente imposible, ya que la investigación sin un principio ordenador que sólo da un todo significativo de los fenómenos no es imaginable.

Un ámbito de investigación de Jung eran los tipos de funciones. En el hombre obran dos tipos de funciones racionales, o bien el pensar y el sentir, y dos funciones irracionales, la sensación y la intuición. De las funciones racionales nosotros deducimos juicios y representaciones de valor, en las funciones irracionales solamente percibimos; ellas son de tipo consciente-sensible o bien, como en el caso de la intuición, de tipo inconsciente instintivo. Además para Jung hay dos tipos de actitudes, o bien el hombre introvertido y el extrovertido. Estos tipos de funciones y actitudes forman juntos una especie de brújula para la subdivisión de los caracteres.

Solamente en la madurez desarrolló Jung la imagen del hombre que puede ser esquemáticamente caracterizada como sigue:



Por cuanto se refiere al concepto de *animus-anima* ya me he expresado en el capítulo sobre el matrimonio. A través del *animus* y del *anima* el Yo mira por así decir el propio inconsciente y a través de la *persona* el mundo externo. La *persona* es por lo tanto como un tipo de envoltura protectora o piel de Yo. Ella es estructurada a través de nuestra educación y nuestra adaptación a las convenciones sociales y a la *rutina*. Pero ella es también el comportamiento que nuestro entorno espera de nosotros como comportamiento específico de la función. El notario de una ciudad se comporta como un típico notario, en él se ve siempre en primera línea un notario. En pocos se logra ver detrás de esta máscara (*persona*) a la persona misma. *Persona* tiene dos significados: primero, a través de mi persona yo veo el mundo externo (y aquí cuenta mucho si yo lo hago como profesor o como trabajador inculto); segundo, el entorno me ve desde fuera como *persona* y se espera de mí un determinado comportamiento que sea propio de la *persona*. La *persona* limita el Yo, pero es a la vez una envoltura protectora para el Yo, que puede esconderse detrás de la persona y que no necesariamente tiene que hacerse reconocer.

Otro ámbito importante de la investigación de Jung es el fenómeno de la *sombra* del hombre en el inconsciente. La *sombra* es el “lado oscuro”, “ el otro lado” del ser humano. Contiene una forma condensada todo lo que la conciencia rechaza como inferioridad inconsciente en nosotros. Por un lado la *sombra* se ha domiciliado en el inconsciente individual, en la esfera de los recuerdos y las aspiraciones removida y unida a los pocos momentos felices de nuestra historia. Por el otro contiene también los aspectos del inconsciente colectivo incluidas las fuerzas destructivas presentes en cada hombre. La *sombra* finalmente como *Doppelgänger* (el *doble*) puede asumir un carácter arquetípico, y ser experimentada como el “*hermano oscuro*” escindido de la persona. Encontramos la *sombra* en el sueño: el hombre la encuentra como ser masculino la mujer como ser femenino. Este ser es repugnante y amenazador y se distingue por lo tanto del *alma*, que en el hombre se presenta en figura femenina y que, si bien también ella es terrible, señala siempre las cosas positivas, todavía no conseguidas. A diferencia del sueño, en la vida cotidiana el *Doppelgänger* se experimenta como proyección de la propia *sombra* sobre otros hombres, el propio inconsciente negativo aparece, sin que nos demos cuenta de ello, como comportamiento del otro. De ello se deriva una especie de psicología de chivo expiatorio, es decir, el odio hacia lo otro es en el fondo el odio hacia la propia proyección en el otro.

Para Jung psicoterapia significa encaminarse sobre la vía de desarrollo que se ha elegido por uno mismo, que él llama recorrido terapéutico o de individuación. Su terapia comprende el análisis de los sueños, pero junto a ella sobre todo la iniciación en la actividad creativa y artística y en un vasto estudio literario. El yo cotidiano está limitado (véase el dibujo esquemático), en parte consciente y en parte inconsciente, debe extenderse al Yo que abraza conscientemente la persona total, el consciente y el inconsciente hasta los arquetipos. El recorrido terapéutico es un desarrollo que atraviesa la vida entera. El joven Jung motivó él mismo su conflicto con Freud del modo siguiente: Freud desarrolló su teoría a través de su propio material de pacientes, constituido sobre todo por jóvenes mujeres, pertenecientes al rico círculo vienés de los Años ‘90 del siglo pasado, casadas por lo demás con hombres mucho más viejos que ellas y donde en primer plano estaban de hecho problemas sexuales. Él en cambio tuvo un material de pacientes constituido por los más adultos que a menudo superaban los 45 años. Para ellos no eran tanto los problemas sexuales los que ocupaban un primer plano, sino más bien los existenciales, sobre el sentido de la vida y de la muerte.

Al igual que Adler, Jung se concentró más sobre la finalidad en la vida del hombre, sobre el elemento final. Pero mientras para Adler la aspiración se dirige principalmente a una posición en la vida, el intelectual Jung ve la meta del vida como recorrida evolutivo espiritual encaminado a la superación del aprisionamiento en el inconsciente y la aceptación de la personalidad total.

Al ocuparse de los arquetipos Jung se puso en contacto con la cultura tibetana, hindú, con la antigua China y de los indios de América. Jung viajó mucho y cuando escribe sobre las culturas primitivas lo hace por conocimiento y visión propias y no especula como Freud sobre cosas que él no conoce realmente.

Para Jung la alquimia era un ámbito importante, en el que podía analizarse el desarrollo de los símbolos arquetípicos. No puedo entrar aquí en los detalles, pero quien haya leído el libro de Jung sobre la alquimia no podrá menos que advertir que la concepción junguiana no es suficiente para dar luz sobre esta difícil materia.

Ya es sorprendente como Jung en su período escolar no podía encontrar ninguna relación justa con las ciencias naturales y la matemáticas. Esto es debido sin duda a su comportamiento introvertido, que hizo ciertamente posible la mirada hacia el interior pero no hacia el exterior. Jung experimenta el mundo de la psique en representaciones, aludiendo con ello al hecho de que éstas son imágenes y símbolos para una realidad psíquica, pero que permanece oculta detrás de aquellas. Así para Jung también la esencia de los arquetipos es por principio inaccesible, ya que ellos son solamente realidad espirituales proyectadas en la dimensión psíquica. Pero aquí están también los límites de los descubrimientos de Jung. En un camino interior se pueden experimentar ciertamente fenómenos psíquicos, pero no se es capaz de sondear su origen espiritual. Jung por ejemplo se ocupó del *Fausto* de Goethe, pero no de sus estudios científicos, cerrándosele así el acceso a un ámbito muy importante.

En la tríada Freud-Adler-Jung, Jung tiene la imagen más vasta del ser humano y el planteamiento psicoterapeuta más distinto. Pero veremos también que Jung era un hijo de su tiempo; él pudo indagar y poner al desnudo el subconsciente, pero no dirigirse como otros, a la supraconsciencia. Adler y Jung permanecen siempre encarcelados en un psicologuismo, como el propio Jung lo confirmó en un diálogo con el psiquiatra Zeylmans van Emmichoven.

El psiquiatra vienense *Viktor Frankl* con la *logoterapia* por él desarrollada ha abierto una dimensión completamente nueva a la psicoterapia⁹. Frankl que por así decir se mueve en la estela de Freud y Adler, describe en su *Homo Patiens* tres diferentes planteamientos nihilistas en la consideración del ser humano. Las tres *reducen* al hombre entero a un autómeta que funciona biológicamente, psicológicamente o sociológicamente. Acuña a tal fin los conceptos de *biologismo* (aquí indicado con el término de innatismo), *psicologuismo* (aquí empirismo) y *sociologismo*, que reduce al hombre predominantemente en sentido político a representante de un clase, de un pueblo o de una raza.

En la disquisición sobre las diferentes imágenes del hombre no he tratado separadamente el sociologismo. Por ello querría añadir algo al respeto. Desde 1968 el sociologismo está nuevamente en auge. Él es utilizado como arma de la polarización en política y ciencia. En Holanda es suficiente poner la radio o la televisión, hojear el periódico, para sentir decir que psiquiatras, profesores, empresarios, padres están en todo caso de la parte equivocada, que son el producto y por lo tanto los representantes de las relaciones sociales dominantes y como consecuencia deben ser puestos aparte. El psiquiatra representa el dominio del médico sobre el paciente, el profesor el dominio sobre los estudiantes, el empresario el dominio sobre los trabajadores, los padres el dominio sobre los hijos. Los seguidores de esta dirección tienen evidentemente la intención de dejar que sus hijos sean educados por socio-pedagogos justamente adoctrinados y examinados por el estado! Hoy el modelo más importante del sociologismo es el marxismo.

El sociologismo, o bien la tesis según la cual el ser humano sería un producto de su grupo social, deriva de la sicología del individuo adleriana y de sus conceptos de la aspiración al poder y al éxito lo que para los seguidores de esta dirección a menudo no es incluso consciente. En Adler sin embargo el contrapeso de la aspiración al poder y al éxito determinado es dado por el espíritu de solidaridad. El sociologismo conoce este espíritu de solidaridad solamente en una determinada clase; ella opera en el ámbito social impersonal colectivo. El sociologismo es de la opinión de que solamente en un lejano futuro reinará el espíritu de solidaridad, se tendrá el paraíso en la tierra, cuando todos los enemigos sean destruidos y permanecerán solo los que tengan el adecuado

⁹ Ärtliche Seelsorge, Munich 1975; *Homo Patiens*, Viena 1950

espíritu de solidaridad. Entonces, de modo pacífico y sin aspiraciones al poder, se será partícipe de la beatitud.

El sociologismo político es también siempre utopismo. En la psicoterapia el sociologismo obviamente juega todo sobre la terapia de grupo.

Frankl ha mostrado como las tres direcciones cometen el mismo error. Extreman la dimensión que determina el curso de la vida humana. En esto ellos pierden completamente de vista la esfera espiritual. Y por otra parte “dar significado” y “encontrar valor” pertenecen a las dimensiones espirituales más importantes de la vida humana. Frankl llama “ligereza metafísica” el querer negar al ser humano mismo las cualidades por él encontradas y creadas. Lo importante para Frankl es que cada ser humano conduzca su vida “hacia la propia verdad.” La vía a lo largo de la cual se encuentra esta forma de dar significado: el análisis de la existencia; la terapia que en este caso se emprende es la logoterapia.

Las preguntas sobre el sentido de la vida, Frankl las ha tratado en un capítulo separado: el sentido de la vida, de la muerte, del sufrimiento, del trabajo y del amor. Él expresa una crítica a tomarse en serio en el psicoanálisis y su principio de placer además de la psicología individual de los adlerianos y sus deseos de poder y de éxito. Con la logoterapia él querría llevar a los hombres a reconocer su propia verdad, una verdad necesariamente única, ya que ningún ser humano puede ver el mundo desde la misma perspectiva que otro. Esto conduce a una discreción terapéutica por parte del médico y crea una gran responsabilidad por lo que ocurre entre los dos, entre médico y paciente. Sólo si el hombre se hace consciente de su dimensión espiritual y sabe lo que él “podría ser”, solamente si se decide a aspirar a lo que él aún no es, pero que puede ser, solamente entonces según Frankl se puede hablar de una verdadera terapia existencial. Todo el resto es un cuidado biológico o psicológico del síntoma.

El psicoanálisis es la teoría que considera al hombre un ser “movido” (por el Es). A esto Frankl responde con las palabras de Goethe: «Si nosotros tomamos a los hombres como ellos son les hacemos peores de lo que son. Si les tratamos como si fueran lo que deberían ser, entonces les conducimos a donde deben ser conducidos». Toda la logoterapia está orientada hacia este “poder ser.”

Frankl dice que «la vida humana no puede realizarse solamente en el crear y en el vencer, sino también en el sufrir». «Lo espiritual llega a expresarse - y quiere llegar a

expresarse – en lo corpóreo y en lo anímico». «En el amor se descubren las posibilidades de valor de la persona amada».

La madurez personal en el curso de la vida es para Frankl el descubrimiento y la realización de lo que nosotros *podemos* ser. En esto juegan un papel importante el humor y sobre todo la capacidad de reírse de sí mismo. La persona sin embargo es impedida en su desarrollo por biologismos, psicologismos y sociologismos que son en igual medida ciegos desde el punto de vista tanto del valor que del espíritu. Ya que el espíritu en el hombre es “espíritu personal.” El psicologismo pasa sin embargo por encima de la persona espiritual, mientras que justo es ésta la realidad máximamente objetiva. Cada acto espiritual está en su intención orientado a dar sentido y valor. Desgraciadamente es imposible trazar en resumen un cuadro plenamente satisfactorio de la formulación personal de Frankl y de su logoterapia.

Después de Frankl debe ser citado el psicólogo italiano *Roberto Assagioli*, el cual -construyendo sobre cuanto expresaron Jung y Frankl -con su *psicosíntesis* ha realizado un paso decisivo en la vía hacia el personalismo. Assagioli nació en Venecia en 1888 y como joven psiquiatra trabajó según el método psicoanalítico freudiano. Sin embargo, él recorrió después vías propias, ya que era del parecer que él investigaba solamente un aspecto parcial del alma humana. Ya en 1910 inició la elaboración del bosquejo de su denominada “psicosíntesis”, en la que junto a la libido biológica freudiana debía ser investigada la propia alma humana. Toda la obra de su vida, recogida entre 1965 y 1970, ejerce al mismo tiempo sobre el pensamiento psiquiátrico, pero sobre todo sobre la terapia de grupo de escuela americana, una notable influencia, en virtud de la cual Assagioli vuelve a Europa en la ola de la psicología humanista. Con los humanistas, sobre todo con Maslow, Assagioli subraya la importancia de la personalidad y de su auto-experiencia sobre el hombre, pone el acento en el continuo desarrollo de la personalidad y de la responsabilidad propia del “Yo” en la decisión referente al propio futuro.

La psicosisíntesis subraya el papel de la voluntad, que sin embargo no se ve como la fuerza móvil del ser humano, sino como el elemento regulador y capaz de dirigir las otras funciones psíquicas, dirigidas a su meta. En tal sentido en la psicoterapia de Assagioli el desarrollo de la voluntad es un aspecto importante. Él mismo dice de su psicosisíntesis: «Es un concepto y en cuanto tal se pone de modo *neutral* frente a las diferentes direcciones religiosas y filosóficas, prescindiendo solamente de las doctrinas que son puramente materialistas y que niegan la existencia de realidades espirituales. La

psicosíntesis no trata de proveer una explicación metafísica o teológica del gran misterio. *¡Ella conduce a la puerta, pero allí se para!*».

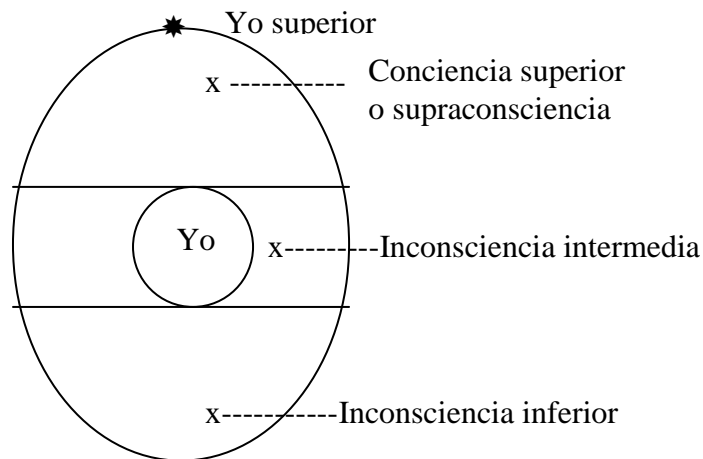
Como psicoterapeuta Assagioli procede aquí coherentemente. Estimula el conocimiento y provee impulsos de desarrollo. Empuja mucho hacia adelante, ya que en su terapia incluye también con gran efecto la leyenda del Santo Grial, Dante y meditaciones. El peligro es sin embargo que se queda en los símbolos y no se quiere reconocer la realidad que está detrás.

Pero también aquí las cosas no son diferentes que en otras terapias: los que conducen los grupos de psicosíntesis no pueden dar más de lo que ellos mismos son. Quien no ha abierto la puerta con la ayuda de otro hombre y no puede orientarse en el mundo que está más allá de la puerta, debe permanecer en el umbral. Sus alumnos o pacientes se sentirán finalmente abandonados y buscarán otro terapeuta.

Pero a pesar de estas objeciones la psicosíntesis es una vía interesante hacia el umbral del inconsciente, es con mucho la dirección más ponderada y más moderna en la moderna psicoterapia. El punto más importante en Assagioli es la hipótesis de un inconsciente superior, que él contrapone al inconsciente inferior. Representada esquemáticamente su concepción del ser humano ofrece una imagen completamente nueva (ver figura de pag.134): se distinguen tres ámbitos, que permanecen inconscientes para la conciencia cotidiana normal. Solamente una parte del inconsciente medio es contraído en un estrecho horizonte de la conciencia, en cuyo centro está el yo consciente cotidiano.

Los confines entre horizonte consciente e inconsciente intermedio son fluctuantes; se puede por ejemplo acoger algo en el horizonte consciente en el momento en el que se piensa, o bien se puede expeler algo del mismo, desde el momento en el que se lo olvida temporáneamente y se ocupa de otras cosas del ámbito consciente. (En este sentido la inconsciencia intermedia es casi idéntica a la inconsciencia personal de Jung, en la que también se hallan contenidos recuerdos que pueden de nuevo ser hechos conscientes).

El *mundo supraconsciente* es un concepto central de Assagioli. Es éste el ámbito desde el que el yo consciente recibe intuiciones, inspiraciones, “imperativos éticos”, el empujón a acciones nobles. La supraconsciencia es la fuente de los sentimientos superiores, como el amor desinteresado, la fuente de la genialidad, la iluminación de meditación y contemplación, el éxtasis. Aquí tienen su puesto las cualidades psíquicas superiores y la “fuerza espiritual.”



En la inconsciencia inferior se encuentran todas las fuerzas emergentes de la esfera biológica, como impulsos y pasiones; pero aquí actúan también los complejos no elaborados y todo lo que los psicólogos de lo profundo han descrito como inconsciencia colectiva, como estratos de los arquetipos ¡Es todo lo que está *en* el hombre, pero no es la *única cosa en él!*

En la psicósíntesis frente a la inconsciencia inferior está una realidad espiritual igualmente concreta, con una fuente energética propia. Si se comparan los psicoterapeutas Jung y Assagioli, se hace evidente que Jung no sabía que hacer con todo lo que ocurre más allá de los límites de la conciencia y por ello lo proyectó nuevamente en el más profundo inconsciente.

Assagioli, con la tripartición de la personalidad psíquica, encontró un esquema desde el cual pudo desarrollarse la terapia, que admite distinciones cualitativas y asigna su lugar a los diferentes ámbitos. Para Assagioli el *Yo superior* es un centro constantemente existente, que de manera evidente es nuevamente alcanzable desde la conciencia normal después del despertar. En el centro se pone el yo empírico, que se expresa en cosas como “quiero un trozo de pan” o “esto no me interesa.”

El *yo superior* es el verdadero centro de la personalidad, el centro en el que se realiza la síntesis de la persona y cuya existencia constante es el hilo rojo de la biografía. Nosotros no conocemos el Yo superior, pero experimentamos continuamente su efecto proyectado en los procesos anímicos.

La vía que Assagioli quiere recorrer con sus alumnos y pacientes es aquella que desde el yo normal conduce al Yo superior. El hombre primero debe poder hacerse una

imagen de su Yo superior (¿quién soy yo?). En el curso de su vida debe después identificar su yo normal con su Yo superior. Frankl dice que cada uno debería realizar su propia verdad. ¡Ésta es por lo demás una ardua empresa! A veces esto ocurre a través de un crecimiento interior natural, pero normalmente para realizarlo se debe esforzar y luchar durante toda una vida.

Según Assagioli como ayuda a esta vía el hombre debería buscar algo que pueda unir el Yo superior al normal. Esto puede ser por ejemplo un ideal al que se aspira como artista, filósofo o buscador de la verdad. A través de la dimensión del arte el hombre se esfuerza continuamente por conseguir la propia verdad. Por eso nunca hay verdaderos investigadores satisfechos en el arte, en la ciencia, en la filosofía y en las ciencias naturales - ya que no está nunca “lo verdadero.” Assagioli es un hombre sabio, que indica múltiples posibilidades y que enseña y anima. Es importante para él que de la multiplicidad del mundo sensible se llegue a la unidad de la “síntesis suprema.”

“Nos parece advertir que el espíritu - independientemente del hecho de que se lo tome como entidad espiritual o como energía cósmica - que obra en y sobre todo lo creado, que crea *orden*, armonía, belleza, uniendo a todas las criaturas (algunas dispuestas pero la mayoría hasta ahora ciegas y reacias) en una unión de amor, alcanza la *síntesis suprema* de modo lento y silencioso, pero con pleno vigor y resolución.” Esta síntesis suprema de Assagioli tiene un elemento de beatitud que nos parece de naturaleza místico-oriental y que nos recuerda al Nirvana de los budistas. Assagioli se dejó ciertamente influenciar en su pensamiento por ideas orientales.

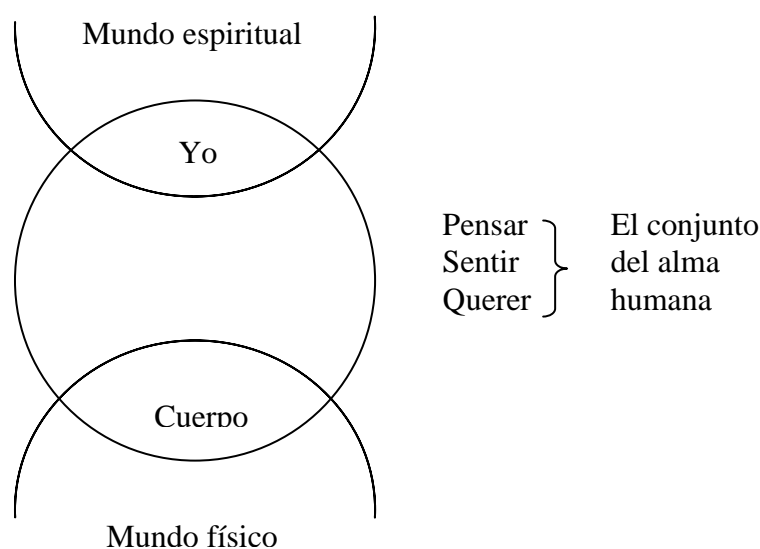
Assagioli traza una vía de desarrollo interior que comienza con el hecho de que el yo cotidiano, a través de determinadas técnicas, desarrolla más fuerza intelectual, más vigor volitivo y más fantasía y después procede hacia la psicósíntesis espiritual, que indaga el ámbito de la supracoscencia.

En la exposición de la concepción esteineriana de la vía de desarrollo interior volveré nuevamente a Assagioli. El ámbito en el que Assagioli se introduce no está exento de peligros; no todo aquél que conduzca un grupo de psicósíntesis de modo entusiasta es a la vez un acompañante fiable sobre este terreno, sobre todo si después se discuten visiones de manera imprevista e involuntaria en las que se debe poder distinguir bien entre ilusiones “trastornadas” y el encuentro espiritual controlado.

En *Rudolf Steiner* (1861-1925) el personalismo se encuentra en su forma más madura que abraza a toda la existencia. El filósofo austriaco además de pensador de ciencias naturales presentaba a la vuelta del siglo en su *Filosofía de la libertad* los

rasgos fundamentales de su personal imagen del hombre, que más tarde ulteriormente fue elaborada por la antroposofía.

Hasta ahora he tratado autores cuyo conocimiento del ser humano ha ejercido, y continua ejerciendo, una notable influencia sobre toda nuestra vida cultural. Desde la imagen biológica del ser humano de Freud, a la psicológica de Adler y Jung, el desarrollo llega en Frankl y Assagioli a una imagen del hombre más espiritual. En Steiner encontramos ahora con un imagen del ser humano que abraza al mismo tiempo los tres los aspectos. Por tanto en Steiner no hay ninguna psicoterapia en sentido estricto, sino siempre y solamente una terapia global que comprende cuerpo, alma y espíritu.



La imagen del hombre de Steiner conoce tres elementos. Según él hombre, que se experimenta en su psique, es ciudadano de dos mundos, del físico por un lado, con él que está ligado a través de su corporeidad, y del mundo espiritual por otro, en el que vive su yo superior. Entre estos está el ámbito en el que el hombre se percibe a sí mismo en los tres campos psíquicos del pensar, sentir y querer.

En esta concepción el Yo vive en un mundo divino espiritual, que no es entendido como abstracción filosófica o como la “totalidad de la cultura humana”, sino como fundamento primigenio de la creación. Aquí, tras los fenómenos del mundo físico hay que buscar al Artífice, aquí está la meta del desarrollo del hombre y el cosmos.

Con esto sin embargo se abandona conscientemente el ámbito del psicologuismo; en la imagen del ser humano de Steiner el hombre es por un lado partícipe, a través de su

corporeidad, del mundo divino creado, por la otro es partícipe del mundo divino creador, en el que el Yo realiza su desarrollo.

En Jung este desquiciamiento de los límites artificiosos de una rigurosa subdivisión de la ciencia ya es señalado, en Frankl está anclado a un sentimiento religioso y en Assagioli es postulado con la “meta más allá de la puerta.” A quien siga de modo desapasionado las expresiones del alma humana y no tenga la propia percepción ofuscada por prejuicios materialistas o biológicos, se le hará cada vez más evidente que el alma humana no se deja comprimir en los límites de una sicología reduccionista. Esto es cuanto han visto los psicoterapeutas apenas citados y los psicólogos humanistas americanos.

Para Steiner la salud de cuerpo, alma y espíritu siempre es un equilibrio entre dos fuerzas polares. En el cuerpo, por ejemplo, se trata del equilibrio entre procesos constructivos y destructivos que se desplazan en el curso de la vida, así que un niño pequeño sano tendrá una relación de equilibrio diferente que un adulto sano o que un viejo. En Steiner la terapia abraza siempre a la vez el cuerpo, el alma y el espíritu, ella es siempre *terapia de desarrollo*.

Si alguien busca ayuda en un médico que trabaja según los principios de Steiner, en primer lugar le verá físicamente, con particular atención en los síntomas que revelan molestias del sano equilibrio entre procesos constructivos y destructivos. El médico trata de ver si hay signos de envejecimiento precoz, o bien si el paciente es demasiado joven para su edad. En esto la imagen triarticulada, biológica del ser humano es un buen hilo conductor. La influencia de los órganos portadores de la conciencia, del sistema nervioso y de los sentidos, favorece los procesos destructivos, el de los órganos de intercambio los procesos constructivos. Demasiados procesos constructivos en el sistema nervioso llevan a una disminución de la actividad de la conciencia, demasiados procesos destructivos en el sistema de intercambio llevan a la disfunción tisular, decadencia o degeneración. En el medio están los órganos que trabajan rítmicamente, que conectan la esfera superior con la inferior. Son sobre todo la respiración y la circulación quienes indican un equilibrio alterado.

El médico buscará a través de medicamentos, masajes, baños, etc. regular el ritmo vital y restablecer el equilibrio conforme a la edad o bien la *salud*. Al mismo tiempo, emprenderá junto al paciente un historial psíquico, apuntará el recorrido de vida, la formación y las condiciones de vida hasta a hoy. Después comienza la parte del tratamiento que se podría llamar *terapia biográfica*. El paciente aprende el desarrollo de

la biografía humana, y en este contexto puede descubrir junto al médico cuándo se trata de problemas generales, innatos en una crisis normal de una fase de la vida, y cuándo de “coloraciones” y “contenidos” individuales. Comúnmente ya es un gran alivio el poder separar la problemática personal de la problemática de desarrollo normal y general. Se debe acercar ahora a la problemática individual considerando tres aspectos:

(1) Deben tratarse *molestias corpóreas del equilibrio*.

(2) El paciente debe aprender a reconocer las *molestias del equilibrio psíquico* y debe también estar dispuesto a modificar sus hábitos de vida. Si por ejemplo predominan las funciones conscientes, como pensar y representar, entonces esto conduce al insomnio y al nerviosismo, hasta a la obsesión. Si en cambio dominan los impulsos volitivos inconscientes, entonces el hombre se encontrará expuesto a las influencias de impulsos inconscientes. De ello pueden surgir continuamente nuevos problemas sociales.

En ámbito *psíquico* se debería aspirar a un *equilibrio activo*, lo que más arriba he llamado *ecuanimidad*. Para conseguirlo hay que ejercer ausencia de prejuicios y una actitud positiva (por ejemplo se encargará el paciente de apuntar cada noche un acontecimiento positivo del día. El médico puede discutir luego estos acontecimientos sobre la base de las anotaciones).

(3) En ámbito espiritual se trata del desarrollo del Yo, como forma espiritual. Si el paciente encuentra de nuevo una meta individual de la vida, un leitmotiv, se abre entonces de nuevo el futuro. Generalmente, para hacer posible este “reencontrar” la propia meta, se debe sin embargo despertar algo en el individuo en cuestión. A menudo el confrontarse con el curso de la vida humana es ya un impulso para aprender a ver de modo diferente la propia vida. ¿Dependiendo de la necesidad y de las capacidades del paciente se ocupará de modo más o intenso de cuestiones como: ¿Quién soy yo? ¿De dónde viene mi leitmotiv? ¿Por qué me encuentro en esta crisis?

En este Yo el terapeuta ve la dimensión permanente del ser humano. Ella existía ya antes del nacimiento y existirá ulteriormente después de la muerte, enriquecida por las experiencias de esta vida. Esta *sola* vida es demasiado breve y limitada para que el camino de desarrollo pueda ser completado en ella. Por eso son necesarias más vidas, cada una con un nuevo leitmotiv, como nueva tarea de vida. Del esfuerzo y desilusión, éxito y derrota, alegría y dolor de un camino de vida se madura al mismo tiempo el germen de la vida siguiente. El yo se vuelve más rico, más consciente y asume más responsabilidades. Este camino de desarrollo a través de más vidas, este proceso de aprendizaje que procede de más “clases”, da nueva luz al sentido de las situaciones

humanas de *una* vida. Hereditabilidad y entorno son entonces cosas que nosotros mismos hemos querido. Quien encuentra singular tal afirmación reflexiona sobre el hecho de que también en el deporte o en la ciencia nos ponemos metas, que también en nuestro programa de entrenamiento o estudio insertamos obstáculos bien ponderados, para conseguir después prestaciones superiores.

Obstáculos presentes en el curso de una vida, que se sienten a menudo como injusticia y contra los cuales uno se rebela, son un aspecto de la biografía y por tanto un aspecto del Yo mismo. Justo en ellos se vuelve visible el auténtico leitmotiv.

En la búsqueda del *leitmotiv* se descubren finalidades directas e indirectas. Junto a la meta misma de la vida se convierte después en factor esencial la *vía hacia esta meta*. Justo aquí se ofrecen las mayores ilusiones. Al final lo que importa es encontrar *finalidades realistas* para la definitiva meta de la vida. Uno será propenso a elegir metas utópicas, por tanto a dar de nuevo distintos pasos evolutivos, otro por miedo al fracaso casi evitará ponerse metas. Encontrar aquí el justo medio es una virtud enseñada ya por Aristóteles, el cuál dice que el coraje no es lo contrario de la vileza, sino que el verdadero coraje representa el justo medio entre vileza y temeridad.

De eso emerge quizás con claridad que una finalidad equilibrada y bien ponderada puede ser comparada al desarrollo del coraje espiritual. Coraje espiritual significa aquí que se acepta conscientemente el propio curso de la vida y se desarrolla ulteriormente. Adler ya tuvo indicios de tales problemas, sin embargo él los proyecta sobre mecanismos psíquicos inconscientes. Él conoce el concepto de *arrangement*. Con eso entiende él una especie de fuerza misteriosa presente (según su visión) en el inconsciente con la que el ser humano provoca siempre de nuevo la mala suerte y a menudo hasta accidentes graves, tal como un buen maestro pone en el camino de su alumno dificultades cuya superación deberían hacerlo crecer.

Para Adler el estímulo es el instrumento terapéutico más importante, por contra en Steiner se debería hablar sobre todo de auto-estímulo. La biografía es en tal sentido el proceso de individualización en la juventud y el desarrollo en persona (no en sentido junguiano, ndt) en el curso de la vida, ya que primero se es individuo y solamente después una persona.

La terapia para personas con dificultades psíquicas debe ser compleja necesariamente. Junto al ya indicado tratamiento orgánico debería introducirse una terapia artística, que con la pintura, el modelado, la euritmia y la música abra a nuevos ámbitos de experiencia. Desde ahí la terapia biográfica puede finalmente tomar los

elementos que conducen a la renovación de la finalidad. El hombre debería ir al encuentro de estas metas, aferradas ahora de modo totalmente realista, con la fuerza del coraje interior, un coraje que es justo el equilibrio entre miedo y temeridad. Una parte de la terapia consistirá en realizar junto a otros nuevas metas. Ya que nosotros realizamos nuestro desarrollo con y por los otros, ahora deberíamos unirnos en nuevas comunidades. Estas comunidades podrían ser *grupos de estudio*, en los que encontrarse para encorajinarse recíprocamente para continuar en la dirección emprendida y en la que se ayuda a conseguir conocimiento. También podrían ser *comunidades de alojamiento*, familias, centros terapéuticos, comunas y también *grupos de trabajo*, en los que se dedica a tareas concretas y juntos se hace algo para otros y por lo tanto se colabora necesariamente. Comúnmente aquí no juegan ningún papel cuestiones inherentes a la concepción del mundo, no se tiene que vivir o habitar junto a otros. La meta de la terapia del desarrollo es: ayudar a cada ser humano en su próxima fase de desarrollo o en el salto hacia su próximo nivel de desarrollo. Estos niveles de desarrollo son por un lado dependientes de las fases de la vida en la que el hombre viene siempre a enfrentarse de nuevo con nuevos problemas y nuevos desafíos. Por otra parte el *leitmotiv*, por el que el Yo superior se ha decidido en esta vida, determina el valor de este desarrollo. Este *leitmotiv* se vuelve asible en la reacción del individuo a todos los factores hereditarios y a su educación o bien, dicho de otra manera, en el modo en que se ha valido de sus disposiciones y de su educación, y como él se pone sus metas de vidas futuras. Todos estos elementos juntos dan la más humana de las obras de arte que se pueda imaginar: la biografía individual.

3. Tres niveles de ayuda psicoterapéutica

Para poderse orientar en el laberinto de las direcciones y de los métodos psicoterapéuticos primero los debemos ordenar sistemáticamente. Basándome en mis experiencias querría distinguir tres niveles en los que una persona con dificultad psíquica o mental puede ser ayudada.

El *primer nivel* lo querría indicar con el concepto de *ayuda recíproca*. A él pertenecen todas las terapias individuales de diálogo y grupo, en las que se discute juntos sobre trastornos, que se refieren a causas sociales, del curso normal de la vida y de la incapacidad de algunos individuos para encontrar su propia meta de vida, para

emprender relaciones o para afirmarse de otro modo. Aquí se pone el acento en la ayuda recíproca, “fraternal”, que cada hombre puede ofrecer a otro semejante.

El *segundo nivel* abarca el ámbito de la verdadera *psicoterapia*. Le pertenecen los trastornos que por lo general se presentan en los ya descritos puntos críticos de la vida, pero también unilateralidades extremas en el temperamento o en la actitud de fondo que hacen imposible una evaluación ponderada de las situaciones de la vida. También pertenecen a este ámbito los trastornos más graves del curso de la vida, que son causados por residuos no elaborados del pasado o por metas ilusorias puestas en el futuro. Aquí la terapia se concentra en el hecho de llevar al ser humano, a través de la actividad artística y el encuentro personal con el terapeuta, nuevas perspectivas y finalidades. El médico de formación psiquiátrica guía así un proceso de curación en el que él mismo, como ser humano a la vez implicado, desarrolla un papel importante.

El *tercer nivel* es el verdadero ámbito de la *psiquiatría*. Aquí se trata de psicosis; eso significa que es el hombre entero con su existencia somática, psíquica y espiritual quien toma parte en el proceso de enfermedad.

El médico en este caso debe decidir qué forma de terapia es posible en un primer momento y cuál después. Los trastornos se remontan aquí a causas somáticas. Se concentra por lo tanto en un tratamiento farmacológico (¡que no es sinónimo de empleo de psicofármacos!) y se aplican todas las demás terapias de forma rigurosamente dosificada.

Si partimos de esta subdivisión se podrá aclarar mejor en la confusión de las diferentes posibilidades terapéuticas e incluso se aclarará porqué en este ámbito hay métodos e impostaciones tan diferentes. Además resulta evidente porque surgen conflictos en los pacientes que son tratados en un grupo, pero que en realidad pertenecen otro, o bien que son dimitidos por un grupo, pero no acogidos por otro.

(1) *ayuda recíproca*. Si me viene un amigo que tiene dificultades, entonces iniciaré un diálogo con él y trataré de ayudarlo en lo posible sin saber mucho de ninguna metodología. Esta forma de ayuda humana es ya bastante eficaz. Aquel que busca la ayuda se ha desahogado y ha experimentado la compasión de un amigo. Esto significa que se ha liberado de su soledad. Este encuentro ha aportado un nuevo elemento a la difícil situación, y el que busca ayuda da un paso adelante.

Puede realizarse una ayuda humana semejante de modo exhaustivo, sistematizado y profesional. Los que prestan una ayuda profesional están preparados para crear situaciones que pueden ser utilizadas por quien busca ayuda. Con esto comienza el

laberinto de instancias, asociaciones, grupos e individuos dispuestos a ayudar. Cada uno se especializa en un determinado tipo de problemas, desde donde de nuevo se desarrollan métodos totalmente diferentes, dependientes de la concepción del hombre y la sociedad propia del que presta ayuda.

Dentro y fuera de la administración jurídica hay muchas formas de trabajo social, personas motivadas dispuestas a ayudar y que recurren a iniciativas libres, trabajan juntas en reformatorios, y más allá de las cuestiones de finalidad entran aquí en juego los métodos y la política. Sin tratar de ser exhaustivo querría citar aquí algunas direcciones y métodos. Lo hago especialmente para llevar a la conciencia del lector la multiplicidad que reina en este ámbito.

Hay psiquiatras y psicólogos que junto a la terapia individual tienen sesiones de grupo una o más veces por semana. Hay instituciones para terapia de grupo y para terapia familiar. En todas estas instituciones la participación es totalmente voluntaria. Si alguien, repetidamente, no toma parte en las sesiones, a lo sumo es “excluido.” Si uno o más miembros de una familia en terapia familiar se retira, entonces la terapia se interrumpe. De este modo se llega a una selección natural de los casos más graves, de los que ya no tienen la iniciativa o las posibilidades interiores de querer activamente la curación.

Hay consultores para menores huidos de casa, para drogadictos o alcohólicos. También en estos casos por lo general se solicita la inscripción y la participación voluntaria. Junto a eso existen la más diversas formas de “training”, que duran como mucho algunas semanas: *Sensitivity training*, *Gestaltraining*, grupos de psicósíntesis, *Encounter group therapy*, verbales y no-verbales, terapia-maratón de grupo en la que los participantes permanecen juntos ininterrumpidamente de las 24 a las 48 horas y muchas otras formas de trabajo de grupo con los nombres más distintos como bioenergética y análisis transaccional.

Ciertamente también en estos casos la inscripción y la participación es voluntaria, pero durante las sesiones se ejerce por lo general una fuerte presión para que los participantes digan todo, dejen emerger cada sentimiento y lo expongan al grupo. Para las naturalezas más robustas esta presión es fructífera, para las más sensibles es angustiante. Ya que la formación de un grupo así se deja a la casualidad y el individuo se hace dependiente de personas más o menos agresivas, el que guía el grupo tiene que tener realmente buenos conocimientos en materia para que pueda proteger a los participantes. A pesar de todas las buenas intenciones estos conocimientos

especializados no siempre están presentes en los que conducen los grupos. En fin, las premisas para esta profesión no están aún normativamente reguladas, quien se siente atraído por este trabajo puede condecorarse con el título de “entrenador” y trabajar según dinámicas de grupo. La cualidad del trabajo de grupo depende por lo tanto estrechamente de las capacidades de quien conduce el grupo prescindiendo obviamente de los métodos aplicados.

Personalmente soy de la idea de que también en las terapias de grupo se debe tener el absoluto respeto por la personalidad y la libertad de cada participante. Implícito en esta libertad está también el derecho a la tutela de la esfera personal, el derecho de no querer expresar ahora y en este círculo determinadas cosas. Una intensa presión y largas sesiones violan esta libertad y deben por lo tanto ser rechazadas. La terapia de grupo está cada vez más en boga, es, por así decir, “in.” Pero el entusiasmo por el descubrimiento de las múltiples posibilidades de la terapia de grupo ha llevada a una sobrestimación de estas posibilidades; se sienten también a menudo aseveraciones que aspiran a desacreditar la psiquiatría individual, que sin embargo tiene que enfrentarse con otros problemas que no se pueden afrontar con criterios de tratamiento y métodos propios de la terapia de grupo. Los hospitales psiquiátricos se comparan con campos de concentración y a los psiquiatras se les pinta como seres insensibles y sin corazón.

Pero si un “tranquilo paciente esquizofrénico” es desviado por una clínica psiquiátrica y confiado para el tratamiento siguiente a un centro socio-psiquiátrico, puede entonces suceder que, al no presentarse después de tres llamadas, sea simplemente “echado” y otros centros deban entonces asumir la ayuda terapéutica que necesita. Eso no sería de por sí tan grave; se podría incluso imaginar una división racional del trabajo si no fueran porque los otros centros criticaran después a los consultores socio-psiquiatras.

Querría sintetizar así mi opinión: la terapia de grupo entendida como ayuda sistematizada y recíproca es un ámbito nuevo del tratamiento psicoterapéutico que se encuentra aún en fase de desarrollo. Esta fase de desarrollo aún no concluida lleva al hecho de que cada uno está preparado para comprometerse con su propio método. Común a todas las direcciones es que se concentran sobre el “aquí y ahora”, sobre la actualización de problemas en el interior de un grupo (no elegido libremente) y que los problemas del desarrollo biográfico no juegan casi ningún papel. El “material” participante se encuentra comúnmente en la fase media de la vida. A causa de los métodos elegidos los problemas del alma sensible, de las “aspiraciones vital-anímicas”

tienen ventaja. Los problemas más sutilmente espirituales no tienen derecho a opinar, por el hecho de que ellos no se han puesto en la imagen del hombre propia de los terapeutas de grupo. La terapia de grupo puede obrar positivamente en el caso de que se rompa el aislamiento o se de el paso evolutivo que desde la adolescencia lleva a la edad adulta y que por determinadas condiciones sociales y de trabajo no ha sido completamente acabado. En la terapia familiar lo importante es portar dinamismo en las situaciones estancadas y en los modos de comportamiento esclerotizados. En la práctica, todas las terapias de grupo parten del psicologuismo, siendo quizás una excepción los grupos de psicósíntesis, que tratan de dar más al paciente; pero también en este caso todo depende nuevamente de la personalidad y de la capacidad anímica de quien conduce el grupo.

(2) *psicoterapia*. Respecto al primero, en este segundo nivel son tratados los trastornos más graves de la biografía. Aquí se trata de individuos cuya vida amenaza naufragar a causa de verdaderos trastornos del desarrollo. Un dato común de estos pacientes es que ya no tienen ninguna perspectiva de un futuro individual, o están totalmente desesperados o se agarran a acontecimientos y modos de reacción del pasado. El curso de una vida que se ha estancado solo puede ser nuevamente puesto en movimiento si se le añade un *nuevo aspecto*. ¡El problema primario no es un pasado no elaborado, sino la falta de perspectivas futuras! Si el futuro se llena de sentido, entonces también el pasado puede objetivarse, él se vuelve entonces menos importante que las posibilidades de desarrollo innatas en el futuro.

Para un criterio diagnóstico y terapéutico en los trastornos del desarrollo es muy importante tener una visión de conjunto de las fases de desarrollo del ser humano, saber cómo deben elaborarse experiencias de fases anteriores y dónde están los puntos críticos de la vida. Con quien tiene dificultad y se dirige a un terapeuta solamente se podrá congratular de su crisis, ya que ella muestra que él se encuentra en el paso a la fase siguiente. Poder objetivar el propio problema a la luz del curso general de la vida humana ya tiene un gran efecto terapéutico. Además se le pueden dar al paciente indicaciones concretas sobre formas adecuadas de actividades artísticas o sobre literatura referente al tema de su crisis.

Junto al encuentro personal con el terapeuta es la actividad artística el fármaco más importante. Sin embargo la terapia artística debe ser configurada individualmente, un artista que trabaje terapéuticamente y el médico deben elaborar juntos un programa que puede ser modificado en el curso de la terapia según los progresos del paciente. La

ciencia médica antroposófica ofrece en este ámbito pintura y modelado terapéutico, euritmia terapéutica y músico-terapia. Sobre todo la euritmia terapéutica se ha desarrollado como un instrumento terapéutico completo que puede ser aplicado mediante ejercicios específicos.

En el encuentro terapéutico que se realiza entre el psicoterapeuta (en este caso un médico) y el paciente, el médico se considera como la otra mitad del caso. Eso significa que él encuentra al paciente como un ser de igual dignidad y se empeña personalmente al menos tanto cuanto él espera del paciente. La terapia que ahora se aplica está orientada a un objetivo, es decir que la fase analítica del tratamiento es el más breve posible y sirve principalmente para determinar el *status quo*, por lo tanto el punto de partida de la terapia. El curso posterior de la terapia depende en gran parte de la edad del paciente. Si se encuentra en la mitad de la vida, entonces él lanzará a menudo una mirada hacia atrás sobre acontecimientos de la primera fase de la vida, que tienen que ser elaborados en este momento. Este detenerse en el pasado está aún limitado a un mínimo y sirve solamente para hacer comprensibles determinados miedos e inhibiciones. Después la mirada se dirige rápidamente de nuevo hacia el futuro.

En muchos casos la situación puede compararse al levantamiento de un negocio. Si yo levanto un negocio lo levanto con todos sus deudores y acreedores. No tendría sentido especular sobre todo lo que sería posible si no existieran determinadas deudas. Pero ellos están y ahora, con la ayuda del capital existente, se tiene que desarrollar una estrategia par los años venideros, teniendo en cuenta el hecho de que determinadas deudas tendrán que ser saldadas. Invertir todo el capital para volver a tener beneficios es mucho más importante que fijarse continuamente y exclusivamente en compromisos pasados.

Hacer beneficios, adquirir nuevas propiedades: ésa es la meta terapéutica más importante para este grupo de pacientes. Esto puede significar procurarse una visión de conjunto de los problemas de todas las fases de la vida humana, pero en particular de la propia. Puede significar también preguntarse si la propia *Weltanschauung*, la propia imagen del hombre son de por sí suficientes como base para una estrategia dirigida hacia el futuro; en esto son de ayuda diálogos y una idónea literatura sobre la materia. Finalmente el paciente también puede considerar la posibilidad de volver a ver su propia tarea y la actitud frente a los otros, por ejemplo si se participa en discusiones de grupo elegidas y preparadas con cuidado, en una mesa de trabajo o en un curso de pintura. Partiendo del encuentro personal con el terapeuta la terapia mira, a través de una

preparación intensiva, el Encounter group (grupo de encuentro), pero que no es solamente un encuentro emocional. El criterio más importante en un grupo así es la libertad y la dignidad del paciente, lo que significa que él debe ser protegido de toda violación de su esfera más íntima. Por tanto la mayor parte de los grupos terapéuticos normales no son adecuados para estos pacientes.

Para pacientes en la tercera gran fase de la vida, que comienza a la edad de 42 años, la cosa es diferente. A esta edad la crisis casi siempre significa que el individuo ha sido incapaz de encontrar a tiempo un sistema de valores fundado fuera de sí mismo. Por tanto se agarra cada vez más a su propia rendición, se carga con más trabajo cada vez y teme a todo colaborador más joven, que amenaza con hacer más, o bien parece equipado más modernamente para su tarea. Él advierte que le resulta cada vez más difícil acostumbrarse a un mundo en constante transformación y en circunstancias que cambian de repente, y advierte todo eso como una amenaza. Este es el modo en el que reacciona un grupo de pacientes, otro se concentra en relaciones privadas: el matrimonio se ha quedado sin contenido, la pareja le impide perseguir la meta ilusoria de la vida, los niños ya crecidos están en el mal camino y se alejan de los padres. La menopausia, en las mujeres alrededor de los cuarenta años, en el hombre hacia los cincuenta años, es la base de la labilidad emocional en la que sentimientos de omnipotencia se alternan con sentimientos de impotencia.

Ya he tratado todos estos problemas en los capítulos correspondientes y querría por lo tanto describir aquí solamente la terapia. En todos los casos el médico debería realizar un riguroso reconocimiento somático para captar eventuales trastornos o enfermedades corpóreas camufladas en y entre los sistemas orgánicos. La vida cotidiana debe ser sometida a un ritmo riguroso y bien regulado, el alcohol entendido como medio para “levantar la moral” debe ser totalmente eliminado. En este grupo de edad hay cada vez más personas que incluso no siendo alcohólicos consumen sin embargo de continuo demasiado alcohol. Las investigaciones más recientes sobre el aumento del consumo de alcohol hablan por sí mismas.

En casos así la única medicina - por extraño que pueda parecer - es un nuevo contenido espiritual de la vida. Si ello falta, entonces el alcohol representa el único consuelo para la caída del rendimiento y para la alegría de vivir. En este grupo de edad la psicoterapia tiene que preocuparse entonces de despertar el interés espiritual y artístico.

Por su parte el médico no puede dar más de lo que él tiene, pero esto lo debe emplear a fondo. El diálogo terapéutico, una vez regulado el ritmo de vida, se convierte más en un diálogo de amigo a amigo. El médico que presta su ayuda se convierte en acompañante de un proceso de desarrollo espiritual. Simples ejercicios de concentración, ejercicios de percepción de la naturaleza y una primera toma de conciencia de los valores de la vida conducen a una forma de existencia meditativa. Lecturas en común, establecer contactos con personas que buscan a su vez su camino, pueden ser de gran ayuda en el camino hacia un nuevo estilo de vida.

El efecto del nuevo estilo de vida se hace comúnmente notar en el ámbito corpóreo-biológico: se duerme de nuevo bien, el cansancio crónico desaparece para dejar lugar a un agradable cansancio después de un trabajo bien hecho y fructuoso. Se tiene de nuevo más interés por el trabajo, se pueden delegar determinadas tareas, verlas de modo nuevo y hacerse cargo de ellas. Si todo procede bien poco a poco se disuelve la relación con el terapeuta, él se queda cada vez más en el fondo como acompañante amigo. Si las cosas se presentan más graves, entonces el médico tiene que proveer a través de una terapia centrada en una actividad artística, con consultas individuales y terapias de grupo. Sin embargo los pacientes más viejos, en su mayor parte, son completamente inadecuados para grupos terapéuticos tradicionales, en los que se tratan los problemas emocionales de toda la otra fase de la vida.

Nos podrá maravillar el hecho de que para esta segunda categoría de pacientes no haya dicho absolutamente nada sobre el análisis de los sueños, que en Freud y Jung juega un papel tan grande. Esto debe atribuirse al método aquí elegido, orientado en un sentido de finalidad. Pero si casualmente se habla de ello, entonces en los casos particulares el sueño puede ser importante para la comprensión de la situación. Pero generalmente no se analizará tanto el contenido de un sueño sino la dinámica del acontecimiento onírico. Prescindiendo de esto, es propio en esta fase de la vida que la fuerza para el futuro se saque de la “supraconsciencia” y no de la subconsciencia.

Un ámbito especial es el acompañamiento psicoterapéutico de personas en edad de jubilación. Alguno tiene la experiencia de que se había propuesto demasiado para el tiempo de después de la jubilación y que ahora no logra combinar nada. También en estos casos es importante un ritmo regulado del día y de la vida además de la activación de actividades nuevas y creativas, que derivan del contenido de vida precedente o bien que pueden abrir ámbitos completamente nuevos. Con los jubilados ciertamente se podría dar vida con éxito a trabajos de grupo. Semejantes grupos no es necesario que

tengan un carácter terapéutico, sino que deberían encontrar tareas comunes que respondan a necesidades reales presentes en el mundo externo. Ya he indicado la nueva cultura que podría surgir en y alrededor de los geriátricos. Ella podría a la vez actuar como terapia e irradiarse en la vida cultural del entorno circundante.

(3) *Psiquiatría*. En el tercer nivel está la verdadera psiquiatría. Aunque existen direcciones que tratan las causas de los fenómenos psiquiátricos exclusivamente en el ámbito psicológico (la denominada anti-psiquiatría), o piensan que se trata únicamente de procesos biológicos, yo soy del parecer que hay causas *corpóreas* para tales *trastornos* que hacen necesario un tratamiento *farmacológico* y a menudo, desafortunadamente, la hospitalización en una clínica psiquiátrica. Aquí puedo considerar solamente aspectos particulares de la psiquiatría. Depresiones endógenas, muchas formas de disturbios que son genéricamente catalogadas como “esquizofrenia”, alucinaciones peligrosas o estados de miedo, a menudo no pueden ser tratados en simples consultas de dispensario, en parte porque se tiene que proteger al paciente mismo, en parte porque la tarea de tratar a estas personas de modo adecuado, desempeñando al mismo tiempo las incumbencias cotidianas, puede convertirse sencillamente en demasiado para el entorno circundante.

El mayor problema en relación a los pacientes con trastornos graves es su elevado número. Se necesitaría un enorme equipo de operadores para poder seguir realmente a estas personas necesitadas valiéndose de las nuevas posibilidades terapéuticas de las que se dispone. Mucho ha cambiado ya. Donde las circunstancias lo permiten, en pequeños departamentos, y donde la relación paciente-asistente es de dos a uno, se puede responder a las exigencias de un moderno tratamiento terapéutico y de reinserción. Un tratamiento similar para todos, pero no posible aún, obviamente. La tentativa de algunos antipsiquiatras de hacer vivir a dichos pacientes en clínicas abiertas junto a terapeutas e inadaptados sociales merece ciertamente toda la atención. Este propósito, sin embargo, por su carácter experimental y por la no garantizada continuidad, no ofrece todavía ninguna solución para la gran masa de enfermos. En ningún caso se puede considerar que de repente se cierren todos los departamentos, como creen algunos antipsiquiatras¹⁰. Acerca de los pacientes que ya no pueden ser tratados terapéuticamente queda la tarea de ofrecerles cuidados durante períodos más o menos largos, dándoles una ocupación que tenga sobre ellos un reflejo terapéutico, etc. En el caso de pacientes

¹⁰ Conviene recordar que el libro se edita en 1976, *ndt*.

que pueden ser reinsertados, aunque sea a un nivel inferior respecto a al precedente, tenemos de nuevo el problema de la asistencia social. También aquí, efectivamente, todos los centros están sobrecargados; a menudo el paciente corre el peligro de hacer frente por sí mismo de los gastos. La verdadera psiquiatría no es por lo tanto solo un problema médico, sino también un enorme problema social y organizativo.

Uno de los puntos más importantes en el tratamiento de los pacientes psiquiátricos (y aquí se puede hablar con razón de “pacientes”) es el hecho de que detrás de la locura, el miedo o la rigidez, continúa existiendo el Yo humano en su totalidad. Este Yo es alcanzable si se dirige directamente al núcleo espiritual, pasando más allá del miedo y la locura. A menudo he experimentado que diálogos aparentemente sin sentido y unilaterales no eran olvidados durante mucho tiempo, mostrando su efecto terapéutico años más tarde. El recorrido, que el denominado paciente esquizofrénico realiza en su profundidad interior orgánica, se puede comparar solamente con el mundo experimental de los místicos medievales, con la única diferencia importante de que los místicos gracias a una práctica intensiva tenían a mano sus experiencias, mientras que el esquizofrénico es derrotado y raptado por estos acontecimientos interiores. el terapeuta que conoce la vía de la práctica mística puede asistir al paciente con comprensión y sentido crítico al mismo tiempo. A menudo resulta que es justo un acompañamiento comprensivo semejante, que no catalogue al paciente simplemente con una etiqueta impersonal, sino que le preserve de su plena integridad personal, de lo que necesita el enfermo.

Aquí las cosas están de modo parecido que en la pedagogía curativa. También el niño incapacitado grave tiene el derecho a un ambiente artístico-terapéutico en el que se apela al Yo superior. Se puede realmente comparar el Yo a un violinista con su instrumento. Tampoco el músico más genial podrá hacer buena música con un violín de una sola cuerda y deshilachada. Las insuficiencias del instrumento no dicen nada de sus capacidades artísticas, que podrían manifestarse plenamente con un buen instrumento.

También en la psiquiatría clásica seguimos encontrando la desesperación de personas muy dotadas y singulares que no pueden emplear su instrumento defectuoso en las relaciones con sus semejantes. Aquí es muy importante que el terapeuta tome completamente en serio la individualidad del paciente y actúe en consecuencia. En la práctica esto puede resultar difícil. Pero quien porte en sí una imagen del hombre que acepte al Yo como entidad autónoma preexistente y postexistente encuentra en esta convicción la fuerza para permanecer lo más fiel posible a esta posibilidad.

Afortunadamente a la psiquiatría y a las clínicas afines llegan también pacientes que presentan trastornos sólo temporales o otros a los que se les puede encontrar acceso directo en una fase de mejoría. También para ellos vale cuanto he dicho a propósito de los dos grupos precedentes: una ocupación artística como objetivo terapéutico, diálogos ricos de contenido, calurosos encuentros humanos y ayuda recíproca también en estos casos son posibilidades para la terapia.

VII. Desarrollo personal y biografía

“La biografía del ser humano es, por así decir, una sinfonía que él mismo compone.” B.L.

A menudo he señalado el hecho de que el hombre puede conducir activamente su propia biografía. Él mismo puede configurar su propio destino de modo consciente o inconsciente. Pero se debe tener cuidado con algunos puntos:

Primero: quién quiera perseguir conscientemente un desarrollo personal siempre estará sometido a las leyes del desarrollo. Nadie, aún queriéndolo, puede “floreecer” antes de haber hecho un número suficiente de hojas; pero hacer hojas es una competencia algo espectacular.

Segundo: quién aspira a un desarrollo interior se ve confrontado con múltiples posibilidad y vías, y no son pocas las que prometen el paraíso. Aquí cada uno tiene que hacer su elección, a ser posible con conocimiento de causa. Para quien busque solamente “experiencias”, “ampliaciones de conciencia” o “visiones” incontroladas será mejor y más fácil exponerse al influjo de agentes químicos. Y lo hacen muchos, tomando con sagrada seriedad su embriaguez, que para ellos es una especie de religión, a la cual deben convertir también a los demás. Aparte de los curiosos que consumen estupefacientes para probar su efecto pero luego buscan otras vías, hay personas que tratan de escapar de su propia biografía entrando en el mundo de las drogas y de la conciencia químicamente transformada. Esto vale para todas las drogas, desde el alcohol hasta la heroína.

Las experiencias caóticas e incontroladas bajo el efecto de la droga, el *trip* y el ser “hecho” no tienen nada que ver con el desarrollo personal. Para conseguir el desarrollo personal se deben ejercer conscientemente las fuerzas que en la vida permanecen

inutilizadas por gran parte de los hombres. Ya he dicho que en el hombre se esconden múltiples posibilidad, de las que sólo una mínima parte es estimulada por nuestra cultura moderna que tiende a hacer desarrollar sólo la mínima parte. Por eso son tan numerosas las personas que se sienten insatisfechas en el mundo restrictivo en el que vivimos como personalidades precisamente reducidas.

¿Pero *qué* capacidades deben ser desarrolladas ahora? Frente a esta pregunta se dividen bien pronto los ánimos.

El Oriente nos ofrece muchas posibilidades. El espectro comprende el yoga clásico (y moderno), el budismo zen, el movimiento mazdazniano, el sufismo, etc. (por citar solo algunos). Todos estos movimientos se arraigan en las raíces de nuestra cultura occidental, todos miran en una determinada dirección: volver a la fuente pura. Ellos quieren indicarnos lo que durante milenios ha demostrado su estabilidad de valor. Y efectivamente la riqueza de estos modelos clásicos de maduración personal es admirable. Todos están radicados en culturas que se deben llamar *espiritualistas*. El espiritualismo es una concepción del mundo en la que el espíritu es todo, la materia solamente apariencia. Todo surgió mediante un proceso de creación divina, la materia pertenece sin embargo al reino del anti-espíritu, el reino de las tinieblas. El hombre debe liberarse de la tentación de las tinieblas, abandonar la autoconciencia egoísta y regresar al mundo de la luz divina, del que ha nacido.

Estas concepciones del mundo pueden recogerse bajo un único denominador común: todas quieren - en pocas palabras - volver a la existencia prenatal, al paraíso, al “pre-Yo.”

Todas las religiones reveladas, por lo tanto también el Antiguo Testamento, se refieren a revelaciones divinas de tiempos remotos. En los tiempos antiguos cada uno tenía – a través de una especie de conciencia de sueño – acceso al mundo de la luz. Los últimos videntes apuntaron sus experiencias para aquellos que ya no era capaces de tener visiones propias.

Semejante punto de vista sobre desarrollo contrasta con la moderna interpretación histórico-materialista de la historia, en virtud de la cual sacerdotes astutos sabían mantener su poder sobre el pueblo a través de falsas revelaciones y chantajes. Para nosotros criaturas del siglo XX es muy difícil, si no imposible, descender a la conciencia de una cultura espiritualista. La última reverberación de una cultura parecida se puede hallar por ejemplo, en Bali, donde un mundo divino obra dentro de la actividad de cada día que es acompañada por alegre contento y confianza.

Quien desde el punto de vista del personalismo moderno considera el eminente valor de las religiones antiguas reconocerá en ello una etapa de la historia del desarrollo del Yo humano, nacido de un mundo divino. Pero ahora este Yo ha crecido y se ha convertido en copartícipe partidario de un desarrollo posterior. Por eso no puede pararse en su propia “juventud”, por espléndida y dulce que pueda ser ésta.

Movida desde las raíces de nuestra cultura occidental, de la antigua India, Persia, Mesopotamia y Egipto, por citar sólo las épocas más importantes, la filosofía griega porta por primera vez un estilo de vida completamente nuevo, que se puede llamar “idealismo”. Para Platón el mundo divino ya no es alcanzable para el ser humano, el hombre nace del mundo primigenio de las ideas. El conocimiento es reminiscencia de un saber prenatal, percibir y comprender es reconocer. La mirada se dirige aún al mundo pre-individual, a la “patria espiritual” del Yo que se está despertando.

Durante toda la edad media y aún en la Escolástica dominaba el pensar filosófico. “Pienso, por lo tanto soy” era cuanto Descartes podía aún exclamar al comienzo de los nuevos tiempos. La época nueva que comienza con el renacimiento (por lo tanto no con un “nacimiento”, con el nacimiento de algo nuevo) quiere sacar una vez más la plenitud del mundo griego de las ideas. Pero bien pronto las ideas se atrofiaron en raciocinio, nació el racionalismo. A él le siguió el matematismo, para el que la única idea real era la lógica matemática.

Con esto se allanó el camino al *materialismo*, una concepción del mundo que es exactamente opuesta al espiritualismo. El materialismo cree que las cosas son solamente materia y expresión del obrar de fuerzas materiales. En el proceso de creación divina está el Dios Casualidad, que desde relaciones simples hace surgir las más complejas, por lo cual por un crescendo de complejidades fluye finalmente la conciencia. El espíritu nos es más que *maya*, o bien la gran ilusión.

No nos debemos eludir aquí, todos nosotros estamos contaminados por el materialismo, también cuando buscamos el espíritu en la religión o en la filosofía. En el momento en el que comenzaron las disquisiciones sobre la Última Cena y tuvieron que presentarse pruebas para la demostración de Dios, el materialismo alcanza su plena manifestación.

Cada concepción del mundo se dirige a un aspecto determinado. El espiritualismo ha producido una gran doctrina de sabiduría, el idealismo la doctrina de las ideas y de la filosofía, el materialismo la doctrina de la materia. Las ciencias naturales y la técnica han cambiado el mundo de nuestro alrededor, han traído bienestar material. Pero las

preguntas espirituales permanecen sin respuesta. Esto se ha hecho particularmente evidente en las últimas décadas.

Las iglesias tradicionales e institucionales plasmadas por el espiritualismo desde tiempos remotos no tienen nada más que decir a un número cada vez mayor de jóvenes. En la medida en que estos jóvenes quieren en general dedicarse aún a cosas espirituales buscan nuevas vías, que den un paso adelante y que no sean un renacimiento o una repetición de escalones de desarrollo ya recorridos.

Esta búsqueda se deja caracterizar mejor como necesidad de un *Weltanschauung* (visión, concepción del mundo) en la que encuentran su sitio espíritu y materia, una visión del mundo en la que no sea necesario renunciar al pensar exacto, sino en la que el espíritu y todo lo que nuestra cultura ha conquistado con enormes esfuerzos pueda ser inscrito en una imagen del mundo. Se le podría llamar el deseo de un nuevo *realismo*. El realismo como concepción del mundo es exactamente lo opuesto del idealismo. El realismo quiere indagar *en* la misma medida espíritu y materia y reunirlos en *una* imagen del mundo. Dicha imagen del mundo surge por necesidad histórica, es el siguiente paso evolutivo que debe realizar nuestra cultura occidental. Me ocuparé aún de esta aspiración a un nuevo realismo cuando trate del desarrollo personal.

Volvamos ahora a Occidente y tratemos de ver qué vías de desarrollo nos ofrecen allí. Desde América provienen los métodos más diferentes de desarrollo personal, que sin embargo se presentan en calidad de terapias y paraterapias: grupos sensitivos, grupos de base y *Encounter group*, grupos intensivos y grupos *gestálticos*. Todos quieren desarrollar las capacidades sociales del hombre que han sido descuidadas por nuestra cultura moderna. La fe en el grupo, en lo social, a lo que se atribuye una realidad superior respecto al individuo, el desarrollo del individuo en una fuente de nueva fuerza social: todo lo que es claramente una reacción a la unilateralidad de nuestra cultura. Estos métodos, si son aplicados con seriedad, pueden obrar de modo individual y terapéutico eliminando esta unilateralidad. Pero lo que es discutible en estos movimientos es el carácter pseudo-religioso que le es atribuido a estas diferentes terapias. Quizás no haya sido ésta la intención de los fundadores, sino que es cuanto han alcanzado los adeptos convertidos, que hacen del “aquí y ahora” una religión.

A pesar de ello también considero estos métodos como un paso hacia un nuevo realismo, aunque el espíritu se muestre aún notablemente abstracto y apenas bosquejado, es decir solamente en la personalidad humana. Por eso mismo, su origen, su futuro son fugaces. La misma imagen del hombre de Frankl y Assagioli, que

presuponen ambos un Yo superior que obra en ámbito espiritual, permanece en todo caso anclado en el psicologuismo; nos preguntamos por lo tanto si este espíritu es realmente realidad o si no lo son más bien todas las conquistas de nuestra cultura.

Oriente nos ofrece vías diferentes: vuelta a la existencia prenatal, al tiempo que precede al pecado original. Él nos da la profunda sabiduría de las antiguas escrituras y tradiciones. Pero junto a las grandes religiones del mundo y a sus diferentes contenidos había en la antigüedad una segunda corriente, más subterránea, que repercutía sobre todo en el ámbito cultural. Era ésta la tradición de los antiguos cultos místicos. Los misterios eran en la antigüedad las escuelas para los que buscaban la sabiduría, pero sobre todo las escuelas que se debían frecuentar si se quería guiar y formar pueblos y culturas. A través de largos ejercicios corpóreos, psíquicos y espirituales, el iniciado era preparado a la iniciación, donde realizaba una experiencia parecida a la muerte. Él experimentaba la sensación que tiene el que muere, quien pierde el propio cuerpo.

El iniciado que era llamado en vida, antes de la muerte efectiva, nacía por segunda vez. La muerte ya no le daba ningún temor, la existencia espiritual se convertía para él en certera realidad.

Pero los misterios eran mucho más que esto, eran el impulso para el futuro desarrollo de la humanidad. La capacidad pensante abstracta fue ejercida aquí durante mucho tiempo antes de que se convirtiera en patrimonio cultural común. Las matemáticas, la astronomía, la medicina recibieron una forma que iba más allá de su tiempo. Se sabe que Pitágoras permaneció durante treinta años en diferentes centros místicos antes de llevar su matemática a los no iniciados. Hipócrates era maestro en una escuela de misterios en la isla de Kos. También se renovaron formas de convivencia humana por influencia de los misterios, lo que a menudo condujo a conflictos con las formas tradicionales de las antiguas religiones espiritualistas reveladas.

Todavía en la Grecia clásica los cultos místicos estaban en el ápice; Samotracia y Eleusis, cerca de Atenas, eran los centros mayores. Todo los grandes filósofos eran iniciados en estos misterios. En cierto sentido los misterios eran algo así como las “Universidades espirituales” de la antigüedad. Aunque los contenidos de las enseñanzas se mantenían rigurosamente en secreto, ellos obraron sin embargo en la cultura.

Ahora, ¿puede Europa como anillo de conjunción entre Oriente y Occidente contribuir con su propio elemento nuevo al desarrollo de una futura concepción realista del mundo y una imagen realista del ser humano?

La vía que desde el materialismo lleva al realismo (que a su vez permite la realidad del espíritu) no es para nada una mutación repentina; este desarrollo procede paso por paso. La observación fenomenológica de la naturaleza realizada por Goethe referente a la metamorfosis de las plantas y sobre todo su teoría de los colores, la psicología sensualista de Wundt y sus teorías de la percepción intencional, la teoría de las mónadas de Leibniz: son todos ellos pasos hacia la superación de un materialismo basto.

Sobre todo en la fenomenología se nos ofrece un método gracias al cual se compenetran los fenómenos que se sustraen a la explicación evidente. El estudio fenomenológico de las manifestaciones de la naturaleza, la “descripción profundizada” sin teorías materialistas preconstituidas es una vía sobre la que se puede orientar en los acontecimientos de la vida. También la psicología fenomenológica, investigaciones como las de *Buitendijk* sobre hombre y animal o bien de *Portmann* sobre diferentes formas fenoménicas del animal abren posibilidades gracias a las cuales la naturaleza de lo humano se abre a una comprensión nueva y moderna.

Pero no todos quieren o pueden proceder en esta vía. También existe la posibilidad de investigar el propio mundo interior a través del ejercicio. Momentos en los que se llega interiormente a la calma, ejercicios de concentración, imperturbabilidad emotiva, el ejercicio del actuar positivo: todo esto es premisa para la vía interior. Concentración y meditación ponen orden en el mundo de las representaciones y llenan a los hombres con cuanto han enseñado los precursores del camino evolutivo de nuestra cultura occidental. Algunos encontrarán su camino en el “*imitatio Christi*” de Tomás de Kempis, otros en Dante, en el *Pársifal* o en el *Fausto* de Goethe. En la lectura meditativa de los Evangelios se despierta un nuevo mundo interior.

El ocuparse de las leyes del desarrollo que gobiernan las plantas, los animales, el hombre y su biografía, despierta más capacidades sociales que la concentración en los sentimientos actuales en el “aquí y ahora.”

Otra vía fue tomada por las diferentes direcciones de la psicología y de la terapia analítica. Con un viaje explorativo que dura diversos años - el análisis - se le hace consciente al hombre su subconsciencia. Es sin embargo evidente que para la interpretación de lo que se vuelve consciente en virtud de tal proceso determinante es la imagen del mundo del analista. La cuestión central será para uno el mundo biológico primigenio, para el otro la búsqueda del propio lugar en el entorno social o el despertar símbolos profundos, arcaicos. Para otros en cambio es en las profundidades del alma donde se refleja un mundo cósmico. Queda claro en todo caso que todas estas

direcciones se concentran (como he señalado en el capítulo anterior) en el mundo interior individual o quieren alcanzar un mejor funcionamiento de la personalidad consciente en las condiciones sociales dadas.

Las vías de maduración personal que actualmente ofrecen al hombre los movimientos orientales, desde el tratamiento analítico o desde las terapias de grupo se dirigen todas a la interioridad, a una introspección cada vez más en profundidad.

En la antigüedad el iniciando de los misterios aprendía que en el camino hacia la interioridad encontraría en el hombre a los Dioses, pero al mismo tiempo también a los tentadores y a los demonios. La tarea del sacerdote de los misterios, del Hierofante, era la de proveer para que el iniciando no descendiera a las profundidades de su psique sin tener una representación de lo que le esperaba. Él debía haber aprendido a distinguir entre deseos y afanes, que emergen en imágenes sublimes y espantosas, y a conocer a los seres de las Jerarquías que la Biblia llama Ángeles y Arcángeles y que otras culturas llaman con nombres diversos. Se experimentaban estas figuras interiormente como imágenes de una realidad superior y en formas que eran traídas del mundo sensible y dotadas de atributos que se referían a su ser y a su tarea. En todas las salas dedicadas al arte egipcio y asirio de los grandes museos pueden verse “imaginaciones” de estas jerarquías esculpidas de la piedra. También las imágenes medievales nos evidencian que entonces había otro mundo, tan real como nuestro mundo asible sensiblemente. Las consecuencias que la vía hacia la interioridad tiene para el hombre moderno están descrita por Jung. Hacia 1913 y después de haberlo retrasado mucho él decide dejarse “caer” en las profundidades de su subconsciencia, sin saber con certeza si emergería como hombre normal o enajenado psíquico. Él se siente con el deber de correr este riesgo para poder comprender mejor a sus pacientes y sobre todo a los denominados pacientes esquizofrénicos. Jung necesitó muchos años para elaborar de modo sistemático su “viaje a los infiernos.” Él pintó sus experiencias en imágenes y las describió para poderlas tratar de modo consciente. Quien no lo hace cae víctima, según Jung, de las fuerzas negativas del subconsciente. En estos años a Jung le hubiera gustado contar con la presencia de un guru - alguien que en calidad de experto y con conocimiento de causa estuviera por encima de los problemas -, que le hubiera podido desenmarañar las creaciones no queridos de su fantasía. El riesgo que Jung tomó sobre sí mismo, los iniciandos de los antiguos misterios nunca lo habrían podido tomar. Ellos solamente podían recorrer esta vía si estaban lo suficientemente preparados para distinguir entre apariencia y realidad, halago y orden impartido. Si el hombre emprende

desprevenidamente este camino hacia su interioridad sin preparación, se expone a un gran peligro para su equilibrio psíquico. Muchos buscan por lo tanto, como lo hizo Jung en su tiempo, un guru o bien un guía a lo largo de este camino.

Pero para el hombre moderno se ha hecho posible una nueva vía. Un resultado positivo de nuestra época técnico-científica es el haber aprendido a percibir e indagar. Ciertamente la ciencia natural en el desarrollo hasta aquí conseguido se ha mostrado ciega de un ojo; sólo ha hecho valer las percepciones filtradas por su instrumental y ha aceptado las explicaciones que se limitan a las teorías materialistas; pero esto puede cambiar.

También ramas de la ciencia que no se mueven desde la teoría materialista pueden aplicar esta metodología que intensifica la percepción sensible y controla continuamente su consistencia.

La fenomenología es un primer paso en esta dirección. El primer gran fenomenólogo en el ámbito del mundo vegetal fue Goethe. A través de una percepción incesante y cada vez más dirigida se manifestó ante sus ojos espirituales la imagen de la *Urpflanze* - la planta primordial - de la que, mediante la acción de metamorfosis y acrecentamiento, pueden surgir todas las demás formas vegetales. Algunos creen que esta *Urpflanze* es una idea, pero para Goethe era un idea que él “veía con los ojos.” Yo la llamaría una “imaginación objetiva.”

Esta vía *hacia el exterior*, en la que el mundo formador-creador es reconocido *en sus* cosas percibidas, es un vía de desarrollo personal elaborada por Rudolf Steiner en su denominada concepción goetheana del mundo. Los métodos de investigación aquí aplicados presuponen otro instrumental, se utiliza por ejemplo la cristalización sensible, con la que se puede acceder a otras cualidades del agua potable, del alimento vegetal y del fármaco, no detectables con el análisis químico convencional. En el ámbito de la pedagogía y de la pedagogía curativa la impostación de Steiner conduce a un perfeccionamiento del diagnóstico, de la terapia y de la metodología didáctica. Me ocuparé de la cosa aún más detalladamente, aquí se dirá solamente que es una vía que aspira a una mayor imaginación, inspiración e intuición. No se analiza en primera línea el propio mundo interior con sus complejos e inhibiciones, sino el mundo fuera del hombre, que puede verse de nuevo como realidad penetrada de espíritu. Se obtiene como consecuencia otra actitud social que se refleja en la medicina, en la agricultura, en la pedagogía, en la pedagogía curativa y en la psicoterapia.

La vía *hacia la interioridad*, que se emprenda con la ayuda de esta metodología, tiene después otra importancia. La propia vida interior se convierte en un ámbito que puede indagarse objetivamente. Esto comporta menos emociones del planteamiento, a menudo inadecuado por un vago misticismo, de las antiguas doctrinas sapienciales y está también menos cargada de emociones que las experiencias que se hacen con las terapias de grupo. En este caso se sabe con exactitud lo que se hace, se puede proceder paso a paso a la clara luz del pensamiento examinador.

A menudo se me ha preguntado si es verdaderamente necesario que el ser humano se ocupe de cosas tan enigmáticas, espantosas y aparentemente también peligrosas como el examen del subconsciente o la búsqueda de una realidad más allá de la realidad. ¿Por qué el hombre no se contenta con el mundo mensurable y verificable, asible para los sentidos? Aquí hay que indagar lo suficiencia para un joven y ambicioso científico. ¿Por qué debemos hacerlo todo tan difícil? Apenas hemos superado una medida considerable de superstición, ¿por qué deberíamos recaer en la nueva superstición de las llamadas energías superiores?

La respuesta a tales preguntas es muy simple: quien esté satisfecho con el mono desnudo, como imagen reduccionista del hombre, que se contente con ello. Constatará que con una visión así el hombre puede superar con éxito la fase media de su vida. En el último tercio de su vida se encontrará sin embargo con dificultades. La imagen del hombre biológico-materialista conoce como perspectiva futura solamente el declive biológico, la pérdida de todo lo que una vez daba alegría y parecía incluso precioso; éste es el punto flaco del óptimo libro de Bergler sobre la revuelta de los cincuentones o la ilusión de la segunda juventud, como se ha señalado más arriba. A los cincuenta años el hombre ya no debería tener ninguna ilusión, él debería más que nada resignarse al hecho de que su vida se va apagando lentamente. De hecho él está frente a la nada y lo debe aceptar. Para quien quiere vivir de ese modo toda una fase, que para muchos es la parte más importante que la vida, ella queda como un libro con siete sellos. Otros sin embargo toman de aquí la fuerza para apartarse del declive biológico y para añadir a su biografía una dimensión nueva y creativa. Aquí se dividen los ánimos: ya no se puede discutir de modo razonable sobre algo cuya existencia es negada por nuestro interlocutor.

Una posibilidad de desarrollo interior

“En cada ser humano hay facultades latentes mediante las cuales puede obtener conocimientos sobre los mundos superiores”, así dice la primera frase del libro *La iniciación. Como se alcanza el conocimiento de los mundos superiores* de Rudolf Steiner. Después de estar ocupados durante más de cincuenta años de la obra de Steiner se puede confirmar que aquí se ha abierto el acceso a un nuevo realismo. Quien recorra esta vía tiene que renunciar a la esperanza de resultados inmediatos, a “ampliaciones de conciencia” o iluminaciones.” Ya he descrito cómo en esta filosofía, movida por métodos científico-naturales modernos, el pensar abstracto se desarrolla sistemáticamente como “imaginación.” En esta imaginación la realidad se manifiesta al hombre en imágenes que abrazan mucho más que definiciones científicas.

Si no se practica el arte por el resultado, sino para ejercitarse en la percepción de la realidad tras las manifestaciones exteriores, las que dan acceso sobre todo al mundo de los colores y la música, entonces la vida de sentimiento asume el carácter de la inspiración. La voluntad asume el carácter de la intuición. “Presencia de espíritu” en el verdadero sentido del término es ahora el resultado del ejercicio de la voluntad. Ésta es la facultad de distinguir lo esencial de lo no esencial, el verdadero acto intuitivo.

A la imaginación le sigue la comprensión de verdades más profundas, a la inspiración la contemplación de la belleza y a la intuición el hacer el bien o bien la justa (buena) acción en la situación contingente. Esta vía puede atravesar toda la biografía de un hombre. En la adolescencia se despierta el joven, él ve el enigma de su persona y el enigma del mundo. Grande es la tendencia de perderse completamente en los ideales, poca aún la paciencia, enorme la infravaloración de los obstáculos. Y sin embargo ya puede ponerse la semilla de lo que, en el curso de la biografía, surgirá como una planta acabada, que quizás sólo cuarenta años más tarde estará en plena floración.

Hacia los veinte años se despliega toda la energía con la que se pone en marcha el propio desarrollo. La experiencia en la relación con obstáculos interiores y externos conducen hacia los treinta años a un sano desengaño. En este desengaño está el peligro de que el hombre tienda a abandonar la vía del desarrollo interior. La vida ofrece ahora muchas posibilidades y sobre todo se siente el impulso para aprender de las enseñanzas.

Pero hacia los cuarenta años se convierte en una cuestión existencial si se ha continuado o no en esta vía. De eso depende, en efecto, cómo se desarrollará la tercera gran fase de la vida. Ya he hablado de ello. Quien no haya emprendido la vía de la

meditación sistemática, debe abrirse ahora a ámbitos que no comprendan solamente contenidos materialistas. Literatura, arte, responsabilidad social pueden conducir a una rica interioridad.

En la segunda mitad de los cincuenta años la configuración de un mundo interior que debe añadirse al mundo de la profesión se convierte en una amarga necesidad. Cuántas veces he debido preguntar a personas que ocupaban posiciones de responsabilidad: “¿Qué sería usted como hombre si de alguna manera, por ejemplo a causa de un accidente, perdiera de repente su trabajo?” Y cuántas veces la respuesta inevitable fue: “¡ya no me quedaría nada!”. En el momento en el que alguien se expresa de ese modo se vuelve perceptible un abismo que hasta ahora había ignorado. *Nunca* es demasiado tarde para emprender el desarrollo de la vía interior. Quien lo hace a los dieciocho años tiene ciertamente aún muchas ilusiones, pero también tiene más tiempo delante de sí para llegar al realismo. Quien emprenda esta vía a los sesenta años ha recogido muchas experiencias y podrá orientarse más rápidamente, ya que inconscientemente él sabe mucho.

Si un hombre emprende la vía del desarrollo interior, ahora esto tendrá consecuencias para él mismo, para su posición en la comunidad, para la cultura y el mundo superior. El desarrollo personal de un hombre lleva, para usar un concepto de Neumann, a la vida según la “voz interior”, se vuelve “herético de la voz interior.” Nuestra vida, nuestro actuar y pensar ya no son guiados por lo que exigen el lugar común, la convención y la rutina cotidiana, sino que son conducidos por nuestra voz interior, por la *intuición que se despliega*. Son ellos, los “heréticos de la voz interior”, los que renuevan nuestra cultura. Siempre se les ha perseguido y aún se les perseguirá. Antiguamente se les daba de beber el veneno o bien se les quemaba, hoy se les ignora completamente. En el ámbito social son los que se convierten en incómodos, que no se contentan con lo existente. Hay muchas voces interiores, pero también hay filosofías de poder nihilista, que nos prometen paraísos utópicos en la tierra. Por eso la vía media, la vía de la reflexión y la disciplina interior será en un futuro cada vez más indispensable. La regla de oro de la formación interior vale sobre todo en el ámbito social. Ella dice: evita la polarización, sé consciente de que todo tiene dos lados, de que en realidad las cosas siempre son buenas y malas, y que cada punto controvertido está en cualquier modo entre dos extremos.

Para el individuo la vía del examen interior comienza con la configuración de una rica vida interior, con el abrirse a la filosofía, a la religión y a la ciencia, al arte, a la

naturaleza y a la pedagogía. Sólo con dicha rica vida interior, que puede formar de modo silencioso contemplando la naturaleza - ya que finalmente no se trata de considerar la multiplicidad, sino de tener en cuenta la profundidad de la experiencia - , puede llegar una vida a su plena maduración en la concentración y meditación.

El desarrollo personal pone irrevocablemente al ser humano frente a la cuestión de si existe realmente un mundo superior o bien si este mundo superior es solamente una abstracción o una proyección. Aquí ya no se puede aconsejar nada, cada uno tiene que obtener la certeza por sí mismo, cualquiera que ella sea. Para muchos la vía interior porta a la certeza de que existe un mundo espiritual objetivo, en la que el yo humano tiene su *Heimat* (patria).

Y finalmente: ya el adolescente se hace la pregunta “¿quién soy?.” Esta pregunta se convierte poco a poco en el central del desarrollo personal. No tanto porque se sienta tan importante, sino porque se quiere saber “lo que se tiene que hacer.” También aquí hay diferentes respuestas. Schiller usó una vez en una carta la siguiente imagen: quien a la noche a mitad de una carta deje cansado la pluma y se vaya a dormir, se encontrará a la mañana siguiente con una carta medio terminada. En esto él no es libre, sin embargo será libre de romper esta carta, de echarla a la papelera o bien de acabarla y enviarla. En eso consiste su libertad. ¿No podría ser también así con la vida humana? ¿No encontramos en nuestro camino de vida muchas cartas escritas a medias?

Quién reflexione sobre esta imagen encontrará quizás la respuesta a nuestras preguntas: ¿quién soy? ¿De dónde vengo? ¿Qué tarea tengo realmente? ¿Dónde estoy atado, dónde libre? ¿Cómo están las cosas con las cartas escritas a medias, que yo encuentro en mi camino de vida?

De la respuesta a todas estas preguntas depende con cuanto impulso y con cuanta confianza pueda el hombre componer su biografía.

Nuestra cultura es el umbral de una nueva era. El materialismo no es ciertamente la última visión del mundo creada por el hombre. La verdadera tarea de nuestra nueva era está aún por realizarse, pero es ya visible en sus rasgos fundamentales. Antiguamente, cuando el hombre dirigía la mirada hacia el exterior, se encontraba con un mundo divino-espiritual, el mismo mundo lo encontraba también en sí mismo, en su propia interioridad. Sin embargo, entonces, también era menor el interés por el mundo material.

Pero poco a poco se apagó en el hombre la visión de un mundo divino-espiritual. Los dioses ya no eran visibles, había comenzado el crepúsculo de los dioses. Solamente en

los antiguos cultos de misterios, en la iniciación mística se los podía aún experimentar. A los profetas, que fueron los últimos que vieron estas realidades, les siguieron los escribas que discutían sobre las profecías. Los filósofos portaban la autonomía del pensar humano, pero ellos mismos ya no podían ser videntes. Entre el mundo divino y el asible con los sentidos se abrió un abismo, que durante cierto período pudo ser colmado por la fe.

Pero también el propio mundo interior se alejó del hombre, también aquí surgió un abismo. El ámbito del mundo divino en el hombre, que los místicos pudieron experimentar por última vez de manera aún inconsciente, se convirtió para los “investigadores” de las generaciones sucesivas en un mundo de impulsos ciegos y orgánicos, que solo se podía reconocer en la caótica vida onírica.

Tanto hacia el interior como hacia el exterior, el hombre, si es sincero consigo mismo, se encuentra hoy frente a un abismo que ya no puede llenar. Fe e imágenes oníricas están desteñidas. En este último abandono sólo puede encontrar en su propio Yo la fuerza capaz de ayudarlo a encontrar una vía para superar ambos abismos. Lo que una vez le era dado al hombre, ahora lo debe desarrollar él por sí mismo. Ya no puede esperar pasivamente, debe encaminarse él mismo.

El hombre percibe el mundo solamente con una conciencia que alcanza la superficie, ve formas y movimientos, puede desarrollar hipótesis y teorías, con las que manipular el mundo creado y sus leyes, de viejas combinaciones hacer nuevas, pero ya no puede expresarse de ningún modo sobre el ser de las cosas. Las “Cuestiones ontológicas” ya no pueden ser puestas, son consideradas no científicas. El hombre ha llegado a ser un maestro del matar; pero si no quiere describir la vida sólo exteriormente, sino compenetrarla en su plena realidad, entonces se encuentra frente a un muro de limitación. Él no puede despertar vida alguna, explicar conciencia alguna, examinar ningún valor.

El hombre solamente podrá dar el paso que lo conduzca más allá del abismo que lo separa del mundo exterior si desarrolla nuevas facultades, facultades que están latentes en él, pero que - como todas las facultades - tienen que ser despertadas y ejercitadas. Eso significa que la percepción no debería producir solamente una imagen fotográfica sino una imagen significativa, una imaginación.

Aquí el artista nos precede en un paso: la verdadera obra de arte tiene su origen en experiencias realizadas más allá del abismo; por un lado es asible sensiblemente, por otro es una manifestación del significado de lo que está detrás de lo asible. Si se da un

paso más, entonces se vuelven visibles las mismas fuerzas creativas y nos manifiestan la estructura espiritual de las fuerzas de la naturaleza. Ciencia, arte y religión, que nuestra concepción materialista ha separado en ámbitos que se excluyen recíprocamente, tienen que convertirse en una unidad. Primero los métodos de la ciencia y del arte deben acercarse, el científico tiene que darle al artista una evidencia clara de las cosas (*Anschauung*), el artista al científico una forma imaginación clara (*Einsicht*). Solamente luego se despertará una nueva religión, y esto significa literalmente la reunión con el mundo divino-espiritual. Goethe dice:

*«Quien posee ciencia y arte,
también tiene religión».*

Con esto él describe la meta de su investigación fenomenológica.

Las ciencias naturales pueden y deben convertirse en nuevas ciencias de los misterios, en ciencias espirituales. También la técnica podrá entonces servir de nuevo a la vida. No sólo nos oponemos a la destrucción del entorno, sino que también deberemos crearlo nosotros mismos.

Por otra parte en la vía hacia la interioridad deberemos superar de nuevo el abismo entre nosotros y el mundo divino-espiritual. Los impulsos biológicos se convierten entonces en regalos divinos surgidos en una larga evolución espiritual. No se debe aprender solamente a aceptarlos y a vivirlos, también deberán ser desarrollados en formas nuevas y superiores. Y finalmente todos los afanes y todos los deseos deberán madurar en amor. En la lucha que esta vía exige será de nuevo posible un encuentro con el cristianismo, un encuentro que nos liberará de la soledad y nos conducirá a la comunión con el hombre y el cosmos. Nosotros mismos debemos proceder sobre esta vía, tenemos que pasar el umbral que la conciencia diurna que nos conduce a la conciencia nocturna completamente consciente. En esta vía nos conducen concentración y meditación, ausencia de prejuicios y tolerancia, coraje y confianza en la mano de quien nos viene al encuentro desde la oscuridad.

Sólo se puede conseguir un sano desarrollo a través de una equilibrada relación entre la vía hacia el exterior y la que va hacia el interior, y es la vía hacia el exterior la primera que debe ser emprendida. El pensar adquiere así la fuerza para hacer frente a las experiencias sobrecogedoras que se presentan en la vía hacia el interior. Cruzar los confines hacia el *exterior* conduce a una nueva ciencia natural espiritual, a una nueva medicina y a una nueva agricultura; cruzar los confines hacia el *interior* a una nueva

antropología espiritual, a una nueva pedagogía, a una nueva psiquiatría. Ambos pasos llevan una nueva ciencia social, cuyo punto central es la investigación del desarrollo, un desarrollo que se vuelve visible en la biografía de cada ser humano individual y en la sociedad.

Una vez más el desarrollo social nos ha llevado a una fase crítica. El verdadero problema en este momento *no* es cómo se debe distribuir de modo ecuánime el mayor bienestar material. El verdadero problema es si tenemos el coraje de superar el materialismo, para adquirir un realismo nuevo y espiritual. Solamente cuando se haya conseguido esto se podrá afrontar de forma nueva los problemas materiales.

ÍNDICE

Premisa	1
Introducción	3
I. Una primera mirada de conjunto	7
1. La situación	7
2. El desarrollo del hombre	10
3. El elemento espiritual del hombre	14
4. Imágenes del hombre	17
5. Subdivisión de las fases de la vida	20
II. El curso de la vida de los seres humanos	28
1. Fases del curso de la vida	28
2. La adolescencia	35
3. La primera fase de la edad adulta – Los 20 años	44
4. La fase organizativa	49
5. La segunda mitad de los treinta años	52
6. La tercera gran fase de la vida – Los 40 años	55
7. El comienzo de los 50 años	62
8. El período después de los 56 años	64
III. Desarrollo del hombre – Desarrollo de la mujer – Fases de la vida y matrimonio	67
IV. Las actitudes fundamentales	84
V. Perspectivas de carrera y política del personal	91
VI. Imagen del hombre y desarrollo biográfico – Psicoterapia y psicoterapeutas	101
1. Imágenes modernas del hombre	101
El modelo de pensamiento técnico-mecanicista	104
El innatismo	104
El empirismo y el conductismo	109
El personalismo	114
2. Principio psicoterapéutico e imagen del hombre	122
Freud	123
3. Tres niveles de ayuda psicoterapéutica	140
VII. Desarrollo personal y biografía	150

Bernard Lievegoed

CRISIS BIOGRÁFICAS

Oportunidades de vida para renovarla

La evolución del hombre entre juventud y vejez

*Traducido por Juan M^a Pagalday a partir de la Edición italiana de
NATURA E CULTURA EDITRICE*

